ARTURO USLAR-PIETRI

LA CIUDAD DE NADIE



Este ensayo está escrito durante su estancia en la Ciudad de Nueva York. El autor explica el novedoso arte de la publicidad: «la cultura que está naciendo de la confluencia de razas y de pensamiento humano en esta isla del Hudson», reflexiona sobre la relación de los neoyorquinos con el tiempo. También observa el movimiento que se desarrolla en la Gran Estación Central o en la Estación de Pensylvania que llama «los templos del Moloch de Manhattan, que es el tiempo». Arturo Uslar Pietri nos habla de la Nueva York que inunda los sueños de personas de todo el mundo. Es el lugar donde todos llegan en busca de fama y fortuna pero al que nadie realmente pertenece. Todos están de paso en Nueva York.

Además de *La ciudad de nadie*, este libro contiene también los ensayos de viajes: *El otoño en Europa* y *Un turista en el Cercano Oriente*



Arturo Uslar Pietri

La ciudad de nadie

ePub r1.0
Titivillus 28.03.2020

Título original: *La ciudad de nadie*
Arturo Uslar Pietri, 1960
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



La ciudad de nadie

El otoño en Europa

Un turista en el Cercano Oriente

LA CIUDAD DE NADIE

A ISABEL

I

En 1528 Giovanni Verrazzano moría colgado de una verga en una nave española. Aquella mirada que se bamboleó en agonía de péndulo del azul de babor al azul de estribor fue la primera que contempló la bahía, y el río y la isla llena de árboles en soledad. La isla fue Angolema; el río, Vandoma y la bahía, Santa Margarita. Unos nombres que venían de la corte de Francia y que pasaron por sobre la soledad como un vuelo de golondrinas.

Durante ochenta y cinco años más no se oyen sino el canto del pájaro, el rumor de la marea, el silbido de la flecha del indio, o el eco de los pies que danzan las danzas ceremoniales.

Después, asoma por la bahía la «Media Luna» con todas las velas desplegadas. Era el velero en que el capitán Henry Hudson venía buscando el paso del Noroeste para los holandeses. Lo que encuentran es aquel río que llama de las Montañas y muchas ricas pieles que tienden los indios de la isla. Pieles para el frío de los holandeses y para el comercio de los holandeses. Pieles que más tarde no tuvo Henry Hudson cuando, buscando el paso más al norte, la tripulación amotinada lo abandonó en un bote a los hielos boreales.

Los gruesos y cabeceantes barcos holandeses siguieron viniendo a la isla a buscar pieles. Bajaban a tierra por el día y daban a los indios unos trapos rojos, unas cuentas de vidrio, un pedazo de espejo a cambio de pieles

de castor, de zorro, de ardilla, de conejo salvaje. La noche la pasaban en el barco. Y cuando la sentina estaba llena, alzaban la remendada vela y rodaban con el viento por la bahía hacia el mar.

Hasta que un día del invierno de 1613 se le incendió el barco a Adrián Block. Se llamaba «Tigre» y se puso amarillo y fiero de fuego entre la niebla gris y los gritos grises de las gaviotas. Adrián Block tuvo que construir una choza para pasar el invierno con su gente. Y allí empezó la ciudad.

Diez años más tarde ya habían construido un fortín de madera, ya habían trazado una calle, ya llamaban a la tierra Nueva Bélgica, ya tenían un Gobernador holandés y un sello. El sello ostentaba en el centro una piel de castor extendida.

Los indios parecían llamarse Manados o Manhattan. El Gobernador, Peter Minuit, con su sombrero de copa y sus calzones abombados, rodeado de rojos soldados armados de arcabuces, les compró la isla a los indios. El cacique venía envuelto en sus pieles. Peter Minuit fue poniendo en el suelo cuentas de vidrio, adornos de cobre, pedazos de telas, algún cuchillo. Los rechonchos tratantes iban sacando mentalmente la cuenta: cinco pesos, dieciocho pesos, veinticuatro pesos.

Luego emprendió la construcción de un fuerte de piedra en forma de tortuga, que se llamó Fuerte Amsterdam, levantó una empalizada protectora en torno a las casas, dividió la tierra en granjas, en «bouweries» holandesas y la ciudad de Nueva Amsterdam empezó a crecer hasta tener doscientos habitantes.

Diez años más tarde hubo la primera guerra con los indios y se construyó una valla para la defensa del poblado. A lo largo de ella se extendió la calle de la valla, a la que los ingleses llamaron después «Wall Street».

Se sembró trigo, se trajeron ganados, se sucedieron los Gobernadores holandeses. El último tenía una pierna de palo y se llamaba Peter Stuyvesant. Y no encontró entre sus gobernados quienes quisieran ayudarlo a resistir cuando los ingleses vinieron a tomar la isla. Nadie quería hacerse matar con los negocios tan prósperos.

La ciudad hubo de llamarse Nueva York, por el hermano del Rey de Inglaterra y el fuerte, Jaime, por el Rey. Y en el escudo de la «Nova Ebora» la piel del castor se redujo a un rincón para dejar el lugar a las aspas de un molino y a dos barriles de harina.

Era un reducto de comerciantes ingleses y holandeses en el extremo meridional de la isla que había sido de los indios. Se comerciaba con Europa, con las Antillas, con la harina de los colonos, las pieles de los indios y las melazas de los antillanos. Se comerciaba con los piratas que traían ricos botines del Golfo de México. En rojas casas de ladrillo vivían los rubicundos mercaderes.

También había negros. En la calle donde estuvo la valla pusieron el mercado de esclavos. Los panzudos mercaderes venían los días de subasta, veían los negros hacinados, los mandaban a levantarse para observarles la musculatura, les hacían abrir la boca para mirarles los dientes y se llevaban finalmente uno solo, o una pareja, o una familia entera. Resultaban buenos los negros. Hubo un momento en que hubo más negros de servidumbre que colorados comerciantes. Lo que era peligroso. Se tomaron providencias. Se les prohibió hablar, reunirse o salir de noche. Se les vigilaba.

Hasta que Mary Burton se presentó un día diciendo que los negros tenían una conspiración para asesinar a los blancos. Y los blancos se adelantaron a asesinar a los negros. Todos los negros que señalaba Mary Burton fueron ejecutados. Hasta que Mary Burton desapareció y las gentes se olvidaron de su historia.

Los negocios eran más prósperos que nunca. El ron, la melaza y los negros servían para hacer grandes fortunas. El puerto se llenaba de velas que venían de los más lejanos mares. La mancha de la pequeña ciudad iba trepando por el campo de la isla.

Todo iba bien, pero a los ingleses se les ocurrió cobrar nuevos impuestos. Y las gentes se lanzaron a protestar. Los pesados comerciantes salieron de sus almacenes más rojos aún con la indignación. Las gentes del pueblo se echaron a la calle a dar voces y a buscar pelea. Hubo tiros con los soldados ingleses.

Un día vino de Boston el General Washington a leer la declaración de Independencia proclamada por la Convención reunida en Filadelfia.

En esa larga hora de crisis, mala para los negocios, el hombre que representa la ciudad es Hamilton. El que más va a trabajar para que la república sea buena para los negocios. Funda Bancos y Empresas, organiza las finanzas de la nueva república para que no pesen sobre la bolsa de los comerciantes. Organiza la primera gran parada que recorre las calles de Nueva York. Con un gran velero de madera y papel que representa la Constitución y millares de gentes en traje de fiesta desfilando durante horas por la calle. Coloca a la ciudad bajo la perpetua advocación de las paradas, que desde entonces ya no cesarán. Habrá infinitos desfiles. Todo se resolverá en un desfile, con carrozas, con muñecos, con disfraces, con estandartes, con fantásticos uniformes. Con una muchacha de lindas piernas que, vestida de tambor mayor, hace piruetas a la cabeza.

Es grande la ciudad que ha visto el desfile de Hamilton. Tiene cerca de sesenta mil habitantes. Que son los mismos que se apretujan en una estrecha calle para ver a Washington juramentarse como el primer Presidente de la Unión. Ya hay numerosos coches de caballos que recorren las calles. Y hasta algunos edificios de tres pisos. Pero todavía el Presidente, para hacer ejercicio, puede darle por la tarde la vuelta entera a pie.

Diez años después entra el siglo XIX. Las campanas que anuncian la primera hora del año nuevo anuncian el comienzo de un prodigio. El nacimiento de una ciudad universal que a nada se parece, que va a ser independiente de los seres que la pueblan y que va a crear formas de vida que no parecen corresponder a la dimensión ni al ritmo del hombre. La gran feria y la parada perpetua a la que vendrán hombres de toda la tierra a admirarse de ser hombres.

La primera cosa extraña que ocurre es que un día, un excéntrico, llamado Robert Fulton, echa al río un barco que en lugar de velas tiene humo y que sin embargo navega.

Desde entonces las cosas cambian y parecen precipitarse. Empiezan a llegar barcos llenos de inmigrantes. Vienen irlandeses, italianos, polacos, alemanes. Se concentran en barrios propios donde resuena la lengua materna y predomina el color del viejo país.

Cuando han pasado veinte años del siglo ya la población ha doblado. Ha doblado en cantidad y en velocidad. Empieza a haber una rapidez desconocida. El soñoliento inmigrante se sacude al desembarcar y comienza a andar de prisa. Ya la ciudad es tan grande que tiene un tranvía de caballos. Y un día por la mañana se llena de los gritos y las carretas de unos muchachos que llevan el primer periódico de a centavo y vocean las noticias.

Se empiezan a llenar de casas las calles cuadriculadas que han sido trazadas más allá del nido de lombrices de las callejas de la vieja ciudad.

Para 1840 ha vuelto a doblar la población. Las calle están llenas de hombres de altas chisteras y abúllonadas levitas. Se abren los primeros trenes y los primeros telégrafos. Hay unas tabernas inmensas, llenas de cobres brillantes y de lámparas, en cuyas mesas se hacen negocios, se conciertan contrabandos, se planean expediciones para el interior y se sienta, con otras gentes raras, un pálido caballero atormentado que se llama Edgar Allan Poe.

Para 1860 ya hay más de ochocientos mil habitantes en la isla. Los Bancos empiezan a parecer palacios, las estaciones de los trenes ferias, las tiendas, tumultos. Unos hombres anchos y rudos que vienen del Oeste hacen crujir las pulidas tablas de las tabernas. Junto al piano está el escenario, donde unas muchachas gordas levantan las piernas entre muchos trapos mientras cantan una canción que los parroquianos acompañan con la cabeza. Los magnates ferrocarrileros construyen mansiones laberínticas. El comedor es la nave de una catedral gótica, el salón es la sala de armas de un fuerte románico, la biblioteca viene de un castillo alemán rococó. Jim Brady, el de los diamantes, resplandece como una constelación. Debajo de una profusión de mecheros de gas.

La ciudad pasa de la mitad de la isla cuando empieza a recorrerla el estruendo del primer tren elevado. Es por el mismo tiempo en que, como un gran esqueleto de dinosaurio, el puente de Brooklyn se extiende y se extiende sobre el río, sin quebrarse, hasta unir las dos orillas. Desde los edificios de diez pisos se divisa el puente descarnado como un juguete roto.

Poco tiempo después se levanta en la bahía la estatua de la Libertad. Un fantasma de bronce neblinoso que va a personificar la nueva ciudad.

Son los alegres años del noventa. Los ricos negociantes invitan a comer a las bellas contraltos. Vienen marqueses y condes de Europa a casarse con las hijas de los magnates ferrocarrileros. Hay alumbrado eléctrico. El Hotel Waldorf Astoria se alza en la Quinta Avenida como un palacio encantado. En labrados salones una servidumbre de circo trae difíciles platos, cuyos nombres sólo se pueden escribir en francés. Los jóvenes ricos, de bigote recortado y pulidas uñas y la muchacha ahogada en encajes y sedas miran con asombro al negro de turbante, pantalones bombachos verdes y babuchas rojas que trae un complicado instrumental de cobres y porcelanas para servir el café. La luz parpadea cuando algún millonario enciende el cigarro con un billete de cien dólares.

Después se hunde el «Titanic» y viene la primera guerra mundial. Ya la ciudad alcanza los extremos de la isla, las calles empiezan a llenarse de automóviles de todos los colores y además de los elevados corren los trenes subterráneos. Se han construido rascacielos. La estructura de acero se disfraza de motivos góticos.

Cuando termina la guerra la ciudad entra en una vida febril y expansiva. A la muchacha de Gibson con su moño y sus encajes sucede la «Flapper». Una falda corta, un zapato puntiagudo, unos andares masculinos, una breve melena laqueada, un cigarrillo en la boca, un sombrero de campana y un traje sin cintura. Los hombres que la acompañan usan estrechos pantalones y largos sacos. Y entran apresuradamente a las tabernas clandestinas donde se vende el peligroso whiskey de los contrabandistas.

La trepidación de la ciudad, la trepidación de los trenes elevados y subterráneos, de las máquinas de remachar, del taconeo apresurado de la muchedumbre, se ha convertido en música. Es la era del «jazz». Algunos saxófonos parece que van a llorar estrangulados. Al Jolson clama convulsamente por su madre, pintado de negro. La música canta a Chicago, a «Sussie», a las tiendas de bananas, a la tristeza de San Luis. Charlie Chaplin huye por unos callejones arrastrando un niño.

Los gangters usan clavel en el ojal y ametralladora Thompson envuelta en el abrigo. El tableteo de las lejanas ametralladoras suena como las máquinas de escribir en las oficinas. Texas Guinan se baña desnuda en una

piscina de champaña. Rodolfo Valentino se muere y toda la ciudad se llena de mujeres llorosas que acaban de salir del hospital.

El edificio «Woolworth» sube a sesenta pisos, el edificio «R. C. A.» llega a setenta pisos, el «Chrysler» a setenta y siete, el «Empire State» a ciento dos.

Jimmy Walker, el alcalde, es tan buen mozo como un actor, tan gastador corno un gángster, tan poderoso como un banquero, tan atractivo como un campeón de polo, tan elegante como el Príncipe de Gales, tan galante como un héroe de novela. Cinco millones de personas están enamoradas de él. Y él sale de los teatros resplandecientes para entrar en los «dancings» dorados y de los «dancings» para llegar, con dos horas de retraso, a presidir las más esplendorosas y resonantes paradas que la ciudad ha visto.

Cuando las gentes alzan la cabeza hacia el cielo es para ver las grandes letras de humo que ha trazado un avión: «Tome Coca Cola».

Todos se van a hacer ricos. El hombre que friega los portales sueña con tener un yate. El yate de míster Morgan costó tres millones de dólares. Las acciones suben en la bolsa tan rápidas como los pisos de los rascacielos. Todo el mundo puede especular.

Hasta que ocurre el pánico de 1929. Los que tenían una oficina de cristales en el piso sesenta se tiran por la ventana, o bajan a vender manzanas a la acera. Las calles se llenan de vendedores de manzanas. Los teatros se quedan solos y apagados. Las largas colas de los que buscan empleo se apretujan a las puertas de las agencias. Los periódicos se llenan de avisos en letra menuda en los que se ofrecen en venta toda clase de cosas y se solicitan empleos de toda especie. Los bancos de las plazas se llenan de hombres sin afeitarse.

Las gentes oyen los radios. No hay sino malas noticias. Habla el Padre Coughlin y dice que hay que reformarlo todo, que se ha vivido en pecado contra la justicia social, que la culpa de los males la tienen los judíos. Los hombres barbudos escupen con odio debajo de las tres bolas de oro de la tienda del prestamista donde acaban de dejar el marco de plata del viejo retrato de familia. Nadie compra manzanas. Por el radio también se oye la voz de un nuevo Presidente que habla desde Washington. «No hay que temer sino al temor», dice.

Comienza la recuperación económica. Ahora no solo habla el radio sino que hablan las películas. La isla va sintiendo cada vez más su propio espíritu y su peculiar carácter. Sus rasgos se acentúan y definen con el cese de la copiosa inmigración. No se parece siquiera a los burgos que le han incorporado. Está en medio del río como un buque, como un buque en viaje en el agua fugitiva, sin contacto posible con los burgos que se divisan en las lejanas orillas.

En donde debería estar la chimenea del barco se levantan las torres cuadrangulares de «Rockefeller Center». Es la ciudad del radio que va a constituirse en arquetipo de la isla. En giróscopo del barco. En un hueco está la plaza de hielo desde donde los patinadores ven alzarse la torre de setenta pisos toda en piedra limpia y vidrio. A la altura de las cabezas hay fuentes, jardines y tiendas. En el extremo oeste el teatro más grande y dorado del mundo. En el lindero oriental se alza el edificio de la Gran Bretaña, oloroso a tiendas de tabaco, cuero y agua de colonia; el edificio de Francia, colgado de carteles de turismo. Al edificio de Italia le cubren el nombre y la moldura de la fachada donde estaba tallada el hacha del líctor. Es la segunda guerra mundial.

La ciudad desaparece en el silencio y en la sombra. No se encienden luces por la noche. Parece que todos los hombres se han marchado. Cuando suena una sirena todos alzan la cabeza hacia el cielo frío y abierto. Podría ser el aviso de una escuadrilla de aviones enemigos. La primera bomba de cuatro toneladas convertiría en granizo todo un rascacielos. Las calles se cubrirían de montañas de escombros. Cinco cuadras más allá otro rascacielos. En el tirón de las raíces se cegarían los túneles del tren subterráneo. Saldrían melenas de cables chisporroteantes por todos los huecos. Cuando los últimos surtidores y cataratas de escombros hubieran caído no quedaría nadie vivo entre los grises cráteres. Pero el mugido de la sirena se pierde y acaba sin que se haya oído ninguna detonación. Las mujeres de uniforme vuelven a apresurar el paso.

Al terminar la guerra hubo una alegría seca y breve. Terminaba en Europa y seguía en Asia. Hubo que numerar los días. Primero fue el día «V. E.», después «V. J.». Todo el mundo estaba sobrecogido con la bomba

atómica. Muchos hablaban de una crisis inminente. De millones de desempleados.

La isla se hizo más pequeña que nunca. Todas las gentes que regresaban de la guerra no parecían caber en ella. No había habitaciones en los hoteles, no había apartamentos desocupados. Un veterano, con su mujer, sus hijos y sus muebles se instaló a vivir en un bote a la orilla del río; otros acamparon en el Central Park. Aprisa acudían a la policía y los fotógrafos. Una tienda anunció que vendía medias de nylon y se forma una cola de mujeres y hombres que le daba la vuelta a la manzana.

Más que nunca las tiendas parecieron tumultos y los hoteles ferias y las calles procesiones. La isla era cada vez más un buque lleno de turistas apresurados.

En los bares apareció la televisión. Cada vez que el parroquiano, en la penumbra, sube los ojos del vaso de cerveza, mira las grises sombras de dos boxeadores que se pegan, o la cara angustiada del hombre que está tratando de contestar a la pregunta de setenta y cuatro dólares: «¿Quién anotó la primera carrera en las series mundiales de *base ball* en 1913?» O «¿Cuál es el que llaman el Estado del Oso, entre los de la Unión Americana?».

Cuatro millones de voces suenan por cuatro millones de teléfonos. Dando y recibiendo noticias. Porque cada tres minutos hay un matrimonio y cada cinco minutos nace un niño y cada doce horas asesinan a una persona. Y si la mujer que contesta al teléfono, de primera palabra dice el nombre de aquel cereal para el desayuno, gana un abrigo de visón, una refrigeradora, un bote de remos, la pintura de una casa y un pasaje por avión para el África del Sur.

Y también cada cierto tiempo un visitante de la torre de observación, sobre el piso centésimo segundo del edificio «Empire State» se lanza bruscamente al aire. Se podrían contar los largos segundos que tarda en estrellarse sobre el pavimento de la calle. Pero, sin duda, tiene tiempo de vislumbrar la isla como un barco cabeceante. Casi lo mismo que, en el bamboleo de su cuerda de ahorcado, vio Verrazzano el barco en que moría.

II

Donde se mecían, al viento del estuario del Hudson, los tulipanes de la Nueva Amsterdam, se alzan ahora las inmensas torres de la baja Nueva York. Quizá nada exprese mejor el contraste entre lo que fue y lo que es, que la brutal diferencia entre un tulipán y un rascacielos, que es casi la misma que hay entre un burgués de los Países Bajos que fuma su pipa de espuma, lee su Erasmo, cultiva las flores y los repollos de su huerta, y cuida de su barba en el oro de luz que entra por la emplomada vidriera que dejó entreabierta Vermeer, y uno de esos atareados seres que pululan entre los sombríos troncos de las inmensas y apiñadas torres.

De la vieja villa holandesa, a la orilla del mar, con su fuerte, su muralla, sus galeones y su burgomaestre, no queda sino alguna hoja seca que vuela en un retazo del cielo, el cementerio de la iglesia de la Trinidad y los nombres pueblerinos y melancólicos de las calles. Lo demás está enterrado y desaparecido bajo las inmensas moles de cemento armado, o de concreto, como con poético sentido dicen los arquitectos.

La iglesia de la Trinidad es un pedrusco negro y puntiagudo, olvidado sobre un paño de grama, que apunta hacia el paño de cielo que asoma allá lejos, iluminado, entre las sombras de los rascacielos. Algunas borrosas lápidas señalan las tumbas entre el césped. Son de gentes que se durmieron en el siglo XVII y en el XVIII, entre el borde del «rococó» y el del mar de las luchas imperiales. Allí yace la doncella a quien conmemoran sus padres inconsolables y el capitán que regresó enfermo del último viaje de té para morir en la calle del Cerezo. Y allí está también, un poco a la intrusa, Fulton, abandonado de sus humeantes y ruidosos émbolos y calderas y Hamilton, arrullado por el rumor de las taquillas de los Bancos.

Pero ya no hay huella del Cerezo en su calle. El turista en Manhattan, que entra a la ciudad baja, encuentra los nombres y la angostura de las viejas calles, pero ahora ya no son calles sino el angustioso fondo de una profunda y estrecha garganta cavada en la lisa piedra, donde la luz desciende acobardada y difusa. Cuando alguien abre la vista desde el agitado, incesante y oscuro hormigueo, logra ver en lo alto un estrecho callejón de cielo. Las gentes no caben en las angostas aceras e invaden la calzada. Clavados profundamente, a lado y lado de la estrecha calleja, los tremendos edificios suben sin término por la escala de sus ventanas

iluminadas. El fastial penetra en las hilosas nieblas sucias de humo fabril. En veces, un avión extraviado choca con una torre.

Los seres que se mueven en el fondo de esas vertiginosas y elaboradas gargantas llegan a parecerse todos y a adquirir un aire de uniformidad que impresiona. Andan de prisa, desde luego, pero con una prisa aún más indiferente y absorta que la de aquellos que se ven en la ciudad alta. Salen de una majestuosa puerta llena de dorados, atraviesan algún delgado callejón y se sumen por otra gran puerta dentro de una inmensa sala que arde en luces.

Detrás de las ventanas iluminadas están los dueños de la riqueza del mundo. Las tres cuartas partes del dinero de la humanidad se concentran en este oscuro y magno pedazo de la isla de Manhattan. Millares de contabilistas anotan, por medio de sus máquinas, a cada segundo, los mínimos resultados del movimiento de flujo y reflujo de todo lo que el ser humano compra y vende en toda la redondez de la tierra. Una menuda cifra, añadida a las infinitas columnas de números es la elegía o el epinicio que condensa toda la novela que ha vivido el criador argentino o el cosechero de algodón del Perú o el comprador de arroz de Siam, o la del barco que acaba de destrozarse sobre un arrecife del Mar Rojo. Sin saberlo, no hacen sino inscribir epitafios. De una breve orden de uno de estos hombres, que tienen su escritorio junto a la nube, en el piso cincuenta, resulta que millares de cultivadores salgan con sus enormes maquinarias a sembrar trigo en el Canadá o que los mineros del estaño tengan que reducir su trabajo a la mitad, o que empiece a levantarse la obra de un ferrocarril o de un acueducto en una ciudad de los Andes o del Golfo Pérsico.

Nunca ningún Aladino tuvo en sus manos tanto poder material como estos hombres joviales, canos, vestidos de paño gris, y nunca, tampoco, tanto poder material ha sido disfrutado con menos imaginación. Tal vez para fortuna de los demás hombres. El poderío para estos Aladinos de las cifras rara vez llega a transformarse en botín y en fruición.

Sobre el cuadriculado de la desaparecida villa holandesa se alza ahora este reducto. Nada queda que justifique el nombre de las viejas calles. La calle del Cedro, la del Canal, la de la Doncella, la de Juan, la del Castor, la del Pino, la del Muro. Todo es igualmente poderoso, inhumano y frío: la

piedra, las gentes, el ambiente. No queda la puntiaguda casa de Juan, ni el muro que separaba de las salvajes soledades, ni el canal con sus barcas cabeceantes, ni el empinado cedro rumoroso en la esquina. El panorama de ahora es piedra lavada y está fuera de la medida de nuestros sentimientos. Es como el lecho de una corriente subterránea que nadie sabe a dónde va. Son unas catacumbas donde se huye de algo y donde algo se engendra que no es lo que estamos habituados a ver.

En ciertas horas el turista llega a olvidarse de que aquí, entre las torres de la baja Nueva York, hay hombres y mujeres. Más parecen seres de otra raza, los marcianos, o una artificial casta de termitas deformados para el trabajo. Lo cierto es que en esta exagerada impresión hay algo de la reacción temperamental del que mira asombrado un mundo que no puede ser el suyo. Pero aun así, lo que predomina en el fondo de estas gargantas es un tipo humano que se parece más al hombre que a la mujer, es decir, al ser desaparecido, indiferenciado, en una tarea. Vemos, ciertamente, mujeres, pero tienden a hablar, a gesticular y a caminar como los hombres. Sólo les quedan, irreductibles, como una bandera de nostalgia, las magníficas y cuidadas cabelleras de las americanas, que florecen en lo gris como una encendida planta erótica. Su intuición, seguramente, les ha enseñado lo que la vieja sabiduría talmúdica descubrió con mucho ver y mucho reflexionar; que los cabellos son también una desnudez.

Los extraños pobladores circulan verticalmente por entre sus torres: torres de cemento, torres de cifras, torres de luces y casi nunca pueden pasar, sin transformarse, de los límites precisos de su ciudadela. Ya a sus espaldas los acecha la Quinta Avenida, donde los hombres vuelven a ser hombres porque está llena de mujeres, y la Plaza de Washington, con su arco viejo, sus árboles y sus casas georginas tan fragantes a hogar y a vida interior. O también, al frente, la sucia marina, llena de casuchas, de cajones rotos, de frutas aplastadas, de hierro viejo, de letreros tuertos, de carbón, de escamas de pescado, a la inmensa y geométrica sombra de un puente inmenso. Ésta tampoco debió ser la marina de la Nueva Amsterdam. Es una ribera inorgánica y descomedida. Recala en ella el turbio rezago de la inmensa marea de este nuevo mundo, tan confuso. Los marinos y los maleantes son tal vez los mismos de Cardiff o de Cartagena o de Marsella.

Las mismas gorras negras, las mismas franelas azules, los mismos tatuajes, las mismas pipas, los mismos agrietados rostros sin afeitar. Hasta las mismas cantinas con los mismos nombres —Bar de la Media Luna— pero sin leyenda. Hay en este trozo de viejo puerto algo que falta, algo que no acopla, algo que rompe la sinfonía. Algo que tal vez está representado en aquel incongruente letrero que dice: «Antonio Lo Verde. —fishing».

Dentro de estos límites estrechos se alza, sobrehumano y aplastante, el reducto con sus extraños habitantes. Quien se aventura en él por primera vez comprende que ha entrado en un mundo distinto. Nada allí está hecho a la medida del hombre.

De la vieja aldea holandesa no quedan sino los nombres sin sentido de las calles, y las tumbas de la Iglesia de la Trinidad, y alguna Biblia olvidada en la gaveta de un banquero, porque ni siquiera la penumbra recuerda a Rembrandt. Es, para ello, demasiado gris y le falta oro. Todo el oro que yace muerto en los vastos sótanos, más abajo de las callejuelas.

III

En Manhattan la tierra es más cara que el alabastro, las alcobas están más altas que las torres de las catedrales, hay más riquezas reunidas que en todo el resto del mundo y la acumulación de seres humanos, cosas, máquinas y edificios desmesurados es la más impresionante que en ninguna época haya existido en el planeta. A veces parece la fantasía de un geómetra puritano y a veces un escenario para las hazañas terroríficas de Gargantúa. A veces parece un ser vivo, entero, distinto e indiferente a todo lo demás y en ocasiones, también, por su vertiginosa y mecánica fuerza de crecimiento, da la impresión de lo inhumano y hasta de lo inorgánico.

Ha sido el campo de algunas de las más grandes hazañas materiales y morales del hombre. Muchas de sus cosas carecen de semejanza o de precedente con ninguna otra. Hay la más alta torre y el hombre más rico del mundo, y el semental más caro, y el niño que toma más leche, y el crimen perfecto, y los mejores y más admirados atletas. Pero de todas estas cosas y

muchas otras que no nombro, la más impresionante es la de la soledad en que viven y actúan las gentes. Manhattan viene a ser, por sobre todo, la isla de los solitarios. Un mínimo islote poblado por millares de solitarios, apresurados, abstraídos en invisibles fines, incomunicados dentro de la campana neumática de la soledad.

En donde está el hombre está la soledad como su sombra, que lo sigue, lo acecha, lo espera. Más dramático que el destino de Pedro Schlemyl, cuando vendió su sombra, ha de ser el de la persona que llega a vender su soledad. Y hasta casi podríamos decir que cada hombre tiene la soledad que merece, y que hay algunos que no han merecido ni merecerán ninguna.

Los millones de solitarios de Manhattan no gozan de la mejor clase de soledad; sufren más bien de una forma de ella inferior e involuntaria.

No es, en general, la de ellos la rica y fecunda soledad que Dios regala a algunos elegidos y que es el reino donde el hombre entra para luchar sin tregua por encontrarse a sí mismo y vislumbrar el rostro de su Deidad y las luces de su destino. La de ellos es más bien una soledad física, pobre y estéril, que borra y destiñe al hombre, y que es ignorada por quienes la sufren, como hay quienes ignoran que están enfermos o que son desgraciados.

El curioso que se detiene a observar las gentes que pasan por las calles congestionadas de Manhattan advierte de inmediato que todas están solas. Cada unidad parece ignorar a todas las otras, y revela en los gestos, en la acelerada angustia del paso, la sensación interior de estar abandonada a sus propios recursos y no poder comunicarse con nadie. No es una expresión serena o gozosa la que sus rostros revelan, como suele ser la de los que gozan de los paraísos secretos de la meditación solitaria, lo que, en uno de sus aspectos, llamaba France las silenciosas orgías del pensamiento; aquellas sublimes voluptuosidades en las que fueran doctos, desde San Antonio y Erasmo, hasta Tartarín, toda la vasta gama de los hombres dotados de vida interior. Ni saben que están condenados a la soledad, ni tienen el gusto, ni el arte, ni la ocasión de gozarla.

Ciertamente debe haber en la isla de Manhattan muchos que cultivan una soledad creadora, pero quienes la caracterizan no son éstos sino los millones de solitarios transeúntes que desconocen su propia condición.

Están en todas partes. Son casi toda la gente que llena las calles, los teatros, que se paran en las esquinas a mirar los matices cambiantes de los avisos luminosos y las noticias de los diarios.

Yo he visto estos solitarios apretujados en increíbles racimos en los andenes y en los carros del tren subterráneo. Apenas queda espacio para mantenerse en pie dentro del denso rebaño, y sin embargo todos van solos, nadie está acompañado; entre el ruido de las ruedas y los mugidos del motor es raro oír una voz humana, y cuando se oye todos los que la alcanzan se vuelven como recién despertados, llenos de sorpresa y hasta de desazón. Cuando alguien quiere informarse sobre el itinerario se dirige al plano mudo que está en la pared, con el gesto con que el peregrino en el desierto o en el mar mira las estrellas para consultar el rumbo. Tampoco casi nadie mira a otro, y cuando por azar dos miradas se cruzan, instantáneamente se desvían llenas del temeroso presentimiento de haberse asomado al más allá. En los andenes esta masa se forma sin soldaduras ni unidad, y se deshace sin desgarramiento, con la silenciosa mecánica con que las moléculas de los líquidos se yuxtaponen y se separan. Moléculas de soledad.

Las tiendas también están repletas de solitarios. Yo he visto florecer la admirable comunicación de la simpatía humana entre mercaderes y compradores y simples curiosos en los zocos árabes, donde hasta los camellos y los asnos parece que entran en el diálogo abierto y en el interés de lo que se debate. Y recuerdo también la viva comunidad de relaciones que florece en voces, interpolaciones, regateos, testimonios y consultas en las tiendas de España, Italia o Francia. La más grande tienda del mundo en la isla de Manhattan no se parece a nada de esto. Está repleta de enfermos de soledad. Nadie parece enterarse de que allí hay otros seres humanos. Y cuando al final, después de una silenciosa preparación, alguien se dirige al hortera, en voz baja y rápida, recibe una contestación más breve todavía. Es un ser que, en una encrucijada de su destino, consulta a la pitonisa y recibe la enigmática respuesta que ha de resolver por sí solo.

Pero donde estos solitarios llegan a lo más hondo de su condición es en esos grandes refectorios donde entran por un instante a comer lo imprescindible para alimentar el cuerpo. Allí no es necesario gastar una palabra. El solitario toma de largos mostradores y va colocando en una

bandeja el magro condumio que necesita y luego se sienta en una mesa, abstraído mientras come sin tregua. No se percata de que otros tres solitarios se han sentado a la misma mesa, y hay momentos en que parece que han llegado al milagro de hacerse invisibles los unos para los otros. No llegan a compartir ni el pan, ni la palabra, ni menos el sentimiento.

Al hombre de otro mundo que ha caído en esta isla termina por formársele un complejo de angustia ante tanta soledad sin provecho. Llega a creer que es necesario que un día llegue algún profeta a la isla y emprenda de inmediato una gran cruzada, o un gran despertar. Por medios mágicos congregará a los habitantes de la isla para decirles que no pueden seguir como están, que es necesario que aprendan a estar juntos, a estar en compañía, a disfrutar del maravilloso don de la presencia de otros seres humanos.

Pero mientras llega a ocurrir esta revelación, la isla de Manhattan continúa poblada por millones de solitarios que ignoran que están solos.

IV

La isla de Manhattan asoma hacia el mar su ancha cabeza de hipopátamo semisumergido. El verde hueco de su respingada nariz derecha es el Parque de «Battery». Su pequeña oreja negra se mueve en el ángulo saliente de la línea de muelles con el cuerpo del «Queen Mary». Y su pesado lomo se va hundiendo y adelgazando entre los brazos del río hacia el norte.

Pero no es animal, sino mundo. Mundo aparte, inorgánico, complejo, con su difícil y turbia geografía.

En la escuela de las gaviotas, que lo ven como un muelle interminable que da vueltas sobre sí mismo, temblando en estrías, le conocen las fronteras.

Por el lado del Sur limita con la estatua de la Libertad y los estrechos que conducen al Atlántico. Por el lado del Poniente mira hacia la costa de chimeneas, humo y ruido de hierros de Nueva Jersey custodiado por fúnebres barcazas de carbón. Por el Este y el Norte, más allá del agua del

río, mira las chatas, monótonas y provincianas villas de Bronx, Brooklyn, Queens, donde hay seres humanos que viven en casas y los trenes corren por entre árboles.

Pero esos límites sólo los conocen las gaviotas o los que se asoman a los muelles o suben a las torres. Para los hombres de la calle limita a lo ancho con paredes y a lo largo con humo y con cielo.

La geografía de este mundo es difícil y extraordinaria. Sus montes no son de tierra, sus ríos interiores no son de agua, sus minas no son de minerales. La cumbre de su cordillera central es el mástil del edificio «Empire State». Su principal hoya hidrográfica es la de «Broadway», cuajado río de gente. La Quinta Avenida no es río, es un recto canal artificial. Los socavones del tren subterráneo son sus minas.

Y está cubierto de regiones, de países, de reinos, de razas, de tundras, de selvas, de mesetas, de gargantas, de zonas, de climas.

Comienza en el extremo sur con el abrupto macizo de «Wall Street». País sin sol, húmedo, todo en desfiladeros y veredas de donde nace la corriente de «Broadway». La toponimia revela que una vez hubo un pino, que una vez hubo un cedro, que una vez hubo un cerezo. Pero todo ello pertenece a edades geológicas desaparecidas. Hoy no queda sino la piedra lavada, angosta y en penumbra. Hay un frío de metal acumulado. El frío acumulado en toneladas de oro frío que traspasa la piedra de las bóvedas y el pavimento de la calle.

Huele a pescado y es tierra de colinas y de cavernas la que sostiene la romántica jaula de hierro del puente de «Brooklyn». El puente de los suspiros de los viejos beodos del «Bowery». Es tierra inundada por una vieja creciente donde todo se ha quedado en charcas muertas, en esqueletos de animales devorados, en olor de viejas cosas ocultas. Lo hace tempestuoso el paso del tren elevado.

Al lado aparecen en un aire de tifón los espectros de sauces, los fetos de serpiente y los faroles de papel del Barrio Chino. Es una tortuosa y menuda aldea en una nava. No hay agua sino de aguador. Y todo está amarillo de hambre y de sabiduría. Su fauna es de gusanos de papel, de dragones de cartón, de caballos de terracota, de elefantes de marfil y de escarabajos de

jade. Su flora es de crisantemos de seda. Su calendario y su intimidad no se conocen.

Todo es plaza abierta y tiempo de cosecha en la abigarrada Italia que le sigue. Las casas desbordan por las puertas en tomates, quesos, panes, calientes voces. Hay música de organillos. Todo grita, corre, habla y se agita. Hay un chirriar de aceite de oliva en caldero. Es tierra de calor donde el sol hace fuertes sombras.

Muy distinto es el país nocturno que queda hacia el Poniente. Gente silenciosa y lenta sale en el atardecer. Las paredes están cubiertas de figuras y de manchas. Se oyen acordeones. Todos parecen tener fiebre. Andan como gatos, miran como ciervos. En los oscuros patios hay raíces de mandrágora y de adormidera. Nadie mira las cosas que lo rodean y tan sólo los guías de los autobuses de turistas dicen que aquel istmo entre sombras se llama «Greenwich Village». Si hay una paloma es de San Marcos, si asoma una cigüeña es de Estrasburgo. Vienen de muy lejos esos hombres y esas mujeres ojerosos y pálidos. Es una colonia de buhos en un bosque de sombras. Huele a ron, a ajenjo, a rosas muertas. Un hombre fantasmal se asoma a una esquina como a un escenario. Por las ventanas se traslucen cuadros y libros. Es el país de las botellas vacías y de los gatos enfermos.

Tierras bajas de diques, de tulipanes y de ladrillos rojos son las de la meseta contigua. En fila las rígidas casas negras, rojas y blancas montan guardia al arco cuáquero de Washington. No es arco, sino compuerta de la esclusa. Allí empieza el canal de la Quinta Avenida. Que bordea en derechura las cumbres de la cordillera central: el «Flat Iron», el «Woolworth», el «Empire State», el «Rockefeller Center». Es el país de los hacendosos ánades y de los iluminados pavos reales. Compuertas de luz derraman oro. Se deslizan grandes automóviles como témpanos de cristal. Las mujeres son como curiosos animales de cabeza de plumas y cuerpo de espesas y brillantes pieles.

Por el lado del Poniente se abre el país de las visiones, los despojos y los fantasmas. De grandes camiones panzudos bajan ristras de trajes que tiemblan vacíos en el aire. De todos los colores, de todos los tamaños, de todas las formas. Flotan como hojas secas, se arremolinan, llenan la calle: muselinas blancas, sedas verdes, lanas rojas. Millares de mangas vacías,

millares de faldas vacías, de pie, dobladas, tendidas, aplastadas. Los trajes vacíos de un mundo. Un mundo en ausencia temblorosa. Todos sus hombres, todas sus mujeres, todos sus niños, como moldes plegados en la tela fría que los aguarda. No cuerpos, sino trajes; no manos, sino guantes; no cabezas, sino sombreros. Un mundo muerto de visiones vacías, de formas desmadejadas, de huellas, de evocaciones, que unos cuantos hombrachones toscos manipulan y ajan.

Pero a poco trecho los fantasmas inertes se animan. El río de «Broadway» llega a su máxima profundidad y poderío en torno a la roca del edificio del «Times». Imágenes gigantescas de hombres y de mujeres se asoman sobre un hervor de luces vivas de todos los colores al turbio caudal humano que rueda abajo. Siluetas luminosas se mueven, saltan, aparecen y desaparecen. Todos los tiempos, todos los apetitos, todas las latitudes palpitan en la agitada incandescencia. Hay calor y color de fragua. Hay muchedumbre de incendio. Todos ven hacia arriba.

Por una puerta asoma la silueta de un vaquero, en otra se abre inmensa la sonrisa y el nombre de una mujer, en otra se alza un pirata, en otra un avión de bombardeo, en otra el rey Enrique V, en otra Santa Juana de Arco. Grandes voces trepidan anunciando prodigios. Distintas músicas van y vienen en resaca. Una placa luminosa dice «Oklahoma», otra «Aída», otra «Paisan», otra «The Respectful Prostitute», otra, otra. Quien penetra al través de las puertas encendidas puede contemplar a Isolda cantando sobre el cadáver de Tristán, a Ana Bolena en la prisión, la trágica vida y muerte de un vendedor, las doscientas piernas de las «rockettes» subir y bajar al unísono, un duelo de ametralladoras entre pistoleros de Chicago, y hermosas bocas abiertas, hermosos ojos entornados, cantando las mil variaciones de un mismo ritmo dulzón que dice las mismas palabras de posesión, de despecho, de amor, de deseo. Todos los trajes del mundo están vestidos y hablan y gesticulan. Es el país del museo vivo de las figuras de cera, los rehenes de Gengis Kan, las visiones palpables del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso de la comedia de la humanidad que rueda en el hirviente cauce de «Broadway».

El río humano entra y sale por las doradas puertas de aquellas cavernas de Alí Babá. En el momento en que Ethel Merman, apoyada sobre un rifle,

alza su canto sobre la cabeza de Búfalo Bill, se mece el coro de «South Pacific», se detienen un segundo las bailarinas de «Radio City» y el beso de Ingrid Bergman a su galán se va reflejando de pantalla en pantalla, de acera en acera, hasta perderse en un sombrío cine de barrio. Ese es el momento en que Rocky Graziano toca con un «jab» la quijada del «challenger», en que Sonja Heine entre plumas y diamantes abandona el hielo por el aire, en que Gene Autry baja de su caballo para tocar la guitarra y en que la sirena de la ambulancia de la película sale aullando a la calle a llevarse el herido que se desangra en la esquina de una herida verdadera.

Es un país polar, de pulido hielo luminoso y transparente. No hay sombras. No se ven sino mirajes, reflejos, descomposiciones de la luz en el cristal. Y los que allí están dan vueltas y vueltas sin poderse escapar.

Los que se escapan pueden llegar a descubrir los prados y los lagos que se abren entre los altos farallones de piedra. Es una región de caballos y de arboledas donde el día es más largo que la noche y la noche trae sombras. Es tierra de tránsito y de encuentro. Todos los que pasan quisieran detenerse, pero tienen que seguir galopando en el caballo. Pasan tribus errantes y desorientadas: llevan niños, comidas, fardos. Se tumban bajo unos árboles. Los hombres y las mujeres se hacen el amor. Comen los niños. Hasta que oyen rugir los leones, o miran la silueta de la pantera sobre la roca y huyen hacia otra arboleda, hacia otro lago, donde van a tumbarse de nuevo, a comer de nuevo, a acariciarse, tal vez a levantar una tienda, pero después de un tiempo vuelven a marcharse. Lo que parecían esperar es el largo encuentro de la noche y el día. Cuando se ha consumado salen hacia los lejanos farallones de piedra. Cada rincón tiene una historia, cada árbol un nombre, cada roca un testimonio. El policía pasa al trote de su caballo junto al banco donde asesinaron a la muchacha en la noche de invierno, y el viejo soñoliento recuesta la cabeza sobre el corazón que tiene grabado el tronco de un árbol con una inscripción que dice: «John Loves Mary».

Donde termina la pradera abierta se alzan las fronteras de un mundo primitivo. Se oye un son de tambor. Huele a selva y a trópico. Brilla el sol sobre los rostros sudorosos de los negros. Corren niños descalzos y hombres pensativos se sientan en las escalinatas de los portales. No se ven

plantas pero se siente la presencia de la caña de azúcar y del algodón. Hay una sombra de selva que sale por las húmedas bocas de los sótanos. Todo se mueve con un ritmo sordo, acompasado y profundo. Gruesas voces se arrastran como serpientes. Por una ventana brota una música entrecortada y sacudida y se miran las siluetas de hombres y mujeres contorsionadas en secos espasmos rítmicos. Toda la calle y todos los que en ella están con sus voces, sus andares y sus miradas están dentro del compás. El suelo es de oscura tierra fluvial. En la sombra hay cocos y helechos.

Pero más allá lo que hay son islas. Empieza el archipiélago de los antillanos. Bongó, arroz, español sincopado. Junto a una puerta hay diez tenduchos llenos de clientes que no salen. Huele a café tostado. Se habla a gritos de una acera a la otra, de la más alta ventana a la calle. Se alzan pomposas palmeras de voces. Todos se asoman a la calle como a un espectáculo.

La isla se adelgaza para morir frente a las vastedades del Bronx. Las gentes están como más apeñuscadas en ese último extremo de tierra que ya no da más espacio. En cada habitación duermen cinco. En cada portal hay un faro. Cada calle es una feria. El más grande y final apeñuscamiento se cuaja en el estadio de «Polo Grounds». A una sola voz la muchedumbre aúlla siguiendo la pelota que ha disparado un bateador, que se estabiliza en el azul y que parece que va a rebasar la isla.

Todo esto es lo que los exploradores dicen que han visto. Muchos tan sólo lo oyen contar y nunca se aventuran más allá de la tierra que conocen y del clima en que nacieron. Porque las diferencias son tan grandes que hacen difícil la adaptación y ponen en peligro la vida del que trasmigra. Del «Harlem» tropical y sudoroso no se puede pasar al país de pieles, de hielo y de metales que se refleja en el canal de la Quinta Avenida y en los «Icebergs» de «Park Avenue». El clima, la dieta, los hábitos son distintos. En «Harlem» se comen bananas y ñames antillanos. En las heladas cavernas de la cordillera central de Manhattan hay caviar y trufas en metal y en vidrio. O en témpanos de hielo labrado.

Del húmedo clima de las colinas del «Bowery», que dan cebollas, ajos y papas, no se puede pasar al país nocturno de «Greenwich Village», sólo de ajenjos y alcoholes y de flores maceradas.

Las costumbres y los valores son distintos. Con lo que paga por una comida un viejo banquero dispéptico en el «Café Chambord» se hartan los apetitos de treinta viandantes en el mostrador de la Botica o en el columbario del Automático. Seis metros cuadrados de cola humana a las puertas de «Radio City» valen lo que la más rubia caja de tabacos del «humidor» de «Dunhill». El azuloso abrigo de tres cuartos que pasea la modelo en el salón de «Revillón» un instante vale lo que los cinco más monótonos años de trabajo de un ascensorista, que es como ir de la tierra a la luna por el hueco de un ascensor oyendo las mismas personas decir las mismas cosas sobre el tiempo y recitando cada tres metros: «Cuidado al pisar».

Las cosas cambian de ser y de valor. Adquieren un valor de exotismo y de dificultad. De calor en hielo o de hielo en calor. El huevo que sirven en el «Stork Club» vale lo que seis huevos de los «Child's», lo que ocho de las cafeterías del «Broadway» central, donde los clientes comen de sombrero sin mirar a los clientes de los otros tres lados de la mesa; lo que dieciséis de los huevos de jungla del «Spanish Harlem» y lo que treinta y dos huevos de los tenduchos del «Bowery».

Y no un abrigo oscuro y espeso de los que se pasean coronados por la barba de un rabino por las sinagogas de Brooklyn, sino hasta diez grandes abrigos de rabino, se compran con lo que apenas alcanza para pagar un sombrerito de paja con tres plumas de gallina que está en la vitrina de «Hattie Carnegie».

El tiempo tampoco es el mismo. Cuando es el mediodía en los verdes de «Riverside» hay sombras en «Down Town». Nunca llega el sol al fondo del cañón donde pululan las termitas de «Wall Street». «Harlem» está en el trópico. Pero el sol de medianoche y la aurora boreal brillan perpetuos en las rías de «Times Square». Cuando todos están despiertos en la calle 42, todos duermen hacinados en los soportales, en las aceras, en las alcobas del bajo «East Side».

V

El pintor que tuviera que hacer el elogio plástico de los claros varones de Manhattan tendría que pintarlos ensimismados, en un sueño de poderío abstracto, entre sus ruedas dentadas, sus curvas estadísticas, de espaldas a una ventana que domina un bosque de rascacielos y contemplando en la mano un segmento de la blanca lombriz aplastada que mana del teletipo con las últimas cotizaciones. A lo sumo, como nota de fruición y de alegría, en la pared, la silueta triangular del gallardete de una universidad deportiva.

Son los amos de un mundo cuyo botín se resuelve en cifras.

Nunca podría ocurrírsele al pintor encargado de inmortalizarlos ponerlos en el momento de gozar de los sazonados frutos de la tierra. Sentarlos a la cabeza de una caótica mesa de Renacimiento donde todos los climas de la tierra han delegado sus frutas y sus animales, o en el centro de la resonante boda flamenca, con derramados vinos y risas, que todavía gira en algún Breughel.

Y es que las gentes de esta isla no tienen ni el gusto ni el arte de la comida. Apenas dedican tiempo a alimentarse en una forma somera, desabrida y rápida. Los mira uno injerir con apresuramiento y sin dedicación un sandwich o una ensalada, mal sentados en la estrecha silla de un mostrador, con el sombrero puesto y el diario bajo el brazo. Hay quienes no toman sino una pintoresca ensalada de hierbas. Esa ensalada verdiblanca que desborda de las cazoletas de madera es la única fantasía de su alimentación. Pero el plato típico preferido y ponderado que se come en los hoteles de los millonarios y en las fritangas de los muelles es el jamón con huevos fritos y el pastel de manzana. O acaso el «perro caliente».

Lo que un pueblo come retrata su historia y su psicología. La cocina es una de las más elaboradas formas de la cultura. Algunas salsas significan tanto culturalmente como un estilo arquitectónico o como una forma poética. Algunos vinos están tan entrañablemente mezclados a una raza y a un suelo como la propia lengua en que se expresan. La aptitud para sublimar el contenido de las necesidades primarias es el verdadero signo de la cultura. La transformación del refugio rupestre en catedral barroca no es muy diferente, como hazaña y marca de una cultura, a la transformación del bocado de carne asada en «tournedo» Rossini.

El pueblo griego, con el mismo impulso sagrado con que hizo el Partenón y creó la filosofía, transformó el acto animal de alimentarse en el noble ambiente del «symposium», el banquete socrático en el que junto con la comida y la música de las flautas tiene lugar el rito del diálogo. Son también las sobremesas de los alejandrinos cargadas de gracia escéptica, y las de las villas florentinas bajo los Médicis, y las del París de la Restauración, cuando Talleyrand, con sublime elevación, explicaba el difícil arte de tomar una copa de «fine Champagne». Un arte no menos complicado, sutil y simbólico que el que los chinos han madurado en milenios para preparar y servir el té.

Esa refinada estilística de la cocina, que adquiere tan extraordinario esplendor en la cultísima nación francesa, es una de las mejores vías de acceso hacia la intimidad espiritual de un pueblo. El Chianti, la polenta y las pastas son la parte más viva y asequible de la historia cultural italiana. El «sauerkraut» y la cerveza dicen más sobre el alma alemana que el falso Arco de Brandeburgo. El cocido de Castilla y el arroz de los valencianos son de las expresiones más reveladoras de la vida de la meseta y del mediterráneo español. Y la diferencia tónica y conceptual del vino de Burdeos y del vino de Borgoña reflejan la más rica de las contraposiciones del alma de Francia.

Lo que el hombre de Manhattan come es de lo más pobre e insignificante de la cocina universal. El refinado arte de las salsas le es desconocido. El vino y el aceite, que son dos de los más extraordinarios alimentos de la cultura antigua, le son ajenos. El maíz, que es la planta naturalmente más ligada al misterio telúrico del continente americano, les llega puro, en hábito de trigo, sin los significativos procesos de preparación y de fermentación que los indios han llevado a los pobladores de otras zonas, y que son la arepa, la chicha, la mazamorra, y todos esos otros conceptos en los que sobrevive y se transmite el sentimiento de una raza casi muda en la historia.

Comen poco, desabridamente y con premura. Las más de las gentes entran de carrera al mediodía al mostrador de una farmacia y a medio sentar comen un sandwich. Es ese mismo sandwich, que a esa misma hora, hora standard del Este, comen uniformemente millones de hombres y mujeres.

Algo sin duda tiene que ver esta alimentación con la historia de la isla, con su arquitectura, con su paisaje y con su espíritu. Forma parte de una sensibilidad, de una manera de entender la vida. Algo del rascacielos, y del inmenso estadio de pelota, y del luminoso sol de invierno, y del color del Hudson, se refleja en el sandwich y en el vaso de coca-cola con que almuerza el hombre que los habita, los construye y los ama. El mongol que hizo su historia a caballo, que se calentaba con estiércol, y que se adornaba con crines, también se embriagaba con leche de yegua. La comida es una de las formas fundamentales de conocimiento y una de las mayores expresiones de la sensibilidad. Lo que fundamentalmente puede diferenciar los rascacielos de los palacios de Gabriel y la «java» rezongada en acordeones en los fonduchos franceses de la monótona cantata de los «ozarks» resalta más contrastadamente entre el hombre que almuerza con sandwich y coca-cola en el mostrador de una farmacia de Nueva York y el locuaz obrero que en una acera de París se instala a comer un elaborado guiso, mientras rebana un grueso pan sostenido bajo el brazo y empina repetidamente la botella de vino rojo que siempre está a su lado con poderosa presencia. En esa botella de vino la historia y la geografía de Francia entran en comunión con su pueblo. Es un caldo espiritual que los nutre de la esencia mágica de su tierra. El obrero de París tiene una noción precisa de los finos matices que distinguen a Anjou de Alsacia y de Burdeos al través de los matices del cuerpo y del espíritu del vino en que cada región se expresa. Nada de esto ocurre en Nueva York. La coca-cola es igual desde el Atlántico hasta el Pacífico y las ensaladas higiénicas son hechas de las mismas desabridas y limpias yerbas en toda la extensión de la Unión.

Taine, en sus grandes hazañas de teorizante, trató de explicar una vez algunas de las diferencias de la expresión artística en los pueblos tomadores de vino y en los pueblos bebedores de cerveza por la influencia de estas hierbas. El arte del mundo latino estaría en gran parte influido y explicado por el vino, como la inorgánica, oscura y aletargada expresión de los sajones por la cerveza. El teorizante de la historia cultural y de la sensibilidad de este pueblo, que siendo tan universal tiene tan marcado acento localista en su vida, tendrá que escudriñar bastante en la significación de la coca-cola. No es el americano pueblo de vino o de

cerveza. El hispanoamericano, que tampoco lo es, tiene, en cambio, su bebida tónica, su licor de trance, su caldo espiritual en el concentrado y profundo café. Pero esta bebida yerta que no ha pasado y salido enriquecida con los fermentos y las decantaciones, esta agua industrial y sin misterio no toca la sensibilidad ni la tiñe.

En el proceso de hacer en esta isla una vida con estilo, el terrazgo de una cultura, no se habrá adelantado mucho mientras no haya una cocina y un licor. Mientras no forjen sus propias salsas, sus guisos ambientados, su bebida emocional. Mientras no tengan la sensación de redonda y perfecta unidad que uno adivina entre la pagoda, la moral confuciana, el puente abovedado, la escritura ideográfica, los palitos de comer arroz y el té de los chinos. Entre tanto, y en medio de todas las magnificencias y los esplendores de su crecimiento, serán gente incompleta, no aclimatada en su tierra.

Este hombre del Hudson, que come apresuradamente una magra e incolora ración, no conoce la sobremesa. Y este es también un grave inconveniente para la formación de una cultura. La sobremesa es la ocasión en que el tono de los alimentos sazonados pone su nota en las ideas y en los conceptos. Es el momento en que la naturaleza muerta de la mesa se transforma en fermento vivo del pensamiento creador. Es la hora de la unidad cultural, en la que después del banquete, sobreviene la música socrática. Lo que las musas y los dioses revelan allí ya estaba en la cocina. No pocas veces lo divino se mueve entre los pucheros, como lo sabía Santa Teresa.

Este hombre sano, fuerte, resuelto y apresurado, apenas acaba de comer se levanta. Se levanta a hacer algo. No conversa después de la comida, ni hay ninguna vinculación visible entre lo que puede decir y lo que ha comido. El comer no forma parte armoniosa de su existencia, sino que la interrumpe, la corta por un breve momento con la necesidad de alimentarse de la manera más simple, más rápida, más insignificante.

VI

Quien hojea las llamativas y tumultuosas páginas de «Harpes-Bazar», «Fortune», «Life», «Vogue», o «Holiday», se percata inmediatamente de que están compuestas no sólo de dos partes distintas, sino además de dos distintos sistemas de expresión.

Una parte pertenece al pasado, es la lectura tradicional de la vieja gaceta, en la que por medio de palabras se narra o se dice algo, o se transmite alguna especie de pensamiento. Es el texto. Un texto de mayor o menor valor literario: un cuento de Hemingway o una insoportable carta de consejos maternales de la señora Dorothy Dix. Lo que es sin duda un modo de expresión ya viejo en la cultura occidental. En esa misma forma se escribían los libros y los almanaques y las horas antes de descubrirse América.

Puede que haya mayor lujo de imprenta y seguramente mayores recursos gráficos que en los viejos periódicos europeos del siglo XIX, aunque no siempre mayor belleza y gusto (páginas hay en la Biblia de Gutenberg no superadas en belleza de composición y en tino artístico), pero el sistema de expresión sigue siendo europeo, ajeno, tradicional y, por tanto, profundamente distinto de la vida que crece y palpita en Manhattan.

En cambio, hay otra parte en las revistas, claramente diferenciada y nueva, donde un acento poderoso de otra vida resuena y donde se ve brotar una manera de expresión que ya no se parece a lo que vino de Europa. Son las páginas destinadas a la publicidad. Allí habla con términos propios, aunque todavía confusos, la cultura que está naciendo de la confluencia de razas y de pensamiento humano en esta isla del Hudson.

El esbozo del estilo y del medio de expresión de esta existencia que todavía aparece tímidamente en sus monumentos, en su pintura, en su música, se revela con énfasis en esas curiosas composiciones de los anuncios. No hay exageración en esto. Los más de los rascacielos no son sino inmensos cimientos habitados, sobre los que, en los dos o tres últimos pisos de la cúspide, se posa, como un buque encallado sobre un arrecife, una mansión gótica, un templo románico o un palacio del Renacimiento. La pintura es un pálido reflejo que sale por las ventanas de los museos. Y la música es casi toda europea o negra, o ambas cosas mezcladas, y, por añadidura, algunas veces expresada con la desterrada nostalgia del judío,

como en el esplendoroso caso de Gerswin. Pero, en cambio, esas páginas de «Fortune» o de «Vogue», donde con medios propios y alterados se manifiesta algo que se parece a esta isla más que nada, son de Manhattan, han nacido aquí y tienen poco que ver con las catedrales, los frescos y la literatura europea.

Si fuéramos a clasificar el sistema expresivo empleado en estas obras diríamos que tiene algo de la poesía. Su facultad de multiplicar los medios y las significaciones y de asociar e iluminar. Y también de la escritura ideográfica, de los pescados y los ibis enigmáticos de los jeroglíficos, de los petroglifos de los pueblos primitivos y de aquellos poemas, atontados por la excesiva carga de significaciones, que Apollinaire llamó «Caligramas».

En general presentan, sugieren o evocan los temas más persistentes de la vida americana. Sus diversiones, sus comidas, sus golosinas, sus bebidas, sus preocupaciones, sus objetos usuales: automóviles, radios, refrigeradoras, escobas mecánicas, sus medios de transporte, sus placeres y sus ideales.

Es un lenguaje directo, que presenta de una vez su mensaje, y en el que se aproximan palabras y grabados de manera tan concreta y vertiginosa, que necesariamente hacen surgir, con fácil espontaneidad, imágenes que no sería fácil expresar, sin limitarlas, con palabras. En este sentido, este arte creado por la publicidad no está muy lejos del realismo mágico de sus propósitos inefables.

A veces se trata tan sólo de una palabra. Una palabra que puede carecer de significación propia, ser un patronímico o una marca de fábrica, y junto a ella una imagen neta que se presenta en lo ilimitado. Y allí está contenido un mensaje, profundo y complejo como toda cosa humana, que leen con una mirada los amontonados seres que desembocan por las puertas del tren subterráneo. Hay una evidente correspondencia entre el ritmo en que viven, los valores de su experiencia y los símbolos de ese sistema expresivo, o para decirlo con la palabra más justa, de ese arte.

Los símbolos de ese arte nacen de la circunstancia en que esta gente vive, y constituyen las formas en que su sensibilidad tiende a expresarse. Sus dos mayores ansias, de una u otra manera, están siempre presentes: el cuerpo de la mujer y el aire libre. Labios que sonríen, cabelleras torrentosas,

y piernas, o anchas perspectivas de bosques, ríos, lagos y playas. Los vasos llenos de dorados licores emergen de un cofre del tesoro de un pirata, o vuelan en el tapiz mágico de la leyenda árabe, que son las representaciones usuales de su instinto de evasión.

Cantan también a los automóviles y a los goces de la vida familiar. Hay siempre un árbol de navidad o unas pantuflas junto al fuego o un niño dormido. Y solicitan directamente la reacción más espontánea de la sensibilidad. Por ejemplo, la atracción del fresco en verano y la del calor en invierno.

Los hombres que trabajan con esta rica materia y forjan estos símbolos son los publicistas. Desde las altas torres, donde están sus oficinas, crean diariamente las formas en que se expresa el alma de esta isla, su arte verdadero y, sin duda, lo más sincero y revelador de la cultura que está naciendo en ella.

Son generalmente anónimos, como los constructores de las catedrales o como los miniadores de los libros de horas, que son sus antecesores en otro momento de la larga pasión de la civilización occidental. El hombre de la calle que repite sus cortas sentencias contundentes o tararea sus canciones asociadas a un mensaje, termina por deber a ellos más que a su escuela, por ser la hechura de esas manos invisibles que lo están haciendo y deshaciendo a cada instante.

Más interesante, y sin duda más importante, que lo que se escribe en las páginas de texto de las revistas es lo que se expresa en las ricas y heterogéneas páginas dedicadas a la publicidad. Allí está naciendo una nueva expresión. Quienes quieran conocer el alma de estas gentes y las reacciones de su sensibilidad deben abandonar los artículos, los ensayos y los cuentos que en su mejor expresión son todavía coloniales, para husmear en ese género autóctono que están creando los publicistas. Junto a uno de esos textos escuetos —poema, mensaje, vida— en que con una sola frase y una estampa está dicho en una mirada lo que uno de estos seres anhela, sueña o espera, William James y Mencken y hasta Walter Winchell resultan europeos, gente de otra lengua y otro espíritu.

Algún día, este nuevo sistema expresivo, todavía en formación, va a invadir las páginas de texto. Los poemas, los ensayos y los cuentos actuales

habrán de desaparecer y lo que ellos pretenden decir ahora lo dirán entonces los cargados y fulgurantes jeroglíficos que están actualmente confiados a la sección de publicidad.

Este es ciertamente el fenómeno cultural más significativo que está ocurriendo en esta roca sagrada que es Manhattan. Un arte, o un sistema de expresión, tan nuevo y tan asociado a las condiciones más intrínsecas de una época, como lo fue el de los vitrales para el mundo gótico.

Son los jeroglíficos que el hombre de los rascacielos está creando para expresar su idea del mundo, de la vida y del destino y por los que habrá de ser reconocido y revelado mañana. Los jeroglíficos de su obelisco.

VII

Siete millones de seres humanos, por sobre los brazos del río, vienen a hormiguear en la isla. El peregrino se angustia buscando el rostro de la ciudad inmensa. Todas las razas, todas las fisonomías, todas las expresiones, todas las lenguas se mezclan en la poderosa corriente humana que llena las calles y se apretuja en las celdas de los ascensores. Todos los estilos y las formas posibles de la arquitectura se mezclan en el infinito telón de sus muros y su cielo. Desde la mínima capilla gótica hundida entre los hongos, y los dorados arcos de alguna iglesia bizantina, hasta las lisas torres inagotables que oscilan entre la niebla de las nubes, pasando por las impresionantes moles cuadradas que, por las noches, se hacen aéreas, y comienzan a flotar con las luces de sus diez mil ventanas encendidas, la más alta junto a la luz de la más baja estrella.

Siempre hay en las ciudades alguna obra de arquitectura donde a la primera vista uno comprende que está presente el translúcido rostro del ser colectivo. Quien mira el arco de Tito mira al través de él, como por los huecos de la pintura de Dalí, el pulido y fuerte rostro de Roma. París está en Nuestra Señora y Toledo en el puente de Alcántara. Está infundido, en estas obras de piedra, el espíritu de los pueblos que las levantaron a su imagen y que dejaron la huella de su ser profundo en ellas.

El peregrino en la isla de Manhattan anda por días mirando edificios flotantes y vastas muchedumbres que pasan sin adherir a ellos. No parece estar el espíritu de esta ciudad extraordinaria en algún parque, en un templo o siquiera en un puente. Míranse desmesuradas obras que sobrecogen el pensamiento porque son perpetuas hazañas técnicas. Pero no siente uno que está allí presente esa misteriosa relación que hace de pronto de un solo monumento toda la explicación y hasta la justificación de una época.

Pero al penetrar un día en la Gran Estación Central o en la Estación de Pensylvania, una brusca iluminación se hace en nosotros y comprendemos que está allí más que en otra parte la fisonomía de la ciudad inmensa.

Son como los templos de un monstruoso dios del tiempo que devora los hombres. Bajo la gigantesca y pesada bóveda que podría cobijar nubes, reposa una luz ahumada y un poderoso rumor de mar o de torrente. Y abajo, más abajo de los altos zócalos de mármol y de las elaboradas bases de las titánicas columnas, se extiende la parda mancha de la muchedumbre espesa, agitada, trama de infinitos hilos que teje y desteje un invisible movimiento de conjunto.

Al nivel de la corriente flotan las caras ensimismadas de las unidades que integran este continuo y confuso rito. Van entregados a una ineludible consigna de no detenerse, de no distraerse, de no mirar de lado o hacia atrás, como si llevaran resonando en lo inconsciente el eco del gong de cada segundo y no pudieran evadirse de un secreto ritmo que los fascina y gobierna. Pasan por entre las mágicas puertas que se abren solas, desfilan inmóviles, como momias de su propio movimiento, parados por un instante sobre los escaladores mecánicos, o yacen encallados y sustraídos de la corriente en las rígidas colas que se forman frente a las taquillas. A ratos resuenan por los altoparlantes voces colmadas de cifras, de nombres de trenes, y de la repetida invocación de horas, minutos y segundos. El llamado vuela sobre el inorgánico desplazamiento de la masa. El piso trepida con el paso subterráneo de los trenes. En todos los pasadizos hay tiendas, barberías, cantinas, restaurantes. Las paredes están marcadas con flechas y señales itinerarias. Grandes grupos se renuevan frente a las pizarras en las que se inscriben números, signos cabalísticos y horas. La muchedumbre sin sosiego pasa por todas las puertas, llena todos los

espacios, corre hacia todos los andenes, come de pie con prisa en los congestionados mostradores, mira fugazmente hacia las pizarras y, como el río de Heráclito, siempre es la misma y cada momento está compuesta de unidades nuevas.

En este ámbito parece revelarse la expresión y el sentido de lo que en las calles, oficinas y parques constituye impresión más superficial. Esa impresión de que todos van solos, incomunicados dentro de la multitud. Esa mirada vaga y absorta que tienen los innumerables solitarios que transitan casi sin verse por las hondas galerías blancas y sordas del tren subterráneo. En estas inmensas fábricas se hace evidente que el rasgo que caracteriza a estas gentes y determina los aspectos peculiares de su vida es su sentido del tiempo.

Son gentes vendidas al tiempo. Que cuentan los segundos como sangre que se les escapa de las venas. Que viven perseguidos, atropellados, maltratados por el tiempo. Estas gigantescas estaciones son en realidad los templos del Moloch de Manhattan, que es el tiempo.

Es como si este pueblo admirable que ha vencido casi todos los obstáculos materiales de la naturaleza, que produce calor y frío a voluntad, que ha puesto las formas prácticas del bienestar y de la comodidad al alcance de las multitudes, que ha derrotado la distancia hasta reducirla casi a una abstracción (cada día, mil millas significan una magnitud menor), hubiera tenido que pagar como precio de estas milagrosas victorias su incondicional sumisión al tiempo. El tiempo es su Mefistófeles. San Francisco, a ocho horas de vuelo, está hoy en lo que era el suburbio de Nueva York en tiempos de Jefferson; pero un minuto de ahora en la Bolsa de Wall Street pone más viejo que una semana en tiempos de Peter Stuyvesant.

Otras civilizaciones, que no han podido vencer la distancia, ni realizar la más pequeña de las hazañas materiales que abundan en la existencia de esta ciudad han logrado en cambio someter el tiempo y plegarlo al ritmo de su propia vida. Los chinos tienen milenios de haber alcanzado esta victoria. Cierto día, cuya memoria se ha perdido en algún remoto año del Cerdo o de la Serpiente, se olvidó la última clepsidra inútil. Desde entonces los filósofos que dialogan a la sombra de las torres de porcelana o el campesino

que cultiva su arroz, o el artífice que talla el marfil y el jade, o el hombre de tiro que arrastra la pesada barca por la ribera del río Amarillo, son todos señores del tiempo. Tampoco están sometidos al tiempo los marchosos Ibéricos. Ni el indio americano, que pareció dejarlo enterrado bajo la piedra de su calendario.

El tiempo es el mito fundamental de la isla y de sus prisioneros. Todas las formas de su vida están condicionadas por esta sensación pánica de la presencia imperiosa del tiempo. Si alguien pudiera sustraerlos por un momento a él, se sentirían perdidos y no se reconocerían. Estarían como un pez fuera del agua.

Esta ansia los lleva a vivir sin sosiego. La maldición fáustica de no poderle decir: «detente», al minuto que se va, se cumple en ellos cabalmente. Nadie parece estar en la posesión de lo que está haciendo en el momento, sino en la inquieta víspera de otra cosa que ha de hacer luego. El que va por la calle no camina, sino que se acerca apresuradamente a algo que va a comenzar cuando termine de andar. Para ellos el caminar no es estar en el camino y posesionarse de la andadura, que es lo que hacen los andaluces, o los escoceses, o los bávaros, o los bostonianos, o los seres de cualquier otra raza que no hayan vendido su alma al tiempo. El que come, también lo hace de prisa, sin gusto, aguijoneado por la urgencia de lo que inmediatamente después ha de hacer. Y el que lee lo hace mientras come o mientras viaja. Y al terminar la función los teatros se vacían vertiginosamente como si hubiera incendio. Los textos, en algunas revistas, están encabezados por el anuncio de los minutos que se invierten en la lectura. No parecen vivir en el segundo presente, sino en la víspera del segundo que va a venir.

Y porque van arrastrados sin tregua, van llenos de alegre sorpresa. Todo lo que pasa es tan inesperado, gratuito y ajeno que provoca pueril alegría y fácil risa. Hay un fondo de confiado gozo en las pupilas de las elásticas doncellas, de lisos tacones y suelta cabellera, que con un reflejo de Diana cazadora, emergen de las vitrinas de las tiendas. Ríen fácilmente y con espontaneidad. Pasan sobre las cosas con la desarmada y jocunda sorpresa del que no puede detenerse en ellas.

Es la velocidad del tiempo la que los lleva a gozar candorosamente con la vida. A alegrarse del espectáculo cambiante y vertiginoso que la existencia llega a parecer para quien pasa tan de prisa. Un espectáculo que se anuncia diariamente en los grandes titulares de los rotativos y que es siempre curioso y excitante.

Ese mismo sentido del tiempo es el que dispone su peculiar actitud ante la muerte. Son cara y cruz de una sola medalla. El forastero tiene la sensación de que Nueva York es una ciudad sin cementerios. En todo caso es una ciudad sin duelos. La muerte no parece sino un accidente de la vida ordinaria que hasta ahora no se ha podido evitar. Nada hay que recuerde el culto hispánico de la muerte, que hace de ella no sólo el mayor acaecimiento, sino además el que condiciona todas las horas de la existencia, hasta el punto de que un ser llega a vivir madurando su muerte. La muerte de la isla no tiene eco, ni resplandor, ni imperio. Toca tan sólo al que se lleva y apenas alcanza a poner una breve sombra en un limitado día. El concepto del tiempo no permite que la honda sombra se extienda y fructifique, hasta marcar indeleblemente otras vidas y hacer perpetuo en ellas el momento de su misterioso paso.

Si este pueblo dispusiera del ocio de los griegos habría elaborado el poético mito de su emoción pánica del tiempo. Un mito o una simple alegoría, en la que un semidiós, por medio de un trueque mágico, les habría cambiado el espacio por el tiempo. El espacio desaparecería a su capricho, pero quedarían encadenados a la vertiginosa fuga del tiempo. Y en esa virtud, nunca tendrían que sufrir ni gozar con el espacio inagotable que puede llegar a separar dos puntos, y que hace que el veneciano gaste algunas de las más azules y doradas horas del día para ir apenas desde la punta de la Salute hasta la plaza de San Marcos.

VIII

Haciendo el bojeo de la isla de Manhattan, desde el agua de acero del río —río del Norte, río del Este, brazo de Harlem— descubre uno que pertenece

por entero al aire y a la piedra. No pertenece ni a los animales, ni a los árboles, ni a los hombres.

Las gaviotas vuelan sobre el borde de la ribera de piedra anunciando con dolorosos gritos el peligro. Más altas que ellas pasan incesantes los aviones. El aire no deja de vibrar en su ronco zumbido. Las largas patas de los reflectores dan zancadas en las nubes nocturnas mientras, como un gusano de luz devorando las hojas de la sombra, un dirigible enciende y apaga en el cielo sus letreros de publicidad.

Lo que a ratos se divisa abajo no son árboles. Es como musgo de humedad que mancha el borde de la piedra levantada en la calle hacia el cielo.

No se ven los hombres que habitan esas calles alzadas hacia el cielo. Nadie atraviesa los canales de aire vacíos y transparentes. A lo sumo se distinguen unos oscuros insectos que pululan en los oscuros empotramientos de donde las calles se levantan hacia el cielo. O que asoman su apagada e imperceptible cabeza por una ventana inundada de luz.

El explorador que hace el bojeo piensa que se acerca a la ciudad de los titanes. La ciudad que abandonaron los titanes, llena ahora de desproporcionada soledad.

La abandonaron los titanes y la invadieron las hormigas humanas.

Millones de oscuras hormigas laboriosas e infatigables corren imperceptibles por las bases de aquellas calles de aire y piedra que alzaron sobre el cielo los titanes. No levantan más allá de los más bajos zócalos. No llegan a perturbar la abandonada grandeza de aquellas moles que no les pertenecen.

La ciudad abandonada por los titanes ha sido ocupada por las inquietas y temerosas hormigas humanas. Ocupada temporalmente, precariamente, desproporcionadamente.

No pueden sentir que les pertenece. Saben que no la han hecho. Que para hacerla y habitarla se necesitarían otras dimensiones, otros hábitos, otros órganos. Están allí como de paso, por un momento, mientras los dejan.

Mientras vuelve el fabuloso titán que afiló la aguja sobre el edificio «Chrysler», o el que dispuso como nichos de palomar, para su apetito

gigantesco, las ringleras de ventanas del edificio «Empire State», o el que dejó su arco sobre el río del Norte que ahora llaman el puente «George Washington».

Entre tanto la habitan como pueden. Se adaptan como pueden a sus dimensiones inhumanas. Procuran arreglárselas por medio de ingeniosas combinaciones. Convierten una esquina en una aldea. No miran más arriba de los tres primeros pisos. Y parece que tienen prisa por marcharse. Saben que están de paso. Y viven como si estuvieran de paso.

Todos están de paso en Nueva York. Es como si nadie naciera allí y nadie pensara morirse allí. Es un andén. Un mercado. Está lleno de transeúntes. Afluyen de todas partes. Pero por un momento, para dispersarse luego. Sabiendo que van a dispersarse luego. Son los feriantes en la feria.

Todos parecen haber llegado de otra parte. Han venido a mirar aquello. A buscar algo que está en aquello. Se lo adivina uno en los rostros que tan a las claras dicen a dónde van.

Vienen de todas partes. De Europa. De Asia. De Long Island. Se oyen todas las lenguas, todos los dialectos. Las gentes que cuentan y miden dicen que hay medio millón de irlandeses, medio millón de alemanes, medio millón de polacos, un millón de rusos, trescientos mil puertorriqueños. Millares de italianos, de chinos, de griegos, de sirios.

Vienen de los Estados Unidos. Los Estados Unidos empiezan en la costa de Nueva Jersey, al otro lado del río de Harlem, y en la isla de Long Island. Allí hay casas humanas, y ciudades humanas y aldeas humanas. Gentes que nacen y mueren en su lugar. Que plantan árboles y tienen animales. Que han nacido allí, se conocen y quieren vivir sus vidas en sus lugares. Pero un día van también a Nueva York. Van por una vez a mirar lo desconocido, a recorrer la feria, a mirar lo desproporcionado y lo increíble. Se quedan en una aventura que se complica y llega a hacerse permanente.

Creen que han encontrado lo que buscaban o que van a encontrarlo. Pero aun así, procuran no ir a la ciudad sino para las horas de la tarea. Buscan una casa con árboles en una aldea cercana y vienen en los trenes de la mañana para marcharse en los trenes de la tarde. Medio millón de personas hacen esto diariamente. Diariamente repiten la aventura que

Nueva York representa en sus vidas. Vienen de paso a la ciudad, en la que no quieren vivir, a buscar algo y a dejar algo. Tres partes de su vida se consumen entre una mesa de oficina y un asiento de ferrocarril. Están entrando y saliendo de andenes todos los días. Todas las mañanas tienen la ilusión de que llegan y todas las tardes tienen la ilusión de que se van.

Todos vienen en busca de algo. Vienen en busca de la extraordinaria oportunidad. La oportunidad de la riqueza y de la fama. Traen en la cabeza un cuento de hadas. El del inmigrante que desembarcó con los calzones remendados y llegó a ser director de un Banco o el dueño de un ferrocarril. Por aquella esquina pasó el mozo Carnegie buscando trabajo. En aquella oscura cantina empezó a cantar la que es hoy una de las más famosas y ricas estrellas del teatro y del cine. De aquella barriada miserable salió Irving Berlín y de aquella otra Fiorello La Guardia. Es la deslumbrante feria de la fortuna abierta para todos. El más desconocido puede tener éxito y el éxito es desmesurado como la ciudad desmesurada. Significa millones en el Banco, casa de invierno en Miami y de verano en el Norte, dos secretarios, tres automóviles, cuatro esposas, cinco ciudades que visitar todos los años.

Y a los que esperan la fortuna, mientras llega y mientras no llega, les ofrece el espectáculo, el color y el olor de la fortuna. La gran feria abierta de las formas más populares de la riqueza. La ciudad colmada de torres de mármol, los teatros convertidos en Alhambras de oro, las vitrinas de las tiendas transformadas en botines de pirata. Toda la masa de lo dorado, de lo brillante, de lo sedoso, de lo pulido, de lo transparente, de lo labrado, de lo luminoso.

La feria tiene su centro nocturno en «Times Square». La gran rueda de la fortuna deshecha en miríadas de bombillas eléctricas que hacen letras, figuras, colores, cascadas, escaleras, temblor de incendio y espasmo de fragua. Pasan por ella arrastrados, con los ojos en blanco, como los ahogados de un río de fuego manso. Dorados de luz, teñidos de arco iris, deslumbrados en una especie de víspera perpetua de Aladino. Todo se les ofrece, todo se les promete, todo se les insinúa. Todo viene hacia ellos y parece llamarlos en temblor luminoso. Aquella cascada de estrellas de oro va a derramarse sobre sus cabezas.

Pasan encendidos en el oro de la luz. No pueden detenerse. No se sabe quién es el rico, ni quién es el que espera ser rico. Todos esperan la fortuna. La milagrosa especulación que va a verter la catarata de oro sobre ellos. El invento que llevan en la cabeza, la nota que llevan en la garganta, el golpe fulminante que llevan en el puño. Todos van a la feria de la fortuna.

No se sabe quiénes son los que llegan ni quiénes son los que se van. No están sino en busca, sino en espera de una cosa. Para irse después. Miran los relojes en busca de la hora de los trenes. Va a salir el tren de las nueve para Nueva Jersey. Salió el tren de las diez para Chicago, sale el tren de la medianoche para Washington. Va entrando en el andén, que tiembla, el tren que viene de San Francisco. A las cinco de la mañana, en la palidez de la madrugada, pita el tren que lleva para «White Plains» los últimos en arrancarse del oro de la luz de la feria.

En la cabeza llevan la última cita, el último trozo de oferta, la última cotización, la vislumbre de un ascenso. Para dormir febrilmente unas cuantas horas hasta tomar otro tren que vuelva a lanzarlos al hervor de la calle y sus luces.

Todos se van, todos esperan irse. Cuatrocientos mil hombres toman los trenes de la tarde y huyen hacia los campos. Se hacen la ilusión de que huyen. De que van a regresar a las mujeres, a los niños, a los árboles, a las gallinas. A comerse una lechuga que sembraron.

Esperan huir definitivamente algún día. Cuando la fortuna les dé lo que buscan. Esperan cada día lo mismo los que nada alcanzan, y esperan cada día más los que alcanzaron el deseo del día anterior. Giran atontados, imposiblitados de irse, como los jugadores en torno de la mesa de juego.

En los días feriados ensayan la huida. La muchedumbre de fugitivos se amontona en las estaciones de los ferrocarriles, el hormiguero ennegrece los grandes andenes. Salen los trenes colmados de gente, salen los autobuses repletos. Salen cuatro millones de personas. Salen trescientos mil automóviles. Las carreteras se coagulan. Todos quieren salir a la primera hora, lo más pronto posible. Huyen como de la asfixia, como de un pecado contra la condición humana.

La ciudad parece quedar abandonada. Devuelta a la piedra y el aire, que son sus elementos propios. Pero pronto vienen otros, los que vienen del país

humanamente habitado y quieren acercarse a la feria titanesca. Sanos americanos de la pradera, de la granja, de la tienda de la pequeña ciudad, que el día de fiesta se acercan al sobrehumano monstruo de piedra y respiran por un instante el letal olor de la fortuna.

Recorren las calles, entran a los teatros, husmean la feria encendida en la noche, miran con curiosidad los rostros curtidos de sombra y de cueva de los vendedores del tren subterráneo y se marchan antes de que el tóxico sutil les llegue a la sangre. Antes de que los fugitivos regresen a su condena.

Regresan del mar. Porque viven en una isla pero no les parece que han visto mar. Regresan del bosque, porque no les parece que en la ciudad han visto árboles. Regresan de comer y reír y conversar solazadamente porque les parece que no lo han hecho nunca en la ciudad. Que aquel jamón con pan tiene un sabor distinto y es como un maravilloso manjar nuevo comido junto al mar, junto a la brisa, entre rostros y casas humanos.

La primera sirena de policía que pasa con su alarido de angustia es para recordarles que están de nuevo en la prisión. Que están custodiados, atados, cogidos. Y que cuando salgan del trabajo no será sino para entrar en el bar más oscuro, frente a una pantalla de televisión donde pasan fantasmas de boxeadores, de jugadores de pelota, de caballos de carreras en la pista, de mujeres cantando con unos dientes inhumanos. Entre luces eléctricas. O para meterse entre luces eléctricas por los tragaderos ominosos del tren subterráneo. Con la cabeza enterrada en las hojas de un periódico sobre el retrato de un boxeador, de un jugador de pelota, de un caballo de carreras llegando a la meta con cien dólares para cada boleto ganador. Arriba, en la calle, pasa la barahunda estridente de los carros de incendio.

No se resignan a estar. Piensan que están de paso. Mientras logran aquello que esperan. No es de ellos aquella ciudad. No les parece ni siquiera una ciudad. Una ciudad es otra cosa. Hay una plaza, hay vecinos, hay la casa del señor tal y de la señora cual. Hay gentes que son de allí.

Se mueren inesperadamente. Se quedan un día en el tren o en la oficina muertos de aquel ataque al corazón, sin pensar que iban a morir allí, creyendo que un día alcanzarían lo que buscaban y se retirarían a vivir, a empezar a vivir humanamente, en una casa de la Florida bajo árboles y

junto a un canal, que tendrían un huerto, que podrían tocar tierra con las manos y hasta cultivarla y comerse un tomate que hubieran sacado de la tierra.

Algunos lo logran y entonces parece que se marchan definitivamente. Se marchan lejos, temerosos, con el botín apretado en las manos.

Nadie quiere pertenecer a la ciudad. No se dan por vencidos en el anhelo de lograr irse algún día.

Algunos hay, sin embargo, que se dan por vencidos. Están congregados en un extremo de la isla. El «Bowery» es su barrio. Borrachos harapientos que entreabren los ojos torpes al sentir pasar sobre sus cabezas el estrépito del tren elevado. El puente del tren elevado hace la calle nocturna a toda hora. Se oye música de radios, canciones de ciego, las puertas de las tabernas son tristes. Toda la calle parece llena de casas de prestamistas y de tiendas de cosas usadas. En cada soportal duerme un ebrio, por cada escalera baja un grito, en cada esquina hay un grupo que parece esperar a alguien para asesinarlo. Pasan viejas haraposas vestidas con trajes de 1890, con sombreros de 1905, con zapatos de 1914.

Son los únicos que ya nada esperan. Cuando escupen a la puerta de la cantina parecen escupir sobre el rostro de la ciudad inhumana que los defraudó. Están refugiados en aquel extremo que han logrado hacer distinto de la ciudad. No se aventuran en ella. Viven bajo el trueno y la sombra del tren elevado. Hace años que no han visto la silueta de un rascacielos. Pero también son los únicos que no quisieran irse. Los únicos que tienen la sensación de vivir en una ciudad que han hecho ellos mismos. Una ciudad que se les parece y a la que pertenece su alma.

Lo demás es la ciudad de nadie. Llena de feria y poblada de gente de paso. Todos son pasajeros. La ciudad está llena de hoteles, millares de hoteles de todos los tamaños y todas las reputaciones. Y muchos viven por años en hoteles. Viven y mueren de pasajeros. Hay parejas que tienen veinte, treinta y cuarenta años viviendo en el mismo apartamento de un hotel de lujo. Entrando por las tardes con las maletas de los que llegan y saliendo por la mañana con las maletas de los que se van. Sienten que es aquélla una vida normal en la ciudad de pasajeros. Si no estuvieran de paso…

Por eso la ciudad no pertenece a nadie. Y en rigor nadie le pertenece. No tiene raíz humana, intimidad humana, forma humana. No está hecha a la imagen y semejanza de ningún sosiego del hombre. Aun los que creen pertenecerle lo que aman es la fortuna, el botín o la embriaguez que ella les depara.

No pertenece a ningún país. En la otra ribera de los ríos que la rodean empiezan los Estados Unidos, que es un país tan distinto de ella como lo es la aldea de Polonia o la isla de Grecia que dejó el inmigrante. Un país de donde vienen turistas asombrados a visitarla y al que huyen a vivir humanamente los que logran alcanzar la fortuna que ella ofrece.

Tampoco pertenece a ninguna civilización, a ningún estilo, a ninguna tradición. Deforma a los seres de todos los estilos, de todas las tradiciones, de todas las civilizaciones que llegan a ella.

Llegan buscando algo en ella que no es ella misma. Es un gran andén de piedra, sin tierra, sin horizonte, sin paisaje, tan grande que no se ven los trenes; es un gran puerto, tan grande que no se miran los barcos ni se oyen las grúas. Pero trepida de trenes, de barcos, de aviones, de autobuses, de coches. Como si todos los que la habitan estuvieran llegando o como si todos estuvieran partiendo. Nadie va a quedarse. Todos sienten que algún día, cuando todos obtengan lo que buscan en ella, se quedará sola, con sus desfiladeros y sus abismos de piedra devueltos a un vacío lunar.

IX

Al principio del invierno hay una hora de perfecta soledad en el Parque Central. Ha caído nieve durante lo más del día. El aire gris ha estado lleno de rayas y puntos blancos. Las ramas de los pinos se acolchan de nieve. Uno camina lentamente hundiendo los pies en la espesa y quieta blancura. En la última hora del atardecer el cielo se ha despejado y se ha hecho transparente con una primera y desnuda estrella a un lado. No se oye ruido. No se mira movimiento.

Toda la nieve azulea con la vecindad de la noche. Hay una profunda sensación de abandono, de magia y de agreste soledad. Las lejanas moles oscuras de los edificios, hacia el sur, se diluyen en la penumbra, como acantilados de una costa inaccesible.

De lo oscuro de un tronco desnudo se desprende a saltos rápidos una ardilla oscura. Se acerca temblorosa y alza las patas suplicantes. Uno le tiende la mano y ella acerca la boca móvil a los dedos, buscando alimento. Como pudiera hacerlo el primero o el último hombre en la perfecta soledad.

Cuando el animalito se aleja de nuevo ya todo parece más transparente y despoblado. El aire está como detenido por el frío. Y el humo de nuestro aliento lo empaña a ratos como un vidrio.

Es entonces cuando el solitario se detiene y siente que va a ocurrir el prodigio.

En lo más penumbroso del horizonte, más allá de las ramas nevadas, empieza a levantarse una visión sobrecogedora. No hay ser humano que haya podido verla más grandiosa.

Es como si el cielo fuera creciendo y ahondándose con una inmensa colmena de luces. Pequeñas lámparas que se sobreponen, se juntan, se extienden, se confunden. Cuadrados de luz que cuelgan arracimados de la sombra como un telar de estrellas.

Es como si del fondo de aquel desierto de nieve y de soledad se hubiera alzado de pronto un simún de hojas de oro encendidas.

Toda la sombra está cuadriculada de luces hasta lo alto. Es un tapiz de fuego quieto y frío que cuelga de dos o tres estrellas. Y que está vivo de encenderse y apagarse sin término.

Y uno lo mira tan alto y tan resplandeciente que siente más inverosímil la proximidad de aquel milagro.

Es como un mosaico de oro que ha cubierto las nubes y las sombras. Todo en reflejos, en palpitación luminosa, en dimensiones y contornos inalcanzables. Como las moscas de Constantinopla debían ver los mosaicos de oro de Santa Sofía.

Nada tenemos en las manos ni en las palabras para responder a este prodigio. Para tratar de acercarnos a este prodigio que no es el que han hecho los hombres. Que los sobrepasa y los abandona.

Lo único que sabemos es que no son las luces de una ciudad. Los que ven las luces de la ciudad no ven el prodigio.

El prodigio podría ser el tablero para el juego del cielo y del infierno, o para el juego de la muerte y de la inmortalidad.

Puede ser la ciudad de luz y de sombra que sería prometida algún día a los hombres que habitan la ciudad de piedra y de hierro.

O puede que sea la encendida montaña de cristal que ha de estar al fin del mundo, Al fin del mundo que conocemos y padecemos.

Esos caminos de luz, esas señales, esos saltos, esos despliegues de vuelo inmóvil no pueden ser el simple reflejo de las lámparas de hombres que se afeitan, de hombres que escriben números, de hombres que cuentan dinero en billetes opacos. Deben ser otra cosa. Como las luces de un altar a un Dios que va a salvarnos. El reflejo infinito de unas llamas votivas que están vivas y temblorosas de esperanzas.

Deben ser fuego de hogar y luz de amor multiplicados que invitan al hombre a arder en la más encendida montaña.

Hay que estar solo y lejos para ver toda la visión de aquella inaccesible soledad luciente. Para sentir el dolor y el ansia de acercarse. De entrar en toda la aérea tibieza de aquella lumbre que palpita cubriendo el cielo. De aquel enjambre de brasas que se para en la sombra.

Tamaña grandeza de visión no puede ser un don gratuito. Debe tener palabras y significaciones y anuncios para toda pequeña soledad humana que la vislumbra.

Y las tiene. Pero sólo resuenan en lo más transparente del silencioso pensamiento angustiado.

Palabras que han nacido de la angustia de esta visión sobrecogedora.

Como aquella voz transida que nos llama hijo y nos habla de amor:

> “ *What do you seek so pensive and silent?*
> *What do you need camerado?*
> *Dear son do you think it is love?*

Y la reconocemos. Amaba la gente de las calles y gustaba de conversar al conductor del tranvía de caballos. Y soñaba con más gentes y más casas y

más atareadas muchedumbres. Vivió en las raíces de las que iba a brotar esta visión aérea. Y nos dice con orgullo jactancioso que es

> “ *Whitman, a Kosmos, of Manhattan the son.*

¿Se ha alzado este fulgor temeroso, acaso, sobre esa fe serena del labrador que siembra, y del albañil que levanta su pared de ladrillos y de los hombres que cantan en su tarea llenos de indestructible contentamiento?

¿O es una visión satánica de inhumano orgullo que va a caer como lava ardiendo sobre los que se le acercan deslumbrados? Hay el rumor quejumbroso de un canto de negros que canta con poderoso quejido rítmico. Que canta y anuncia hasta lo más apartado de la soledad:

> “ *Joshua fit de battle ob Jerico,*
> *Jerico, Jerico,*
> *Joshua fit de battle ob Jerico,*
> *An de walls come tumblin down*

Al son de las roncas voces cargadas de dolor parece temblar todo el oro vivo de la visión. Son voces de hombres vivos con dolores vivos. De hombres oscuros con dolores oscuros. Por allá abajo hay muchos que tienen hambre, pero que además están hambrientos sin nada en que soñar. Que es lo que murmura aquel eco de Lindsay, tan rítmico:

“

«Not that they starve,
but starve so dreamlessly».

No es que tengan que sembrar,
sino que tan rara vez cosechan.

«Not that they sow,
but, that they seldom reap».

No es que estén condenados a servir,
sino que no tengan dioses a quienes servir.

«Not that they serve,
but have no gods to serve».

Y no es que hayan de morir al fin entre los vericuetos de piedra,
sino que mueran como ganado.

«Not that they die,
but that they die like sheep».

Que es lo que dice la lenta voz que parece venir de la visión.

Porque hay otra que parece no verla. Que lo que ve es un desierto de áridos cactus y de tierra muerta. Donde no se alza sino una mano muerta suplicante bajo la luz de una estrella que se extingue. Que es lo que se percibe en aquella palabra que pasa, que es de Eliot y que viene de tan lejos:

“ *This is the dead land*
This is cactus land
Here the stone images
Are raised, here they receive
The supplication of a dead man’s hand
Under the twinkle of a fading star.

Pero también habría una desesperada manera de arrojarse al torrente inescrutable. Entrar hablando a gritos, desangrándose a gritos, comprando y vendiendo, poniendo nombres en todos los avisos luminosos, todos nuestros nombres en todos los avisos luminosos. Que es lo que haría Hart Grane ya resuelto a morir:

“ *Stiek your patent name on a singboard*
brother-all over-going west-young man
Tintex-Japalac-Certain-teed overalls ads
and lands sakes.

O estarse quieto, desde la sombra, sin avanzar, hasta no encontrar la palabra que resuelva el enigma. De esta esfinge de vida o muerte que nos mira con sus millones de ojos de luz. Acaso como Edipo resolvió el enigma de la perra que habla. Pero:

“ *Señora it is true the Greeks are dead,*
It is true also that we here are Americans.

Porque también debajo de la luz de cristal hay hierro y piedra, y sudor y zapatos llenos de blandos pies y miradas llenas de deseo. Una ciudad viva y atormentada de vida. Una robusta ciudad que grita y se estremece con todos los que dentro de ella gritan y se estremecen. Una ciudad de anchas espaldas que aman y cantan hombres de anchas espaldas:

“ *Stormy, husky, brawling*
City of the Big Shoulders.

El cielo azul resplandece sin una nube y el sol labra las moles de ladrillo oscuro y piedra blanca de la Universidad de Columbia, cuando empiezo a bajar la escalera del tren subterráneo. He depositado la moneda del pasaje al pasar las aspas giratorias de la entrada y ya estoy en un mundo nocturno.

Ya empiezo a bajar a saltos la escalera con todos los que la bajan a saltos. Hasta llegar a la plataforma de espera. A la chata nave fría, apuntalada por postes de hierro, blanca de losas de hospital o de carnicería, fría, de luces eléctricas que nunca se apagan, donde a veces palpita como una llaga una luz verde o una luz roja.

Todos los que han bajado conmigo se asoman al andén, miran a ambos lados a las dos largas bocas de túnel que se abren a los dos extremos, contemplan un momento los rieles pulidos dentro del estrecho foso y piensan que, al llegar el tren, habrá por un espantoso segundo la perfecta oportunidad de suicidarse: en un salto y en un segundo. Se alejan del borde y miran a los demás con ojos de sospecha. Caminan con las manos a la espalda, o con las manos en los bolsillos y mascan. A cada momento suena el «trac» de las máquinas automáticas adosadas a los postes que venden por un centavo, por aquel centavo liso y suave entre las ásperas monedas de plata que la mano palpa en el fondo del bolsillo, una tableta de chocolate o una lámina de goma de mascar.

Todos mascan. Y dejan de mirarse. Y a ratos y en grupos se detienen frente al puesto de periódicos lleno de luces y derramado de todos los colores de las portadas de las revistas. Ven al desgaire las brillantes portadas, mujeres desnudas y vestidas que sonríen en las portadas, o los negros titulares de los diarios. Del diario de la mañana que salió por la noche. Del diario de la tarde que sale por la mañana. «Los rojos tienen la bomba atómica». «Los Dodgers le ganaron al San Luis». «No me divorciaré», dice el marido de la Bergman. «Veterano loco mata trece en doce minutos». Cada quien compra un periódico. Y en todo el andén aletean las hojas.

Se oye el trepidar del tren que llega. Los primeros vagones pasan con tanta velocidad como si no fueran a detenerse. Un golpe de aire tormentoso se desplaza a su paso. Pasan vagones y pasan vagones hasta que llega uno que se va amohinando y deteniendo frente a nosotros. La puerta corrediza

se abre de un golpe. Los que salen y los que entramos nos apretujamos un momento. Hay algunos puestos desocupados en el largo banco amarillo de esterilla que se alarga a ambos lados del vagón. El tren arranca con un golpe seco.

Los que están sentados se sacuden. Los que están de pie dan un traspiés. Los que cuelgan con una mano de las agarraderas blancas del techo se bambolean adheridos al periódico qué sostienen en la otra mano.

Nadie parece mirar a nadie. Yo observo a todos los que no miran. Los que están en fila sentados en el largo banco frente al mió. A través de los cuerpos de los que están de pie a uno y otro lado. A nadie conozco. Todos los rostros son distintos. A veces las ropas se parecen. A veces los zapatos son iguales. Pero aquellas narices lustrosas son tan diversas, aquellos ojos tan distintos los unos de los otros. Aquellas manos que sostienen el periódico o que reposan sobre la rodilla están tan asociadas a la sola vida de una sola persona que no podrían ser las manos de más nadie. Son las manos de aquella nariz, de aquel sombrero, de aquel peinado, de aquel periódico. Y ahora recuerdo a Chesterton que dijo que carece de sentimiento religioso quien no comprende que aquel hombre que está sentado frente a nosotros en el tren subterráneo es tan importante para Dios como William Shakespeare. Aquel Guillermo Agitalanza.

Por los pedazos de ventanilla que se miran entre las cabezas desfilan las vertiginosas siluetas de los postes de hierro que sostienen el túnel y algunas luces fugitivas. Sentimos que vamos a una velocidad excesiva. Que la más pequeña falla del más pequeño tornillo podría estrellarnos contra la cerca de postes, y el trueno sordo y sostenido del viaje transformarse en infernal explosión de metales y gritos. Como una deflagración irrumpe rozándonos un tren que pasa en sentido contrario.

Sobre las cabezas están inmóviles las aspas de los ventiladores. Entre las aspas y las cabezas se extiende el friso multicolor de los carteles de publicidad. Con figuras de hombres y mujeres jóvenes y hermosas que sonríen. Que sonríen con un tubo de pasta dentífrica en la mano, con un jabón, con un paquete de té, con una botella de Coca-Cola. «Yo prefiero el Camel», dice la cara de un conocido cantante. «Yo prefiero el shampoo Kreml», dice una estrella de cine. «El señor Robert Smith, de Kansas City,

se ha cambiado para el whiskey Calvert». «Si tiene usted talento para cantar, venga a verme». «Johnnie Maize, bateador de los yanquis, es un comedor de "Wheaties" desde hace diez años. Compre usted su paquete mañana».

En la estación de la calle 96 entran muchos negros y algunos portorriqueños menudos con pequeños bigotes. Un negro alto y triste se para frente a mí y sostiene con su gruesa mano la blanca agarradera. La otra mano cuelga inerte un poco más abajo de mis ojos. Es una mano grasienta, pulida. Tiene una sortija de oro con un rubí. El botón marrón está a la altura de mis ojos. Alzando la vista le miro la camisa y la corbata también marrones. Este no es de los jornaleros del Aseo Urbano. Es hombre elegante y debe venir de los «dancings» de «Lenox Avenue». Me imagino que debe saber bailar un «jitterbug» descoyuntado sobre las más altas notas del saxófono.

Palabras en español me llegan de la conversación de dos portorriqueños que no puedo ver. «Ahí se consigue trabajo. Yo te lo digo. Yo lo sé. Pagan hasta cuarenta dólares por semana. No te digo». «Y ¿desde cuándo no ves a Carmen?» «Mejor es que no me hables de eso». El rumor vertiginoso del tren se funde con las conversaciones. Cruzamos blancas bahías de estaciones sin detenernos.

Por entre el brazo bamboleante del negro miro a la colegiala que está sentada frente a mí, entre otras colegialas. Una camisa hombruna, unos pantalones arremangados de lona azul, calcetines blancos y lisos zapatos. Tiene sobre las piernas los libros, sobre los libros los brazos, sobre los brazos la cara sonriente que parece una de las de los avisos del friso. La de la muchacha del té Lipton. O la del laxante de limón. Hablan en algarabía que se añade a la de los hierros.

Bamboleándose, un borracho barbudo da empellones y voces. Parece decir una arenga. Son imprecaciones a todos los que no le oyen. De la puerta le algún bar oscuro, sin saber cómo, se descolgó por una boca del subterráneo. ¿Qué era lo que le decía al barman? Lo que decía a aquellos otros hombres acodados en el mostrador. Lo que dice ahora a todas estas gentes que le evaden la vista. Cuando el tren se detiene está a punto de caerse. Se ha levantado para salir una señora madura de sombrero de

plumas. El borracho mira el asiento vacío y se desploma sobre él. Entre una mujer y un hombre. La mujer, que tiene los ojos metidos dentro de un libro abierto, se encoge para evitar el contacto. El hombre que está al otro lado, duerme. Tiene una gorra metida hasta los ojos, una sucia camisa de trabajo, unas gruesas manos de trabajo cruzadas sobre las piernas, unos gruesos zapatos negros cuarteados y terrosos. Duerme profundamente. El borracho está casi tendido sobre él y sigue hablando sin cesar, dando manotazos en el aire.

Nadie lo mira. La mujer que está al lado está como metida dentro de su libro. No alza los ojos sino cuando el tren se detiene en alguna estación. Por entre los dedos logro verle el dibujo de la portada. Es una novela histórica, que se está vendiendo por millares de ejemplares diarios. Es la misma que tiene otra mujer que diviso cerca de las colegialas y otra que se bambolea agarrada de su gancho cerca de la puerta. Es la romántica historia de Jacques Coeur. Andan, dentro del libro, por un París de campanas, estandartes y torres medievales. Otra lee el grueso tomo de «El Egipcio». Mira salir a un sacerdote cubierto de oro del hipogeo. Otros leen otros libros. En sus cabezas flotan imágenes de lejanos países, de bellas mujeres encendidas de amor, de ricos trajes, de maravillosas aventuras. «El que fume o escupa en el suelo será castigado con multa de cien dólares, o prisión de quince días, o ambas», dice el letrero junto a la puerta.

Se oye una música de saxófono que se acerca. Es un ciego que recorre los vagones mendigando. «Llévame al juego de pelota», es la pieza que toca. Pasa por entre las espaldas, los hombros, los sombreros. Tropieza con los pies del obrero dormido. Con la capa de pieles de una elegante mujer que deja de leer su revista ilustrada para arrojar una sonora moneda en la cantimplora que el mendigo lleva atada al instrumento. Con las rodillas de la colegiala. Con el brazo del negro. Su oscuro sombrero pasa rozando las agarraderas. Siguiéndolo veo el fez rojo y dorado y la borla negra de un «Shriner». Es hombre rubicundo y risueño. Debe de ser de otra parte, y ha venido a la ciudad como millares de otros cofrades para la convención de su orden. La Antigua y Mística Orden de los Caballeros del Noble Santuario. Desfilarán con sus rojos feces y sus estandartes de opereta oriental,

comerán y beberán copiosamente y regresarán con mil cuentos a sus granjas, a sus talleres, a sus barberías, en una ciudad del Oeste.

A mi lado se sienta un hombre grueso de pelo canoso; lleva como abrigo una espesa camisa de lana a cuadros rojos y negros, tiene nariz o quijada de boxeador. Abre su periódico, desplegándolo por cuartos. Lo que diviso son columnas de cifras. Es la página de las carreras de caballos. El hombre se abisma en números y nombres. Saca un lápiz y traza algunas marcas de un modo seguro y punzante. Guarda el lápiz, vuelve las páginas. Ahora se detiene en las tiras cómicas. Veo el mechón de Lil Abner y la silueta de pimpina de miga del «schmoo». El «schmoo» es gordo, luciente, manso, risueño, no come, ni corre, y cuando alguien lo mira con hambre se muere de contento. Se muere convertido en tierna carne asada o en pollo frito, sin huesos. Hay una luz de alegría infantil en los Ojos del hombre de quijada de boxeador. El mundo debería tener «schmoos», piensa. No andaría él colgado de aquel gancho del subterráneo, ni saldría de allí para meterse en una caseta de teléfono, hedionda a colilla y a tos, a llamar a todos los que saben en cuántos minutos hizo la milla el segundo caballo de la tercera carrera en Jamaica, y para concertar la apuesta del tonto más tonto que lo espera a la puerta de la tienda de cigarros y periódicos envuelto en el resplandor de Tarzanes amarillos, de Supermanes rojos, de Frankensteins verdes, de Patos Donald azules.

Y piensa también en los «schmoos» aquel hombre flaco, desgonzado que dejará el periódico con la tira del «schmoo» sobre el asiento al levantarse, para dejar el vagón, subir la escalera, meterse por la puerta de una botica y pasar junto a la caseta de teléfonos, donde alguien concierta las apuestas de las carreras de caballos, para comerse un sandwich de «chicken salad» y una taza de café con crema. Un sandwich de emulsión rosada que penetra al pan y sabe a apio. Pero el «schmoo» tierno es el que se convierte en tierna carne asada al mirarlo. Es una carne mejor que la que comen los clientes de «Gallagher» a cuatro dólares la libra. Con sólo mirarlo.

La velocidad del tren varía. Es como si se deslizara a ratos con dificultad por zonas de mayor resistencia. Por entre las enmarañadas raíces de los viejos edificios, por debajo de los sótanos de los más oscuros hospitales, entre las tuberías que llevan la sangre del último riñón abierto,

del último pedazo de pulmón extraído. Bajo un suelo de algodones sanguinolentos y sábanas sucias. O por entre las huesas del Museo de Historia Natural, donde las orejas del elefante están heladas junto a la vértebra del megaterio y el aire se espesa con el olor de ballena embalsamada.

Un hombre gordo y melancólico lee un periódico escrito en caracteres hebreos. Toda la página está salpicada de temblorosos trazos que parecen deslizarse hacia abajo. ¿Cuáles noticias leerá ese hombre en esas letras de seis mil años? Con sus letras flota fuera del tiempo y del espacio. Irá a la calle de los negociantes en ropas, o irá a los almacenes de los pollos muertos o de las lechugas, pero antes tendrá que descender de aquella nube mágica de letras, restregarse los ojos abstraídos, y preguntar, con el acento más nasal que le quede en el pecho, de qué se trata.

Lo siento tan solo con sus letras, tan separado por aquella jaula de caracteres, que pienso que no podrá comunicarse sino con los que andan en otros pedazos de su jaula. Y que los que están afuera lo miran como prisionero. Tiene el sombrero redondo metido hasta las orejas. Unos lo ven con indiferencia, yo con interés, otros con desdén. Del apartamento en Brooklyn hasta el negocio en Manhattan va metido en su jaula. Con aquellas letras está escrito el nombre del rey Salomón en el libro santo. Y con aquellas letras acaso lea la noticia de que millares de refugiados, después de años de sufrimiento, han logrado al fin entrar en Tel Aviv.

La muchacha que viaja a su lado lee una revista. Es hermosa y viste con sencillez. Lee en su revista la historia de la oficinista que se casó con el joven y romántico presidente de la compañía. Que es la misma revista que lee la casera gorda, que lleva su paquete de compras recogido bajo las piernas. Es la misma revista que millones de mujeres han empezado a leer esta mañana. Trae la historia de la oficinista que se casó con el patrón. La historia de la caprichosa hija del millonario a quien el amor hizo someterse a la autoridad de un muchacho pobre. Tiene un artículo que dice: «La vida empieza a ser divertida a los cuarenta años». Y otro que dice: «Le doy gracias a Dios por ser neurótico». Y un aviso: «Usted también puede ser atractiva». Y un reportaje que asegura que no existen mujeres feas. Y muchas páginas con grabados donde se enseña cómo se puede cocinar y

fregar platos conservando las más hermosas manos femeninas; cómo se puede transformar sin gastos aquel feo cuarto en aquel maravilloso salón de la revista; cómo de una mesa vieja y rota se puede hacer la más moderna mesita de té con la sola ayuda de una sierra y un martillo. O la manera de parecer una persona instruida e inteligente al hablar. La belleza, la salud, la felicidad, el bienestar, puestos al alcance de todos.

La mujer gorda del grueso paquete sonríe. Como a la misma hora hojeando la misma revista sonríen otras mujeres que están en las calles, en los sótanos y en los pisos altos. La que lava la ropa de los hijos en el sótano. La que limpia la salita, que sin gasto podría transformarse en una pieza de exposición. La que calienta las espinacas, que pueden servirse con poca cosa como en el restaurante francés. La que friega los platos mientras oye en la radio la quejumbrosa canción de Bing Crosby en la hora que se llama «Serenata de Amor».

Chirría el tren deteniéndose. Toda la masa de gente se mueve. Todos se empujan. Entran nuevos rostros. Tres muchachos altos, con el pelo peinado en copete, salen en el último momento atropellando a todos los que entran. La última mano del último tiene un gesto de lanzar la bola del «bowling». El sordo rodar de la bola sobre la madera y el estruendo de las maderas cayendo en la catarata. De la escalera del «subway» se meterá en la escalera del salón de «bowling», ancho como un garaje, donde treinta hombres simultáneamente se tuercen detenidos, lanzando treinta bolas que ruedan sordamente. Simultáneamente con otros dos mil novecientos hombres que, en millares de salones, están lanzando el trueno de la bola sobre la cancha.

Ahora está frente a mí un botones vestido de verde con botonadura de reluciente dorado. Su cabeza tocada con un chato gorro verde está debajo de aquel retrato del friso donde sonríe una muchacha, junto a un letrero que dice: «Reúnase con “*Miss* Subway”. Encantadora Harriet Young, secretaria en Adelphi College. Estudiante de música, le gusta todo, desde Beethoven al “Bebop”. Ambición: tener un automóvil nuevo y ver América».

El botones tiene cara de ansiedad. Nadie lo está llamando, no está llamando a nadie. No va dentro del eco de su voz por pasillos, salas y corredores canturreando el nombre de aquel Míster Smith o Míster Savacol a quien espera un teléfono acostado sobre una repisa de mármol. Pasan

minutos, el tren corre y no suena ningún timbre que lo haga saltar. Va a sonar un timbre. A las siete hay que sacar el perro de la señora del 115 y llevarlo al borde de la acera, dejarlo husmear un rato y esperar a que se enarque en la defecación. A las siete y veinte hay que bajar el perro chino de la muchacha del 234. A las siete y veinticinco los dos galgos de la señora del 418. A las siete y media el danés del señor viejo del 714. A las siete y media está detenido al borde de la acera y la traílla pende de su mano hasta el cuello del perro enarcado. A las siete y media toda la acera está cubierta de los botones del hotel. Todas las aceras están cubiertas de botones, y hombres y mujeres, y viejos y niños que sostienen por la traílla a los perros. Y todo el fondo de las calles toma un tinte de canal de matadero. Hasta las siete de la noche. En que hay que subir a buscar el perro de la señora del 115 para bajarlo nuevamente a la acera. Ya en la sombra. Lejos de la luz del farol. Y verlo enarcarse con los ojos saltados.

El tren amaina la velocidad y se detiene. Todas las gentes se ponen en movimiento. En los postes del andén hay repetido el número 42. Salen todos apresuradamente. Como si el tren pudiera arrebatarlos y llevarlos a un destino desconocido. Salen todos, menos unos pocos que permanecemos. El borracho ha aprovechado la ocasión para tenderse largo a largo en el banco. Pero nuevas olas humanas se precipitan por las puertas. Todo vuelve a apelmazarse y a endurecerse. Entran mujeres con niños y paquetes, hombres con maletas y carteras. Gentes con ojos afiebrados y narices lucientes que salen de los cines. Con los oídos llenos de disparos de revólver y de canciones. Con los ojos llenos de descomunales ojos. Hombres con el cuello de la camisa abierto, el sombrero nuevo en la nuca, un escarbadientes en la comisura de los labios y el gesto exacto del pistolero que vieron en la pantalla. Una voz arrastrada, cantada, cortada. Y de pronto uno que suelta una carcajada corta y explosiva.

El trayecto es breve. El tren se detiene de nuevo. Bajan muchas mujeres. Con prisa. El andén está lleno de otras mujeres con paquetes. Muchas suben. Otras esperan los trenes que vienen de regreso. El tren está anclado al borde de los sótanos de las inmensas tiendas. Se ven todos los andenes y pasadizos cubiertos de luces, vitrinas y avisos luminosos. Las luces llevan a otras luces, los pasadizos a otros pasadizos. Las mujeres suben como

hormigas atareadas. Y de pronto, ponen el pie en una escalera que empieza a subir sola. A rodar sola, como un témpano de hielo que se desprende lleno de pingüinos. A subir por entre horizontes de arcadas, mostradores, colgaduras, armarios, pirámides de mercancías pasando de un piso al otro como quien mete la cabeza por el hueco de una capa. Del piso de los trajes de mujer, al de la ropa de hombre, del piso de los artículos de deportes al de los muebles, de los comestibles a las máquinas de lavar, de las drogas a los libros, de las camisas a los automóviles, de donde enseñan cómo funciona la máquina de lavar a donde explican cómo se preparan los ravioli y los dan a probar. Todo está lleno de manos, de cabezas, de ojos, de hombros. Como si el vagón del subterráneo se hubiera multiplicado por cien mil. Y la escalera sigue subiendo con los pingüinos inmóviles y serios. O baja con ellos. Hasta que al pie de la última escalera, que no se mueve, se para el vagón del subterráneo y el oleaje mete la gente adentro.

Los que están de pie dan un traspiés. El tren arranca. Hay gentes que sacan papeles de los portafolios, de los bolsillos. Mujeres que sacan papeles de las carteras. Papeles con sellos, con letreros impresos, con firmas agresivas. Tienen cara de ir a hablar con policías, con fiscales, con inspectores. Aquel va a buscar un permiso para vender cerveza. Y aquel un permiso para conducir automóvil. Y aquel va porque no quiere pagarle la pensión a su mujer divorciada. Una mujer que sacaba la cabeza desgreñada por una puerta y le decía, pronunciando por las narices, horribles insultos.

Y todos van sacando mentalmente cuentas de dinero y de tiempo. A cada momento miran el reloj y se palpan la cartera. Miran el reloj. Dentro de diez minutos se desocupa la silla del dentista. Dentro de veinte minutos míster Jones tocará el timbre preguntando a la secretaria si míster Smith ha llegado. Dentro de cinco minutos sale el «ferry» para «Staten Island». Dentro de treinta y cinco minutos sonará el teléfono y repicará cinco veces dentro de una oficina vacía, cuya puerta nadie abre. Dentro de una hora se cierra la subasta de cebollas.

Dentro de un cuarto de hora sonará el martillo del presidente declarando instalada la convención de los vendedores ambulantes de cepillos. Dentro de dieciocho minutos habrán subido un punto las acciones de la American Can.

Y se palpan la cartera. «Una comisión del tres por ciento no es suficiente». «Yo no vengo a venderle, vengo a traerle dinero». «Mi dinero es tan bueno como el suyo». «La honestidad es la mejor política». «Hágalo ahora». «No hay negocios malos, hay negociantes malos». «Aproveche esta ganga». «Cien dólares no son sino el comienzo de mil dólares, mil dólares no son sino el comienzo de diez mil dólares, diez mil dólares son el comienzo de cien mil, cien mil el de un millón». «Un director de ventas que vale cincuenta mil dólares por año». «Un oficinista que vale cuatro mil». Se palpan la cartera con un gesto de despertar, entre el cabeceo del tren disparado, y miran con rápida sorpresa al hombre que está al lado.

Una corbata demasiado roja, un traje demasiado nuevo, unos hombros demasiado anchos, una afeitada demasiado reciente, unos ojos demasiado lentos, una quijada demasiado cuadrada. Por el bolsillo del pañuelo le asoman las puntas de tres tabacos. Los zapatos le deben chirriar un poco al andar.

Al lector de tiras cómicas que alza la cabeza pesada del periódico lleno de figuritas se le parece a Dick Tracy. A la mujer que masca goma y que ha salido del cine se le parece a James Cagney. Debe de tener debajo del brazo, oculta, una de esas pistolas de «gángster» que han estado retumbando durante dos horas en la película. Al viejo que saca el crucigrama de la última página de la revista ilustrada se le parece a los famosos pistoleros que no conoce.

El tren se detiene de nuevo. Baja mucha gente. Mujeres jóvenes de hermosas piernas con una gruesa cartera debajo del brazo. Hombres con sombreros que se parecen demasiado al que lleva el risueño mozo que está en el aviso de la sombrerería Adams en todos los periódicos. «Las mujeres prefieren a los hombres con sombrero». Baja el hombre de la quijada cuadrada. Bajan algunos viejos lentos, que parece que no tendrán fuerzas para subir la escalera que los sacará a la calle.

Voy a bajar yo. Pero no me muevo y la puerta se cierra rápida. El tren corre ahora frío y pávido, penetrando en lo más húmedo del limo. El vagón se ve grande y vacío y la luz de las lámparas es la del circo cuando el acróbata se prepara a dar el doble salto mortal sobre la cuerda. El tren baja para pasar por debajo del río. Sentimos un ahogo. A diez metros sobre

nuestras cabezas duerme el agua del fondo con los zapatos de los ahogados y las más oxidadas tapas de Coca-Cola. A veinte metros sobre nuestras cabezas se desliza el trasatlántico lleno de banderas que busca su muelle. A veintidós metros sobre nuestras cabezas vuelan las gaviotas recogiendo los desperdicios que salen por los tubos de desagüe.

¿A dónde vamos? Al fondo del vagón está sentado el hombre que saca crucigramas en la revista. Cerca de mí, tendido en el asiento, ronca dormido el borracho. Al otro extremo, una mujer vestida de oscuro aprieta a su costado a una niña flaca de anteojos. Lo demás está vacío. O está lleno de algo que no vemos.

Nueva York, 1950.

EL OTOÑO EN EUROPA

A Isabel, que me acompaña.

LA TRAVESÍA

La vuelta a Europa, aunque sea breve y parcial después de dieciocho años de vida americana ininterrumpida, me brinda una experiencia tentadora. Vine mozo a la Francia de la primera postguerra, durante aquellos años del veinte en que el mundo occidental parecía haber reencontrado, de un modo algo aturdido, el gozo de vivir. Tenía todavía Europa, para los criollos, un prestigio insuperable íbamos hacia ella, como en peregrinación, a admirar el esplendoroso árbol lleno de frutos, del que nos sentíamos rama secundaria y desdeñada íbamos en respetuosa actitud de discípulos, con cierta vergüenza de que se nos asomara el pelo del salvaje. Allí estaban vivos y en esplendorosa actividad los grandes sistemas políticos, que nosotros mal ensayábamos; los grandes creadores de literatura, de arte y de música, que decían, a voz plena, lo que nosotros apenas osábamos balbucir.

Pero después vinieron los años del 30, la Segunda Guerra Mundial, los Estados totalitarios, la gran crisis del mundo occidental. Europa comenzó a perder importancia ante nuestros ojos. Llegamos a pensar que lo que habíamos sentido por ella era una especie de fetichismo. Sonó la hora de regresar, física y mentalmente, a América, para redescubrirla, para sentir con fruición que el destino nos había deparado un Mundo Nuevo que no era, ni podía ser, una mera rama del viejo mundo.

Al sentimiento de admiración comenzó a suceder un sentimiento de piedad y casi de desdén. Muchos se lanzaron a escribir que Europa estaba en decadencia y que había sonado la hora del mundo americano.

Hacia esa Europa, entrevista de esa forma, es a la que ahora vuelvo, en un rápido viaje, que es casi como un desfile de memorias.

Para hacer más dramático el contraste me he detenido unos días en Nueva York. La Quinta Avenida estaba llena de sol y de color. Una multitud activa, limpia, pronta, se desplazaba sin ocio por ella. Un ambiente tónico de bienestar y de trabajo creador vibra entre las grandes moles de los edificios. Las mujeres marchan con una pisada atlética. Todo parece fácil, práctico y eficiente.

La gran ciudad cosmopolita del Nuevo Mundo está hecha con gente de todas partes, tienen un tono, un ritmo, un carácter de vigor y audacia que influyen en el ánimo de quien se sumerge en ella. Una manera que está fuera de la mesura y de las proporciones de lo europeo.

Desde Nueva York el avión subió hasta Gander, en Terranova. Toda la costa canadiense estaba cubierta por un espeso colchón de nubes. En Gander la noche estaba fría y despejada. Desde el Caribe venezolano hasta Gander habíamos hecho como un desfile de despedida de la costa atlántica americana. Una rápida revista de tres tonos americanos distintos. El del mundo criollo, el de los Estados Unidos y el del Canadá, tres modos del mundo americano en los que han quedado, en grado diverso, huellas de distintas horas y de distintos aspectos del mundo europeo.

De Gander íbamos a cortar el Atlántico en declive hasta las Azores. El avión subió rápido hasta situarse quieto por sobre las nubes en un cielo limpio lleno de luna y de algunas estrellas. Las luces de a bordo se fueron apagando y por las claraboyas penetraba la fría claridad lunar. A dieciocho mil pies debajo de nosotros estaba el agua nocturna del Atlántico.

Un historiador arábigo-andaluz escribió una historia del reino de Granada. Le puso por título: «El esplendor de la luna llena sobre el reino de los Nazaritas». Acaso se necesita ser un árabe para concebir la historia con tanta estática belleza, pero uno no puede substraerse de sentir en la soledad enlunada que, en cierto modo, más que sobre un océano está volando sobre

la historia. El drama o la danza de la historia entre las dos riberas del Atlántico.

Nos amanece muy pronto en Santa María de las Azores. En un borde plano de la isla está el aeropuerto. Una casa blanca, unos guardias portugueses y unas dulces piñas. De las Azores salimos pronto para ir en tres horas de vuelo a Lisboa. La costa llana y ondulada de colinas bajas está cortada por el ancho estuario del Tajo. Las torres y las avenidas de la ciudad se abren entre la tierra parda.

El avión describe un ancho círculo en suave descenso hasta poner las ruedas en la primera tierra de Europa, que tocamos después de dieciocho horas de haber salido de Nueva York.

No hemos podido ver de Lisboa sino aquella fugaz visión desde el aire, pero ya sus colinas, sus medidas y su luz son de Europa. Una luz pulida, una tierra sobada, unos cortos campos.

Lisboa fue la puerta por donde entró en Europa la noticia del descubrimiento de América. Los barcos de Colón no debieron abultar más que aquellos sucios veleros que vislumbramos sobre el Tajo.

Pienso que también a Lisboa llegó el Doctor Pangloss, enviado por Voltaire para la hora precisa del terremoto. Un sismo que tuvo fuerza para arrasar las casas pero no para hacer vacilar la fe del Doctor fabuloso en que el mundo de los hombres era el mejor de los mundos posibles.

Las sombras de Pangloss y de Colón están en esta puerta de Europa. Dos sombras tutelares que pueden acoger en su comienzo al peregrino en el mundo que Colón hizo viejo y al que Pangloss se empeñó en darle el perpetuo candor de la juventud.

De Lisboa volvemos al aire. Un cielo azul sin nubes se extiende a pérdida de vista sobre las tierras llanas y leonadas. Es el luminoso y dulce comienzo del Otoño. Los pelados lomos de las sierras brillan bajo el sol. Vamos por sobre los grises campos de Castilla. El amarillo de las hojas y las hierbas se confunde con el ocre de la tierra. Algunos chopos verdes trepan por algunas colinas.

De trecho en trecho pequeños caseríos blanquean en la llanura. Más lejos asoma el Guadarrama y de entre la tierra parda surge la mancha blanca de Madrid.

Es un día de Otoño perfecto en su pureza. Un día de tamizada luz de oro y de aire transparente, hecho para volver a Europa. Un día que ha madurado sin mancha, como las uvas nuevas en las viejas parras por este mismo tiempo.

Dentro de un momento el avión se detendrá sobre la tierra y comenzaremos a andar por el Otoño de Europa.

LA TERRAZA DEL CAFÉ MADRILEÑO

El cielo de otoño se tiende sobre Madrid dorado y sin una nube. La luminosidad fresca, limpia y pule las piedras. Por la Castellana y por el Prado los parterres están llenos de flores. Las fuentes de la Cibeles y de Neptuno levantan sus plumas de aguas. Los árboles de las calles están aún cubiertos de hojas verdes. El jardín del Buen Retiro luce en todo esplendor.

Las calles están llenas de gente parsimoniosa, locuaz y gesticuladora. Ya la Puerta del Sol no tiene la vida nocturna y el ajetreo que le conocí en otros años, pero en cambio la Gran Vía y la calle de Alcalá se ven tan pobladas y movidas como en sus mejores tiempos. Se puede uno sentar a una mesa de café en la ancha acera, a la sombra de un árbol. El mozo le traerá un dorado jerez y unas gambas. Mientras se paladea, se mira y se oye. Es ciertamente una muchedumbre menos bulliciosa y activa que la de 1931. A poco de observar se da uno cuenta de cómo abundan los trajes raídos, los zapatos rotos, las deshilachadas camisas. Eso sí, llevadas con la dignidad y gracia tradicionales de la raza. Se ven pasar muchos uniformes. De militares, de guardias civiles, de policías. La gente que pasa habla en alta voz. A veces un par de hombres del pueblo se detiene a nuestro lado y se lía en una breve conversación.

—Nada, que si no tenemos las pesetas nos ponen en el arroyo, señor Isidro.

—Yo me las arreglaré, señor Santiago. A mí no me echan. Conozco a uno de los funcionarios.

—Aquí lo que debería el Gobierno es hacer lo que hace el Gobierno inglés. Tomar doscientos o trescientos millones de pesetas y ponerse a hacer casas para los pobres. Eso, señor Isidro.

En la casa de enfrente, a lo alto de cuatro pisos se destacan las insignias de la Falange: el haz de flechas y el yugo de los Reyes Católicos. En el puesto de periódicos vecino mira uno el gris montón de los flacos diarios: «Ya», «Arriba». Se ven en un instante. Fuera de algunas fotografías de actos oficiales y de las noticias de espectáculos y deportes, publican informes telefónicos o telegráficos de sus corresponsales en París, en Londres o en Washington. Una noticia de Washington está encabezada así: «La pugna de los dos partidos americanos le da a Rusia las mejores armas para su propaganda contra los Estados Unidos». Son pocos los avisos grandes. En cambio, más de una tercera parte del periódico está llena de avisos por palabras. Hay una larga lista de pisos o apartamentos que se ofrecen en venta. Pisos de sesenta mil o cien mil pesetas, pagaderos en un plazo de cincuenta años y con un interés de tres por ciento sobre los saldos deudores.

Se ven pocos automóviles lujosos. Los taxis son «Citroen» viejísimos y estrechos. Cuando algún hermoso automóvil americano se para, la gente lo mira con codiciosa curiosidad. Es un automóvil de gente rica, muy rica. De «señores», como dice aquí la gente humilde con un tono de respeto y un sonido de distancia desconocidos entre nosotros. Con el mismo tono con que dicen de un palacio: «Es de los señores Duques de tal; o de los señores Condes de cual».

Se ha detenido un «Cadillac» y dos mozos del pueblo que están cerca de mí comentan:

—Ése debe ser algún rico.

—Qué sabes tú lo que es un rico.

—Rico es el que tiene mucho dinero.

—Rico es el que se ocupa de diversiones y de pasarlo bien.

—No, quita. Rico es el que tiene una salud muy buena.

Todo parece pacífico, ordenado y situado. En algunas paredes se miran, pintados con carbón, retratos de Franco y de José Antonio Primo de Rivera. Nunca se ve ninguno borrado, ni ningún letrero contrario escrito en una pared. En todas las tiendas están igualmente los dos retratos en sitio de

honor. Pero no se siente actividad política visible. Da la impresión de que la política, como la guerra civil, es una cosa del pasado. Una cosa que quedó decidida, arreglada y determinada hace muchos años. Detrás de todas aquellas caras vivaces, detrás de todas aquellas conversaciones sobre toros, fútbol, casas o empleos, no hay modo de advertir el sentimiento político que esté oculto. No parece haber ningún tema político vivo. Los mismos símbolos de Falange parecen cosa del pasado. Se nombra a Franco no como al Jefe de un movimiento político activo y combativo, sino como a un rey. Las mismas pesetas se encargan de confirmar esta impresión de remoto suceso con su leyenda que dice: «Francisco Franco, Caudillo de España por la Gracia de Dios».

El resto del mundo también parece remoto e indiferente. La impresión que se recibe de la prensa es la de que España está rodeada de países enloquecidos o esclavizados. Se habla en un tono despectivo de los Estados Unidos y de Rusia. Se nombra con orgulloso desdén a Francia e Inglaterra.

Pero, para los turistas, Madrid se abre al sol de otoño como una flor. Las tiendas están llenas de objetos que, traducidos a dólares, resultan de un precio increíblemente bajo. Las terrazas de los cafés ofrecen sus sillas, a la sombra de las arboledas, desde las que se puede hablar inagotablemente y contemplar la vida como un espectáculo. Una que otra mujer vestida de negro viene a ofrecer billetes de lotería. Las vitrinas de las confiterías rebosan de esos dulces españoles, labrados en yema y azúcar, que saben a convento.

Los vecinos de mesa hablan de toros. Otros más allá discuten, con agudas razones, de un indeterminable negocio. El día azul está lleno como de sol de domingo. Es la una, pero es todavía temprano para pensar en almorzar. Se almorzará a las dos y media, se comerá a las diez. Y una nueva fiesta azul comenzará a las diez de la mañana del día siguiente.

Siempre que uno no advierta aquella angustia de pobreza que hay en los ojos del niño desarrapado que nos mira, o en los de la mujer vestida de negro. Que nos miran como de una gran distancia, sin atreverse a acercarse a pedirnos.

CASTILLA

Esta es la misma Castilla que Antonio Machado nos dejó en sus versos. La misma Castilla que el juglar del *Poema del Cid* describe en su vieja canción. Parda, llana, gris, seca, invariable. Sobre la tierra lavada crecen las manchas cenicientas de los olivares, y de la tierra se alzan los pueblos y las torres de los pueblos como hechas del mismo barro de la llanura.

El rasgo de Castilla es la perpetuidad intemporal y la soledad. Las pocas gentes que uno mira en el campo o a la puerta de los encogidos pueblos visten de un modo intemporal, con un traje que pudiera ser de hoy o del siglo XV, y que seguirá siendo igual dentro de cien o dentro de trescientos años.

Sobre la parda llanura, el cielo azul lo cubre todo. Están como sumergidos en él los olivos, las torres, los techos y los hombres, que se recortan sobre el luminoso fondo azul como una figura de vitral.

Se recorren largos trechos sin encontrar alma viviente. Al fondo se recorta la silueta azul de una lejana sierra. De trecho en trecho aparece algún pastor que lleva un rebaño de ovejas o de cabras, o un porquerizo color de tierra, con sus cerdos color de tierra. Se hallan pocos camiones. En su lugar se tropieza con grandes carros, que arrastra un tiro de tres negras y altas mulas puestas en fila, o anchos carros de bueyes con el campesino tumbado sobre el heno.

Sobre pequeñas redomas de tierra están las norias. Un burro oscuro y solo da vueltas y los cántaros puestos en la rueda derraman el agua en el caño.

Ha terminado la cosecha del trigo y el campo se pone amarillo de paja seca. Es entonces más desolada la visión. No hay otro verde que el de los plateados olivos en aislados grupos. Pero ya hay gente arando y sembrando para aprovechar el tiempo escaso antes de que el invierno se eche encima con su cierzo cortante. Son arados tirados por mulas, que hacen un surco muy superficial en la tierra seca y pálida.

No se mira un tractor. Ni una máquina en el trabajo de construcción de carreteras. Todo lo hace el hombre ayudado por los animales, como lo ha venido haciendo desde hace siglos. Cuadrillas de peones, con picos y palas,

construyen los caminos. Lo que significa que la máquina es cara y el trabajo humano es barato. A pico cortan las piedras, con palas mueven la tierra, con instrumentos de mano hacen el pavimento.

En la misma soledad hostil se alzan las viejas ciudades castellanas. De una loma pelada entre la tierra parda brotan de pronto Ávila y Toledo, o en medio de la llanura asoma la alta torre de Segovia.

Junto a las murallas de Ávila están los pastores de cabras y las altas carretas de los más solitarios caminos. El Adaja separa la soledad de la ciudad amurallada. Dentro de la muralla imponente y completa está Ávila protegida del tiempo que pasa. No hay allí tema de más actualidad que el de Santa Teresa. La santa andariega ha quedado finalmente presa y como encantada dentro del recinto amurallado. Le enseñan a uno el momificado dedo admonitorio que se alza dentro de su tubo de cristal. El resto de la mano lo tiene el Caudillo en su mesa de trabajo, en El Pardo.

Y no hay tumba de crimen reciente de la que se hable más que de la del Príncipe Juan, en el hermoso templo gótico florido de Santo Tomás. El altar mayor se asoma a un hermoso balcón, con su retablo, para que lo contemple la estatua yacente del Príncipe malogrado que está tendida en medio del crucero.

Tampoco Toledo tiene edad. En la colina roja, las viejas callejuelas empedradas se tejen como el tejido de un tapiz. Toda la ciudad es como un arco antiguo para la pintura de El Greco. La misma historia del sitio del Alcázar, que el guía cuenta de un modo mecánico, pudiera ser contemporánea de la expulsión de los judíos o de la muerte del Conde de Orgaz, cuyo entierro en Santo Tomé sigue siendo la más importante ceremonia de Toledo.

Junto a Segovia, lo más fresco y riente, como un breve tapiz de mil flores en medio de un paño pardo de la llanura, es La Granja. El Real Sitio de San Ildefonso, donde tantas cédulas americanas se firmaron, es el jardín que el Príncipe francés Felipe V, convertido en César español, levantó para recordar el Versalles de su abuelo. Los limpios bosques, los labrados parterres, la profusión de fuentes, el rumor constante de agua, la piedra rosada que alegra la fachada neoclásica, es como el oasis de gracia que el primer Borbón sembró en la adustez inalterable de Castilla.

La Granja es como un pecado en mitad de la gravedad de Castilla, tan acentuada por los Reyes de la Casa de Austria. Pasada Navacerrada, con sus altos pinos, a poca distancia en el espacio, se alza el gran monumento del más castellano de los Austrias: El Escorial. El gris-monasterio-palacio-panteón de Felipe II parece brotado del gris granito volcánico que hace áspera la ladera. Todo es piedra lisa para ser lamida por el viento. Las ventanas y los patios rodean la gran basílica herreriana. El ascético lecho del Rey está a la altura del altar gigantesco. El sonido del órgano vibra en la más remota piedra. El hombre que sabía encerrarse allí no tenía nada que buscar en ninguna parte. El más suntuoso y justo palacio que se haya alzado nunca para la soledad, el silencio y el rezo. Despojado, gris, frío, como la losa del sepulcro de un gigante.

Como aquel duro y frío palacio es el tiempo de Castilla. Los campesinos lo describen con una frase sentenciosa y resignada: «Nueve meses de invierno y tres de infierno».

Ni La Granja, ni Aranjuez, ni Madrid, pertenecen en propiedad a Castilla. Se han superpuesto de un modo caprichoso a aquel paisaje adusto y a aquel temple estoico, que El Escorial expresa de un modo insuperable. La llanura gris y los pueblos grises vuelven a aparecer al sur de Toledo, hasta bien entrada la Mancha. Son los campos y los pueblos de Don Quijote. Alguna casa aislada que se cruza en el camino, con su ancho portón y su cerrado patio, pudo ser una venta. Cerca anda El Toboso. La carretera va a cruzar Puerto Lapice, el Puerto Lapice del libro inagotable. En el camino en soledad mira uno, a un lado, algunos viejos molinos de viento. «Non fuyades, cobardes y viles criaturas», canta la sorda voz de la memoria. El carromato, el hombre que cabalga en la alta multa torda, toman en la soledad sin árboles y contra el cielo formas caprichosas. Parecen lo que son y lo que no son. La manada de ovejas pudiera ser un ejército de caballeros visto a la distancia.

Cuando empiezan a asomar los primeros pueblos blancos, aldeas de casas deslumbrantemente encaladas desde la teja hasta el suelo, sabe uno que se acerca a Andalucía. Se alzan los lomos de Sierra Morena. Se está en La Guardia o en Manzanares. El camino busca las abruptas piedras de Despeñaperros.

EL GUADALQUIVIR

Federico de Onís, con su penetrante sentido de lo castizo, llamó alguna vez a Andalucía la Castilla Novísima.

En una sucesión de maneras, que no alteran lo esencial, la Castilla Vieja del Duero se templa y afina en la Castilla Nueva del Tajo, y luego se alegra y fertiliza en la Novísima Castilla del Guadalquivir.

La llanura andaluza recuerda a la llanura castellana. Sólo que los caseríos son todos blancos, la tierra es de un rojo oscuro y las interminables filas plateadas de los olivares suben y bajan por las hondonadas. También las gentes tienen otro aire. Una manera de andar más garbosa y medida, un gesto de «bailaor» o de torero en los brazos, un seseo musical en la palabra, que a cada momento parece que va a romper en «cante jondo».

Pero tampoco hay una sola Andalucía. Sus tres ciudades matrices tienen tres tonos y tres fisonomías distintas: Córdoba, Sevilla y Granada.

Córdoba es más severa y recogida. Está en ella indeleble la huella del nacimiento de Séneca. La noche de sus callejuelas es silenciosa y viva. Todo el aire huele a jazmín y a «dama de noche» de una manera que embriaga. La luz tenue de unos faroles dormidos cae sobre las pulidas piedras de la calle y lame las paredes blancas de las casas. El Cristo de los Faroles se alza en mitad de su plazoleta penumbrosa con su racimo de faroles pálidos que parecen volar a su alrededor.

Un Guadalquivir tierno, recental y limpio corre por la abierta llanada. Al fondo están «tu muro, tus torres y tu río, tu llano y sierra, ¡oh patria, oh flor de España!», como cantaba el cordobés don Luis de Góngora. El corazón de Córdoba no es el viejo puente romano, ni el pedazo de muro, ni la Puerta del Mal Muerta. El corazón de Córdoba es la Gran Mezquita de Occidente, en la que Carlos V injertó brutalmente una catedral católica. La mezquita que inició Abderramán I era un oasis de columnas jaspeadas, claras y oscuras, abiertas por los lados al aire luminoso de Córdoba. Sobre las columnas se tejía el intrincado juego de los arcos dobles, que nunca termina en combinarse en mil formas ante los ojos de la persona que avanza. La iglesia le cegó las entradas de luz con muros, y en el centro taló un bosque de columnas y arcos para alzar los altos pilares de su estructura.

Sin solución de continuidad, el gótico florido y el renacimiento más pesado salen de la graciosa simplicidad de la arquitectura árabe. Un letrero gótico sigue a una inscripción cúfica. Toda la gracia de la mezquita es gracia hecha en piedra. La piedra hecha vaporoso encaje y sutil tejido. El más pequeño lazo de aquellos complicados dibujos fue arrancado a punta de cincel de la piedra viva. Esa gracia imperecedera y pura en lo duro y difícil y esa posibilidad de sobrevivir en la superposición de los estilos es como el símbolo y el secreto de Córdoba.

Frente a la mezquita está la antigua calle de la Comedia. Una callejuela estrecha, blanca y meandrosa, cuyo pavimento es como un tejido de menudas piedras claras y oscuras. Por cada cancela abierta se ofrece un patio menudo, con sus azulejos y su fuente. Todo huele a jazmín. En el guardacantón de alguna esquina hay una vieja columna romana de mármol. La luminosidad, la paz, la quietud del ambiente de aquella calle es como la miel que se forma en algún repliegue de los higos más justamente madurados. La dulzura antigua e inolvidable de Córdoba está en aquella calleja. Desde cualquier patio siente uno la hora de leer a Séneca o a Góngora, o de discutir sobre el estilo del *Guerra* o de *Manolete*. Una ciudad con una calle así es más que una aglomeración de casas: es una escuela de vida, un cartabón de estilo, un arte de tomar el tiempo y de conocer.

Ese tono de gracia, mesurada e interior, de Córdoba: ese sabor de sabiduría de la vida, le es propio y le da su matiz dentro del esplendoroso cuadro general de Andalucía.

Sevilla es otra cosa. No está recogida y concentrada en torno a una idea, a una memoria o a una emoción, sino desparramada en muchas formas de contento.

Entre la Catedral, el Alcázar y la Vieja Lonja, donde está el Archivo de Indias, está concentrada la esencia de su historia. Los vestigios de El Andalus, los restos de la Hispalis romana, las reliquias de la Reconquista y los papeles de la empresa de las Indias, que aquí tuvo su centro. Dentro de la catedral inmensa duermen el Rey Fernando el Santo, Alfonso el Sabio y Cristóbal Colón. Al borde de los muros, que fueron levantados «para que se nos tenga por locos», están las gradas y andenes de la picardía donde Cervantes vio a Rinconete. En el Alcázar están los muebles Victorianos de

Isabel II, junto a los patios árabes, y la memoria de don Pedro el Cruel, junto a los más hermosos arriates de flores. Detrás de la Catedral se alza la Giralda, que remata con un campanario renacentista, como una faena de capa con una rebolera. Detrás de la Catedral, el palacio del Arzobispo levanta una fachada barroca y rojiza que es como el perfecto decorado para el último acto de *Don Juan*.

El barrio de Santa Cruz y la calle de las Sierpes recogen la vida más castiza de la ciudad. El barrio de Santa Cruz está hecho de callejas empedradas, paredes blancas y patios de azulejos. Por las ventanas asoman los tiestos de flores. Recuerda la calle de la Comedia, de Córdoba, pero con menos concentrada esencia. La calle de las Sierpes es el centro del sabio ocio sevillano. Gentes que pasean, que conversan, que miran con un acomodo, con un «sitio» ante el tiempo, que han recibido como herencia de un arte. En la terraza del café Los Corales, Rafael el *Gallo*, Juan Belmonte y algunos viejos toreros, ante el chato de jerez, conversan sin prisa sobre toros. Los toros, el «flamenco» y las «bailaoras» están en el ambiente. La arena de la Maestranza es de oro, de un oro más duradero, firme y gozado que todo el que de las Indias desembarcó en la cercana ribera del Guadalquivir.

Hay un reflejo de las caras angustiadas y morenas de las «bailaoras» y de las luces del traje de los toreros en las tres grandes devociones de Sevilla: el Crucificado llamado el Cachorro, la Virgen de la Esperanza, de Triana, y la Virgen de la Esperanza, de Sevilla, llamada la Macarena. La Esperanza de Triana es morena, de ojos sombríos; la Macarena es más clara. Muchos de sus trajes y mantos están hechos con los trajes que los toreros le han ofrendado. La luz de los cirios saca reflejos de la pedrería que el sol de la plaza iluminó.

Junto a las Vírgenes está la sombra del toro, que es el animal sagrado. Mañana hay toros en la Maestranza. Se puede uno ir a la tarde a la Venta de Antequera y ver desde el balcón, donde sirven manzanilla, los toros del encierro en el corral. Las solemnes bestias rumian tranquilas y oscuras, indiferentes y fatales, ante los ojos encendidos que las miran desde las sombras que van cayendo.

De la vida y de la muerte habla, como en oración al toro, la voz trémula, quebrada, del «cantaor», que viene de lejos:

> “ *Mándame, madre, dinero*
> *para comprarme una jaca,*
> *para hacerme bandolero…*

GRANADA

Granada está hecha de los más finos y profundos contrastes. Su vega es la más ancha, plana y dilatada, y su Sierra Nevada, la más alta y temerosa de Andalucía. Entre la vega y la sierra, la ciudad se recoge al pie de unas colinas, accidentada, pendiente, cortada por restos de murallas, por quiebras de ríos, por filas de techos y de fachadas que suben en randas hacia lo alto.

En la ciudad baja están las plazas, las tiendas, los tranvías, lo más de la historia cristiana. Está la plaza de Vivarrambla, donde Cisneros hizo una inmensa pira de alcoranes; está el estrecho de Zacatín, por donde el rey moro subía suspirando por su Alhama perdida; está la Alcaicería, que tiene todavía toda la gracia y el sabor de un zoco, y está la vasta Catedral, con la Capilla de los Reyes clavada en un costado.

Granada está tan llena de lo que se ve como de lo que no se ve. Los fantasmas pululan por sus calles, por sus casas y por sus viejos jardines. Fantasmas del remoto pasado y del próximo ayer, que se mezclan, a los ojos del visitante sensible, con los seres vivos, aun cuando no más reales, que hoy la pueblan. De cualquier carmen puede salir el eco dulce de los amores del moro Abindarráez y de la hermosa Jarifa; en las viejas plazas resuena el eco de las facciones de zegríes y abencerrajes. Piensa uno que entre aquellos hombres discretos que charlan a la sombra de los árboles pudieran estar Manuel de Falla, o Ganivet, o Federico García Lorca. Toda la rememoración de Granada se puede hacer en romances viejos.

En la Capilla de los Reyes están enterrados doña Isabel y don Fernando. Tanto monta. Debajo del labrado mausoleo está la cripta desnuda, con sus urnas de plomo viejo, donde los restos de los Reyes Católicos y los de su

hija doña Juana la Loca esperan. Es muy penumbrosa y fría la capilla. En la vecina sacristía se disuelven en la sombra, casi como fantasmas, las maravillosas pinturas flamencas que dejaron los Reyes Católicos. Algunos de los más maravillosos Memlings que existen, con sus madonas de piel de marfil vestidas de verde y rojo, se vislumbran en la penumbra como un ascua que se apaga.

La ciudad alta se quiebra y sube por las colinas. Por las callejas de un lado del Darro están los viejos muros del Albaicín, y más allá, Sacromonte, con las blancas cuevas de los gitanos. La calleja sube por el cerro haciendo zig-zag, y por las encaladas bocas de las cuevas sale un hervor de gitanos, vestidos con trajes de fiesta, que ofrecen zambras a todos los precios. Hay unas cuevas más famosas que otras: la de los Amayas, la de la *Faraona*. La *Faraona* es una mujeronaza corpulenta, llena de afeites, de abalorios y de trapos de colores, que comanda toda una tribu de bailarines de zambra. Desde el viejo guitarrista y las veteranas «bailaoras», hasta los más finos adolescentes y, un «churumbel» de meses, al que peinan con saliva y que recoge las castañuelas que caen al suelo para chuparlas. El interior de la cueva es espacioso y blanco de cal. Por todas partes cuelgan cacharros de cobre pulido que relumbran como oro. Las palmadas isócronas acompañan la guitarra, y al compás de ella se teje la danza con las manos alzadas tocando el techo y el vuelo de las faldas barriendo las paredes. Entre el canto y el baile, las voces restallan animando a los bailarines. «¡Ay ciudad de los gitanos, quién te vio y no te recuerda!»

Frente al Sacromonte se alza la Colina Roja, y sobre ella, la fortificada ciudadela que llamamos Alhambra. Todas las dulzonerías, todos los cromos, todo el más barato romanticismo, no han logrado destruir ni aminorar el prodigio de gracia y de belleza de este alcázar.

No pertenece a la época de gran esplendor de la conquista árabe. Todo lo que en la mezquita de Córdoba es piedra labrada, aquí es estuco, tapia y madera. No debió tener nunca la majestuosa grandeza de la Medina Azahara de Abderramán III. Era el palacio de la pequeña y decadente Corte de los príncipes de la dinastía Nazarita. Gentes que no estaban para conquistar nada, sino para conservar, en el lujo, la molicie y el placer, aquel pedazo de paraíso de Alá, cercado por la dura intolerancia de los príncipes

cristianos. Está hecha con una extraordinaria sabiduría del placer que puede alcanzar el ser humano con las proporciones, las formas, los colores, la luz, la sombra y los reflejos. Cada patio es una unidad de gracia diferente. El de los Arrayanes es de agua dormida y mucho cielo y altas galerías labradas como encajes. El de los Leones es de fuente de agua viva y menudos pabellones salientes y bajos, que permiten colocarse en todos los grados posibles de tamización de la luz y de graduación del rumor del agua a través de los arcos y de las colinas. En el friso, el cartucho de letras árabes repite incesantemente: «Sólo Dios es el Vencedor».

La Alhambra lleva a la perfección el ideal del huerto sellado, que amaban los orientales. Toda su gracia está detrás de los muros desnudos y amenazantes que la anuncian como una fortaleza. En ninguna parte se ve mejor este contraste que en sus anchas torres. Por fuera se asoman al precipicio, desnudas de todo ornamento; pero, interiormente, son breves y maravillosos palacios, hechos con los más graciosos arcos, las más hermosas combinaciones de colores de los alicatados y las paredes recubiertas de estuco labrado como encaje. Por las finas ventanas gemelas se divisa la lejana Sierra Nevada o la verde vega abierta.

Esta arquitectura de tejedora, tan frágil, tan íntima, tan deleitable, cuenta entre sus elementos el cielo azul, el sol, el agua y la vegetación. Sin aquel sol y aquel cielo, los más hermosos arcos perderían su gracia. Sin la presencia del agua, dormida en estanques o viva y cantarina en las fuentes, los patios parecerían incompletos. Sin los árboles y las flores de los jardines, los arcos y las ventanas parecerían ciegos.

La Alhambra es un palacio para el gozo de la vida. En algunas inscripciones cúficas de sus salones, el poeta cortesano Zamrack celebra la gloria de los sultanes que lo levantaron y canta el prodigio sobrehumano de belleza y de placer que allí se ha logrado. Mejor aún que los de Zamrack hubieran estado allí los versos de Ornar Kayyam, que tienen el mismo sentido de aquel palacio hecho para gozar de la más perfecta plenitud de la gracia y los dones de la vida breve. Lo que allí está realizado es lo que el persa llamaba «el paraíso suficiente».

La armonía de la Alhambra está rota por el horrible palacio que en medio de ella el arquitecto renacentista Machuca levantó para Carlos V.

Aquella gran mole de piedra fría rompe la Alhambra. Junto a aquel alcázar de la vida parece un mausoleo para la muerte. Por ninguna parte asoma el agua, no hay ni una planta, ni una flor. No se puede estar más solo y desamparado que en mitad de su redondo patio de piedra desnuda e inhumana.

Por un lado de la Alhambra, en cambio, se alza en otra colina el Generalife, con sus jardines. En sucesivas terrazas escalonadas se asoman los grandes cipreses y los parterres de flores. El agua corre por acequias abiertas, por escaleras, y salta de muchas fuentes. El olor de las flores y el rumor del agua pueblan todo el ambiente de aquellos maravillosos jardines. En cualquier banco de cualquier recodo se puede uno estar por horas sin sentir el tiempo. Lleno de la más rica e inagotable paz. En la casi palpable presencia de todos los hermosos fantasmas de Granada.

LA MARCA HISPÁNICA

Entre Castilla y Aragón se extiende uno de los paisajes más desolados de España. Grises y rojizas tierras lavadas, largas extensiones sin un árbol, cerros de rocas desnudas. Los largos caminos atraviesan las soledades anchurosas. De vez en cuando, junto a un puente, una pareja de la Guardia Civil. Los escasos pueblos son de color de polvo, junto a la torre de la iglesia se agrupan las casas borrosas y los labriegos vestidos de oscuro. Sobre algunas colinas peladas está la ruina de un castillo desintegrándose.

Algo parece pesar sobre los pueblos y los hombres. Acaso sea la carga de la Historia. La breve población insignificante, por donde el camino cruza un instante, se llama Medinaceli. Y uno sabe que allí pudo estar la casa del juglar que compuso el *Poema del Cid*, de aquel hombre desconocido que tan hondamente sintió la Historia y cantó la guerra, la errancia batalladora, Castilla la gentil, y la sangre «por la loriga ayuso destellando». Pero, apenas lo recuerda, vuelve a encontrarse sumergido en aquel paisaje lunar donde parecen haber ocurrido remotos cataclismos. En medio de las tierras yermas y desoladas se alza Zaragoza; por un costado, como una espada rota, le pasa

el Ebro. Aquí el hilo de la Historia se va muy atrás: a los romanos, a los cartagineses y a los griegos. Las tierras y las vidas de los hombres parecen haberse consumido juntas. En lo más vivo y ardiente de la ciudad, en el centro de su iglesia, está la pequeña imagen de la Virgen del Pilar. Un deslumbrante nimbo de joyas aureola su breve figura y la de su Niño.

Más allá de Zaragoza, sobre una colina ocre, color de muro viejo, se divisan, como los restos de un fresco borrado sobre el muro, las casas ocre de Fraga, que trepan las unas sobre las otras.

A medida que se acerca uno a Cataluña el paisaje se hace menos adusto: hay más pueblos en el camino, hay más gente en los campos y menos soledad en la carretera. Reaparecen los árboles. El viejo principado catalán ha conservado la fertilidad de sus tierras.

Barcelona, en la noche, está encendida como una inmensa feria. Sus anchas ramblas, pobladas de gentes, luces, fuentes y movimiento, le dan un aspecto de ciudad joven y pujante, que contrasta acentuadamente con el de las otras villas españolas. Pareciera que aquí pesa menos la historia y la vida se manifiesta con más creadora urgencia.

La historia está confinada al extraordinario barrio Gótico, que es un pedazo de burgo medieval conservado intacto y vivo en el corazón de la ciudad moderna. Allí está la Catedral Basílica, con sus altas columnas y sus finos arcos, en una de cuyas capillas se adora el negro Cristo de Lepanto. Rodea a la catedral un tejido de callejas, bordeadas de antiguos edificios de piedra. Está allí el palacio de los condes de Barcelona, la graciosa plaza de los Reyes y la vasta bóveda de medio cañón de la sala del Tinell, donde los Reyes Católicos recibieron a Colón a su regreso de América. En ella, y en la contigua capilla de Santa Agueda, se estaba celebrando en estos días una deliciosa Exposición de pintores primitivos de la región mediterránea. En las más de las casas del viejo barrio hay tiendas de anticuario donde se venden libros, loza, imágenes y cuadros. Una alta y clara campana suena de tiempo en tiempo.

Lo demás de Barcelona es una limpia ciudad de anchas y hermosas avenidas, de ricas tiendas, de vastas plazas y de muchos árboles. Se oye hablar el catalán áspero, enérgico y nasal, huele a carbón de piedra y se ven muchas chimeneas en el paisaje.

El extenso y atareado puerto se abre sobre el Mediterráneo azul y quieto. Grúas, sirenas, humo, no llegan a empañar el azul esplendor del gran palenque de agua de la Europa mediterránea. Es el mar de los griegos, de los romanos, de los genoveses, de los marselleses y de los catalanes. Un mar que ha sido como el inmenso patio de una lonja de comerciantes, donde los grandes puertos eran como atareadas factorías para llenar de géneros las bodegas de los barcos.

Estas eran también las tierras de la muy antigua Marca Hispánica. La tierra fronteriza donde los carolingios venían a estrellarse en sucesivas empresas de ambición y que, con la Provenza francesa, constituyó uno de los más grandes centros de civilización de toda la Romanía en la Edad Media.

Un buen sitio para contemplar el panorama de esta España contradictoria, diversa, empecinada y distinta. De esta España de las Castillas, la Andalucía y los viejos reinos, donde la unidad ha sido una empresa trágica y desesperada.

Hay una España de inagotable y pintoresca originalidad para los turistas. Una España de museos, viejos castillos, corridas de toros, «bailaoras» y tertulias de café. Pero ha de pensar uno también que en algún tiempo el Greco, Velázquez y Goya no estuvieron en los museos sino que eran el comentario y la expresión de una vida pujante y presente. Y los castillos fueron fortalezas en servicio. Y las iglesias y conventos, centros de cruzada y ascetismo creador.

Hay una España que piensa que basta con que los pintores vuelvan a pintar como Velázquez, que vuelvan a sonar las campanas de los conventos, que se llenen de soldados las almenas y las salas de los viejos castillos, para que España vuelva a significar lo que, con esas cosas entre otras, significó en los tiempos de Fernando e Isabel.

Hay otra España que cree que hay que cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid. Pero no hay manera de saber cuántas Españas ni cuántas voces están presentes hoy. En algunos muros y en las planas de los periódicos lo único que aparece son algunas retóricas consignas de Falange y algún discurso de ceremonia del Caudillo. Lo que uno siente es que España está como detenida y silenciosa.

En este sol y este aire limpios y claros del Mediterráneo, que cubren las colinas de pinos y las abiertas ensenadas de la Costa Brava, viene como una invitación a la vida y a las empresas de los nuevos tiempos. En el aire viene el ácido e incitante sabor de la libertad, que sopla del lado de Francia.

Nada hay más precioso que la libertad, y el hombre sin ella está como disminuido y mutilado. De esto le hablaba Don Quijote a Sancho, con una voz que todavía es la más clara para entender la conciencia de España.

LA GRACIA DE ITALIA

Italia empieza a labrarse, entre las ásperas rocas de los Alpes Marítimos, como una obra de arte. Obra del paciente, tenaz e inspirado trabajo de continuas generaciones creadoras. El más pequeño paño de tierra está labrado, huertos de frutas y de flores, bosques de olivos, parcelas de legumbres, viñas, vacas, cabras, asoman por todas partes. En cada hondonada hay una aldea. En cada colina se alza la graciosa torre de un *campanile*.

El encanto inveterado de este país, tan viejo, tan grato y tan amoldado al hombre, se hace presente en mil maneras. Hay un gusto de apreciar la vida y de embellecerla que se manifiesta en todo. La más pobre casa tiene sus tiestos de flores y sus coloridos adornos. Tienen un rico y hermoso pasado, pero no están detenidos en su contemplación, sino como familiarizados con él y puestos en la faena del día presente. Están llenos de energía, de inventiva, de alegría vital como un pueblo joven y sediento de fuerza.

Italia ha sido, y continúa siendo, en cierto modo, el más vivo centro de atracción y de expansión de Europa. Todo lo que es cardinalmente europeo ha salido de aquí o ha venido aquí. No sólo es el Cristianismo, el Imperio romano, y el Renacimiento, sino también aquella continua peregrinación que, en todos los tiempos, trajo a Italia los mejores espíritus europeos como para completar el aprendizaje y abrirse a la madurez. Vienen los grandes españoles como Cervantes y Quevedo; los grandes alemanes como Goethe, Nietzsche y Wagner, y los franceses y los ingleses. Aun los que no pudieron

venir materialmente, como Shakespeare, estuvieron haciéndole constantes visitas en espíritu.

Su don ha sido, entre otros, el de añadir a los temas de la vida y del espíritu una gracia serena y alegre. Eso lo mira uno claro con estarse un rato en la vieja Plaza del Duomo de Pisa.

Están allí reunidos, en un breve espacio, la iglesia con su torre, el Baptisterio y el Camposanto, como en un campo simbólico, los monumentos dedicados al nacimiento, a la angustia sobrenatural del vivir y a la muerte. Cuando se alzó esta iglesia, más allá de los Alpes estaban las catedrales góticas, grises, frías, empinadas, sobrecogedoras. Pero los pisanos se acordaron de que en Córdoba, donde todavía duraba el esplendor de la Lumbre de Occidente, se había alzado una mezquita llena de gracia y tomaron de ella la idea de los alegres arcos de fajas blancas y negras, cubrieron las fachadas con filas de menudas arcadas, colocaron en el interior del ábside un mosaico de oro, vasto como un relámpago, y el labrado *campanile* colorido lo dejaron inclinarse, como en la vuelta de una danza.

Junto a las tremendas catedrales góticas, esta iglesia es como una fiesta pintoresca del pueblo. Como es también una fiesta aquel púlpito que labró para el Baptisterio Nicolás Pisano. Las columnas de jaspe de color sostienen, como una corona, las seis caras de la tribuna, en, las que están labradas escenas de la vida de Cristo. Por cada columna que llega al suelo hay otra que se detiene en el lomo de un león. Da la impresión de moverse y danzar como un tiovivo de fuertes colores.

El cementerio también había sido tocado por la gracia, hasta que una bomba de la última guerra terminó aquel espectáculo prodigioso que duraba hacía seis siglos. Se incendiaron las galerías donde estaban los frescos. Se puede todavía ver algo de lo que era aquello en una parte del fresco del *Triunfo de la Muerte*, atribuido a Orcagna, que, restaurado, está en el Museo Nacional. La idea espantable de las danzas de la muerte está allí convertida en el encuentro de una alegre partida de caza con tres cadáveres que rodean unos ermitaños. Nada inspira terror en aquel hermoso desfile: los trajes, los tocados, los caballos, los perros, parecen husmear la muerte como si fuera otro ciervo, o, acaso, un unicornio.

El estar en contacto perpetuo con cosas hermosas, pulidas y perfectas da a estos italianos una delicadeza de sensibilidad espontánea. El paisaje es de cipreses y olivos, plantas de fina estructura y contrastados matices. Cualquier colina aparece ennoblecida con los oscuros y esbeltos penachos de los cipreses.

Es, tal vez, el paisaje más civilizado de Europa. Un paisaje que ya era humano y pulido cuando Virgilio lo cantaba. En antiguas églogas y antiguos poemas épicos están estas mismas gentes, estas mismas plantas y casi estos mismos nombres.

De tanta luz, de tanto decorado natural, de tanta vida espontánea, de tanto amor del color y de la forma, tuvo que salir una extraordinaria vocación plástica. El deseo de trasladar, reproducir y conservar la gracia que estaba en los seres vivos verdaderos, que parecía estar hecha, ante todo, de colores y formas gratas al ojo y a la mano. Los técnicos dicen que la vieja puerta de bronce de la Catedral, obra de Bonano Pisano, del siglo XII, pertenece al estilo romano bizantino, pero, cualquiera que vea con más simplicidad, advertirá que es como un armario de deliciosos juguetes que aniñan el espíritu. Y algunos rotos tornos de Juan Pisano, que están en el Museo Nacional, tienen un aire de suelto movimiento que sólo la escultura más realista y anecdótica de épocas posteriores trató de volver a encontrar.

El arte italiano fue muy pronto realista, porque lo importante para los italianos fue la belleza de la vida. Por eso hallaron, antes que nadie, la perspectiva normal, la profundidad de los colores y el oro más puro de la luz.

No hay duda de que éste es un pueblo viejo. Muy viejas piedras, muy viejos nombres y muy viejas cosas salen a cada instante a nuestro paso. Tanto como la *Divina Comedia*, la *Eneida* es para ellos un poema nacional. Sin embargo, no da la impresión de ser un pueblo cansado. El impulso creador está vivo. Tienen, posiblemente, la más interesante arquitectura moderna, el cine más actual y la literatura más sincera de esta Europa. Y, en cierto modo, una habilidad para adaptarse a las nuevas condiciones, que no es tal vez otra cosa sino el don de hallar lo permanente en lo que parece más inesperado. Su preocupación fundamental parece no haber cambiado desde el Renacimiento: la Fama. Y por poco que uno se detenga en lo aparente

halla que el tema político actual de Italia sigue siendo, en lo esencial, la lucha entre los Güelfos y los Gibelinos.

LA CONTEMPLACIÓN DE FLORENCIA

Toda Florencia está como patinada por el tiempo y dorada por la luz. Entre las colinas, cubiertas de finos cipreses y de altos pinos, la ciudad se extiende con sus divagantes calles, sus viejos palacios y sus labradas torres. El Arno limoso, del color de una antigua vitela pulida por las manos de muchas generaciones, no parece moverse.

La vista de la Plaza de la Señoría da bien la medida de Florencia. Hubo que alzar una fortaleza para el gobierno de la urbe turbulenta. Europa estaba llena de castillos y fuertes, probados en largas guerras. Pero Arnolfo de Cambio no quería hacer un buen castillo sino una obra propia, que no se pareciera a ninguna otra, y que levantara, como un pendón, el orgullo de su nombre ante centenares de futuras generaciones. Sobre el cuadrado edificio de piedra ocre, lanzada como una flecha, a pico sobre el camino de ronda, se alza la maravillosa torre que basta para llenar de gracia la mole inmensa.

Enfrente está la *Loggia dei Lanzi*, donde se libra un silencioso y continuo combate de esculturas. Están allí el *David* de Miguel Ángel (en copia), el *Perseo* de Benvenuto Cellini, la *Fuente* de Juan de Boloña. Como si, en su momento, cada uno hubiese entrado para desarrollar ante el silencioso espacio el juego de su fuerza creadora.

Esta ciudad estuvo llena de hombres extraordinarios, en un clima tónico de pugna y de exasperada afirmación de lo personal. La huella de esos combates y de esas pasiones creadoras es la que uno siente salir de esta Florencia que nunca parece enteramente inerte o en reposo.

En una de las primeras salas de la Galería de los *Uffizzi* está un *Crucificado* de Cimabue. Es un Cristo verde, torcido como una rama recién arrancada, tendido en un gesto de flexión de arco. El hombre que hizo eso había olvidado sus maestros y las reglas recibidas del arte de su tiempo, y se entregó ciegamente a la necesidad de crear lo que sólo parecía haber sido

visto por él. Pero lo que Cimabue encuentra en aquella mortal aventura, no le va a bastar a Giotto. Giotto parte a la busca de otras cosas y a la creación total de un nuevo lenguaje plástico. Un lenguaje tan nuevo, tan cabal, tan lleno de posibilidades expresivas que, dentro de él y en su utilización fundamental, va a vivir cinco siglos la pintura occidental.

Estos grandes creadores, que suscitó Florencia, eran hombres solicitados por todas las formas de la vida y del arte. Artistas, poetas, *condottieri*, políticos o filósofos. Como los hombres de aquella extraordinaria familia Médici que, durante más de tres siglos, tuvieron el Gobierno de Florencia y una decisiva influencia en el destino del mundo. Supieron ser comerciantes y grandes príncipes. Eran excelentes expertos en metales, en obras de arte y en hombres de calidad. En buena parte, el Renacimiento fue una empresa privada de esta familia. Todos fueron espléndidos, codiciosos, feos, y apasionados enamorados de la belleza. Uno de los dependientes de su banca se llamó Américo Vespucci. Y uno de sus ingenieros y decoradores se llamó Leonardo da Vinci.

Fue una ciudad agitada por furiosas pasiones y poblada de hombres que sentían la necesidad de afirmar su propia personalidad por sobre las de todos los demás. Hubo poca paz en Florencia en su gran época. Lo que los movía era una especie de voluntad heroica de sobresalir. Nada podía parecerles peor que la mediocridad, el gris pasar, el sometimiento a la regla recibida.

Dante Alighieri, que es uno de los espíritus más universales y más florentinos, las primeras almas que encuentra en el vestíbulo del Infierno, son, precisamente, aquellas «tristes de color» que pasaron por la vida sin infamia y sin lauro (*senza infamia e senza lodo*). Está allí revelado el espíritu que movió esta ciudad. Nada había peor que la anónima mediocridad. La infamia misma, a falta de otra cosa mejor, les llegaba a parecer una forma inferior de la gloria. Una manera indigna de alcanzar la sobrevida de la fama, que era siquiera un modo de llegar a estar entre los grandes condenados infernales, y de salvarse de quedar para la eternidad sin nombre y sin memoria, entre aquellas almas del vestíbulo «tristes de color», a las que nadie recuerda, ni habla, sino que apenas mira desdeñosamente al

pasar. La desesperada conquista de esa fama fue la que provocó ese gran florecimiento de hombres extraordinarios de todos los jaeces y categorías.

A Florencia habría que andarla en muchos días y, acaso, en muchas estaciones. Habría que dedicar algunas cuantas mañanas de primavera a visitar a Botticelli, a Benozzo Gozzoli, para llegar a penetrar en aquella maravillosa fiesta de la Alegoría de los *Uffizzi*, o en aquel esplendoroso desfile del Benozzo en los muros de la capilla del Palacio Médici-Ricardi.

Muchos claros días del comienzo del verano habría que consagrar a la contemplación de Giotto en *Santa Croce*, de los frescos del Massaccio y de los tremendos pedazos de Miguel Ángel: el poderoso canto a la vida y a la muerte, en la tumba de los Médicis, y el sobrehumano David, con su cohorte de abocetados esclavos.

Las primeras y más claras tardes del comienzo del Otoño serían para Leonardo. Se celebra ahora una extensa exposición de sus dibujos y de muchos documentos relacionados con su vida. Allí están el retrato a la sanguina, hecho probablemente en Blois, tres impresionantes rostros de César Borgia, y, entre los papeles, la nota que Ser Piero escribió, al dorso de un libro, para recordar que le había nacido un hijo llamado Leonardo.

Y, sin embargo, todavía nos quedaría que pasar mucho tiempo con Maquiavelo. En alguna de esas salas de la Señoría, desde donde se ve el Arno lamer los redondos arcos del Ponte Vecchio, habría que ir a releer *El Príncipe* y la *Historia de Florencia*. Y acaso también *La Mandragora*.

Para las noches, claras o tenebrosas, nos quedaría todavía Dante. La poderosa cadencia de los versos del antiguo toscano, que basta para llenar de visiones cualquier soledad.

Pero con todo eso, que es el gozo profundo que esta ciudad depara, siente uno que lo que entonces era vida, hoy se ha vuelto un maravilloso espectáculo para la contemplación serena y un tanto melancólica. Es como si hubiera cambiado el clima en que podían vivir las grandes criaturas. Aquí hubo una grande época de creación, llena de vida, de pugna, de pasión, poblada de hombres que parecían crear de la nada y hallar lo que nadie había visto, en medio de una anarquía bullente y de un individualismo titánico. Todo eso ha pasado. Ha pasado hace mucho tiempo. Las increíbles

audacias creadoras de un Brunelleschi, de un Massaccio, de un Miguel Angel, son hoy el aprendido recitativo de cualquier guía.

Lo que era excitante estímulo de crear se ha serenado y convertido en espectáculo. En materia de museo. Pero, para quienes buscan la dulzura de la contemplación, hay pocos espectáculos más hermosos en el mundo.

LA EBRIEDAD DE SIENA

Todo el paisaje toscano parece plásticamente compuesto por una mano maestra. Entre Florencia y Siena, el camino pasa por un extenso conjunto de redondas y suaves colinas. Todo está verde de árboles y de cultivos. Viñedos, huertos frutales, campos de hortalizas, se extienden sobre los combados lomos de la tierra. Los cipreses suben de las colinas al cielo lleno de luminosidad. Yuntas de bueyes blancos arrastran los arados. Grupos de mujeres aporcan la tierra.

Estas son las colinas de Chianti, de cuyas viñas sale el vino jugoso y cálido, que aman los italianos. El otoño ha teñido las hojas de las parras de oro, de bronce, de rojo. Los cipreses y los pinos siguen siendo de verde profundo. Por entre las viñas sobresalen las casas de piedra de los fundos, y las pequeñas aldeas con su gracioso *campanile* de ventanas gemelas. Sobre algunas colinas lejanas, coronadas de cipreses, se levanta la silueta de algún viejo castillo.

Entre las colinas hay pequeñas vegas cultivadas como jardines. Hasta el horizonte el paisaje no cambia. Sólo que, a la distancia, las formas redondas se hacen más azules y borrosas, en una dulce y grata lejanía que recuerda los fondos de Leonardo. Aquellos paisajes esfumados y suaves sobre los que sonríe Mona Lisa.

Apoyada en tres colinas se levanta Siena sobre sus muros ocres. Está enclavada en la paz de los huertos y los campos, como la hoja de una lanza en un tapiz. Hacia el cielo se dispara la alta y graciosa torre del *Mangia*, como un mástil de nave. Es una torre cuadrada, roja de ladrillo marchito y blanca de toques de mármol, que se levanta a más de cien metros, como la

cabeza del orgullo sienés frente al territorio de los etruscos y de los toscanos.

Al pie de esa torre está la Plaza del Campo. En forma de concha marina se abre como un anfiteatro, rodeada de altos y nobles edificios. Era el lugar de las justas, los torneos y los desfiles de la urbe medieval. Todavía, una vez al año, cada barrio sienés manda su equipo en pintorescos trajes del siglo XV a competir a caballo en la tradicional carrera del Palio.

Junto a la torre está la capilla de la Plaza, con sus grandes aros de hierro para atar los caballos, y sus soportes para sostener los estandartes. En el interior están los frescos de Lorenzetti del buen y el mal gobierno, que son como una novela muda de la vida medieval, y, en el salón del mapamundi, los frescos maestros de Simone Martini.

Simone Martini tuvo el secreto de Siena. La alegre fuerza y el colorido movimiento son sus temas. Esto se ve más claro que en la hermosa *Maestá* de la Virgen, en el fresco frontero, que retrata al *condottiere* Güidoriccio da Fogliano en su lucha victoriosa contra el castillo de Montemassi. Entre dos fortalezas extremas, y por medio de una empalizada guerrera, cabalga Güidoriccio vestido de toda gala. Su saya y la larga gualdrapa del caballo son de dorada seda recubierta de segados losanges negros. Las patas del animal avanzan y los extremos de la tela ondulan en un gracioso arabesco. Nada es más grande y hermoso que la figura ecuestre del *condottiere*, sobre un fondo de azul profundo y entre los dos castillos pálidos. La guerra de Güidoriccio era suficientemente eficaz para darle la victoria a Siena agradecida, y tan llena de hermosura como para que Simone Martini hiciera con ella una fiesta de color y de forma que no ha decaído en seiscientos años.

Por alguna calle estrecha y torcida que sale de la Plaza del Campo, se divisa la torre de la Catedral. Es un *campanile* cuadrado, cubierto de fajas horizontales de mármol blanco y negro. Es como un vistoso poste de feria, con su aire acebrado y ligero.

Ese poste de feria anuncia la risueña y agitada alegría del Duomo sienés. Es una iglesia donde todo está dispuesto para dar contento a la vista. Las tres naves y el crucero están también vestidos de piel de cebra.

Las columnas y los arcos interiores están también recubiertos de estrechas fajas blancas y negras. Al caminar por una nave lateral, las columnas estriadas juegan con sus líneas en un movimiento casi de oleaje. Este gusto del arco estriado viene del Duomo de Pisa y de la Mezquita de Córdoba. Giovanni Pisano puso su mano en esta obra. Pero el gusto de decorar, alegrar la piedra y halagar la vista llega en la catedral sienesa a los límites de la irrealidad. Ya no son sólo los juegos infinitos de las columnas acebradas y los dorados reflejos de los frescos del ábside, sino también el pavimento.

El pavimento del Duomo es como una inmensa pieza de pulida laca de Coromandel. Con mármoles blancos, negros, jaspeados y de colores, utilizando, en veces, el grafito como línea de dibujo, han hecho grandes composiciones plásticas en el suelo. Retratos de sibilas, pobladas escenas del antiguo testamento, realizados con una gran riqueza de matices y formas, cubren todo el piso. Es la pasión de la representación plástica y de la decoración llevada a su extremo, que no sólo cubre las bóvedas, los muros y las columnas sino que se extiende sobre el suelo como una riqueza demasiado abundante. Mientras uno contempla el *Paraíso* de Bocafumi, pintado en el ábside, está de pie sobre una *Degollación de los inocentes* plena de color y movimiento, y siente, en la penumbra que lo rodea, caer el reflejo de los vitrales sobre el titilar blanco y negro de las altas columnas.

El más maduro de los *Chiantis* no llegará nunca a producir una sensación semejante de alegre disposición. Es como una tenue ebriedad. Poseído de ella vuelve uno a las empinadas calles, a desfilar o a mirar desfilar las ricas fachadas de los palacios del Renacimiento, y a contemplar, en busca de serenidad y equilibrio, desde algún elevado belvedere, el sosegado paisaje toscano. Entonces suena, como un sedante, la limpia lengua italiana del hombre que nos acompaña, y que, con armoniosas palabras, va poniendo su dedo sobre las lejanas crestas de los castillos, sobre las verdes colinas, sobre los viñedos dorados.

LA NOCHE ROMANA

Roma es como una cebolla arqueológica. Los tres mil años de su historia se superponen en capas sucesivas de monumentos enterrados y visibles. La primitiva urbe de los reyes, la sede del Imperio, la ciudad del Papado medieval, la villa del Renacimiento y del Barroco y el centro de la Italia moderna están yuxtapuestos y mezclados los unos con los otros. No se puede excavar sin hallar un viejo muro o una columna rota. Como el Eneas de la leyenda de su fundación, ella lleva constantemente las reliquias de sus padres sobre el hombro infatigable.

Hay como una latente vida de brasa en esos monumentos de todos los tiempos. Hay una continuidad de los unos a los otros. La pasión engrandecedora de los hombres que han vivido aquí no los ha dejado morir nunca enteramente. En los palacios de los duques del Renacimiento hay mármoles de los edificios imperiales. El Coliseo fue durante siglos una cantera de piedra labrada para construir palacios.

Marco Aurelio cabalga sobre la colina del Capitolio, en su verdoso caballo de bronce, precedido de los dos blancos Dioscuros palafreneros que avanzan hacia el horizonte. Cerca está la montaña de demasiado mármol demasiado blanco del gigantesco monumento a la unidad italiana. Más allá la poderosa columna que conmemora las victorias del emperador Trajano, con su espiral de decios derrotados, está coronada por un San Pedro de bronce. Ni Trajano, ni Pedro, nacieron en Roma, pero la loba siempre tuvo ubres para amamantar a los hermanos enemigos.

Debajo de cualquiera de esas cúpulas, que navegan el abierto cielo de Roma, hay un prodigio para los hombres Pueden ser las reliquias de un santo, los huesos de un mártir, unos frescos de Rafael, o aquella prodigiosa y parva Venus de Cirene, que está vestida de toda la belleza del cuerpo humano.

La Casa de Cola di Dienzo está como apagada cerca del Tíber. El calor de la muchedumbre ya no la rodea. Y el Palacio Venezia, también está apagado y devuelto al sosiego arqueológico. Yo lo vi ardiente y resonante de la muchedumbre que venía a oír a Mussolini. No sabe uno cuál otro viejo palacio va a despertar, o en cuál otro los últimos destellos de la brasa van a apagarse definitivamente.

En ninguna parte como en Roma se recibe esta sensación de la continuidad creadora de la historia humana. Todo lo que ha pasado en el mundo ha pasado aquí. En ningún otro espejo puede el hombre mirar más claramente la remota continuidad de su genio iluminado y de su ciega estupidez. En Roma se siente el rumor del paso de los siglos.

O acaso sea el rumor del agua, que tanto se le parece. El agua, que siempre ha sido imagen del destino humano, fluye en Roma con pródiga presencia. Tritones, Neptunos, Sirenas, alzan los grandes chorros rumorosos de sus fuentes en centenares de plazas. Los turistas van a la gran cascada de la fuente Trevi a arrojar la moneda que, algún día, habrá de traerlos nuevamente a Roma. Ese resonar constante de agua viva acompaña la evocación de los tiempos pasados, viste como de una música de fondo los viejos monumentos, y le da un eco de gracia a la vida activa de la Roma moderna.

Roma es una ciudad llena de movimiento. Millares de pequeños automóviles congestionan sus calles. Por las aceras se desliza el gentío con paso rápido y con alegres gestos. Las tiendas están abarrotadas de luces y de hermosos objetos. El aspecto de la gente es grato y atractivo. Abundan las hermosas romanas, altas, esbeltas, de fluyentes cabelleras y de elástico paso. Se mira a la gente sonreír y hablar con gracia y con gusto.

Reconforta mirar la capacidad de adaptación y de esperanza de este pueblo, que pudiera estar agobiado de pasado o intoxicado de contemplación romántica.

Pero para el hombre que pasa apresuradamente, como yo, y que apenas tiene tiempo de asomarse al espectáculo presente y de remover las memorias, nada es igual al gusto de irse, por una noche de luna, a la colina del Capitolio y mirar golosamente las ruinas del Foro y las del Coliseo, donde la luz de la luna y la de los reflectores se combinan en juegos fantasmales. Es una visión tónica y sugestiva de la que han recibido fuerza los más ambiciosos sueños y que incita, inevitablemente, al divagar y casi a la declamación.

Son muchos los ecos de voces que se reaniman en nuestro subconsciente: «Hay que venir a Roma, dice una voz de poeta, hay que buscarla por todos los caminos. Millones de romeros vienen todos los años

a contemplar el espíritu palpando las huellas de los trofeos de la lucha del hombre con la eternidad. El Papa es el sucesor vivo de Pedro y de Augusto y sigue la lucha, ya vieja de mil años, contra el nuevo emperador rojo. Quien pone el oído en estas piedras tiene que oír los versos güelfos de Dante, y los versos imperiales de Virgilio, su guía: *Tu regere imperio populos*».

Y una voz de historiador: «Aquí está la matriz y el modelo parabólico de la civilización occidental. Desde cada colina hay un distinto punto de vista y un distinto tema para la historia. Una cosa es mirar desde el Monte Sacro de la plebe, y otra desde el Palatino de los quirites, y otra desde el Vaticano, a la sombra del gran cáliz invertido que puso Miguel Angel sobre San Pedro. Éste es el más grande archivo de monumentos y el más rico laboratorio de experiencia humana».

Y hay la voz mundana que añade: «Ésta es la más grande y hermosa ciudad provincial del mundo. No hay nada que hacer por la noche. No hay teatro, no hay grandes recepciones. La vida es monótona y aburrida».

Una calle en zigzag baja rápidamente la cuesta del Coliseo. El trote del caballo que tira del coche puebla la noche de su eco. La luna aclara los oscuros palacios y pule los blancos mármoles de las ruinas. El cochero, que es un viejo romano de habla suave, nos dice que la vida es cara y que han subido mucho los precios de las cosas en los últimos tiempos. Si estuviera más joven pensaría en irse a América. Pasamos por la vía del Tritone, por la Vía Véneto y llegamos a la Porta Pinchiana. El cochero va nombrando los palacios y los monumentos. Hay orgullo en su voz.

Mañana iremos a la Capilla Sixtina, a mirar la Creación del mundo y del hombre y el Juicio Final de Miguel Angel. Una avalancha de titánicas visiones que vuelan en legión sobre las cabezas absortas de los sordos, los ciegos y los mudos que desfilamos, como un río, por entre aquellas cuatro paredes.

LA TIERRA DE FRANCISCO

Esta es la tierra del siervo de Dios llamado Francisco. No hay duda posible. La gracia y la dulzura del ambiente de Asís no podían personificarse en un Papa combatiente, como Julio II, en un enamorado de la suntuosa grandiosidad como León X, en un *condottiere* famoso, como Gatamelata, ni en un santo sabio, como Tomás de Aquino. De aquí tenía que salir aquel ser de tan simple belleza, de tan sobrehumana mansedumbre, de tan inagotable amor.

Entre Asís y San Francisco hay una indisoluble relación. No llega uno a saber si aquel ambiente lo produjo a él, o si él produjo aquel ambiente, pero en todo está presente aquella gracia conmovedora que el santo ha personificado como ningún otro ser.

Asís está sobre un contrafuerte del monte Subasio. Toda la colina está cubierta de edificaciones, los techos, las paredes y las hendiduras de las calles suben como un bosque. Arriba, en lo alto, está la Rocca *Maggiore*, una fortaleza inútil y aniñada, con sus muros leonados y sus redondas torres. A un lado está la basílica franciscana. Por las viejas puertas de la muralla se entra en la población. Todas las calles trepan y se entrecruzan en caprichosas combinaciones. A veces la cuesta se convierte en escalera. Las más anchas no pasan de menudas callejas. Las más angostas son aquellos *vicoli* donde el camello de la parábola evangélica podría pasar a duras penas. Las lindas casas de piedra se escalonan las unas sobre las otras. Cualquier rellano se convierte en breve jardín. Las menudas tiendas ofrecen bordados, loza y objetos religiosos. La loza está hecha en mil variados objetos de los más alegres colores. Predominan el rojo, el verde y el azul. Todos son objetos delicados y frágiles.

Desde la plaza de la basílica, o desde cualquier calle, se puede contemplar el ancho y apacible paisaje de Umbría. Una llamada verde y luminosa, cortada por siembras, caminos y casales. A lo lejos, sobre los otros montes que cierran el ancho campo, están las torres de Perugia; cerca, abajo, está la cúpula de Santa María de los Ángeles. Es un paisaje de una gran profundidad y muy suavemente ligado. Los montes se disuelven quietamente en la llanura, las casas y las arboledas están puestas donde no rompen la tersura del campo. Todo está cubierto de vegetación y de trabajo. Los cuadros de la siembra se suceden por entre los pinos parasoles y los

cipreses. Todo está hecho de azul y de verde dorado, como con colores nuevos de tabla primitiva.

En quien contempla se forma espontáneamente un sentimiento de contemplación tranquila con la belleza de las cosas. Un sentimiento de proximidad a todas aquellas cosas que nos deparan el don de la paz y el tranquilo gozo de la contemplación. Un sentimiento que nunca logrará encontrar expresión más cabal que la del Himno al Sol, que San Francisco compuso en el jardincillo del convento: «Loado seas tú, mi Señor, por el señor hermano Sol». Y por todas las criaturas. Y por la hermana agua.

En la Iglesia superior de la Basílica están los veintiocho frescos de Giotto y sus discípulos que pintan los principales hechos de la vida y de la muerte del Santo. Es una prodigiosa creación plástica, llena de fuerza dramática. Acentúa el contenido trágico y la significación sobrenatural, pero sin casi revelar la ternura humana de Francisco. Algo de ella asoma en la escena de la predicación a los pájaros. Giotto pintaba esas escenas cerca de setenta años después de la muerte de Francisco, en los muros de una gran basílica, imbuido de ideas litúrgicas. Más cerca del Francisco verdadero siente uno que están aquellas tablas primitivas, algunas atribuidas al Berlinghieri, donde, en medio de esquemáticas escenas de su vida, se alarga bizantinamente la figura cubierta del hábito ocre, con un rostro barbudo y demacrado, donde los ojos parecen no mirar, llenos de segura paz.

Francisco era pequeño. A la entrada de la iglesia inferior, en una capilla, está, entre otras reliquias, su sayal. Un sayal gris oscuro, desteñido a trechos y cubierto de remiendos. La suma pobreza de la tela y el mucho uso le han dado una rica calidad como de desvaída tapicería. Es un vestido lleno de humanidad, como sólo llegan a serlo las ropas de los muy pobres.

Piensa uno que aquel hombre menudo, con aquel sayal y con los pies descalzos, y dentro de aquel breve y recoleto país de Umbría, logró hacerse un sitio en el corazón de los hombres al que nunca ha llegado ninguno de los más grandes emperadores.

«Paz y bien» era su fórmula. Dos palabras que suenan con extraordinaria justeza en este ambiente de Asís. Dos palabras que están en la puerta de las más de las casas y que adquieren su más adecuado tono en

el lenguaje lento, mesurado y manso de las gentes que habitan estas pequeñas y hermosas casas de la colina del Subasio.

Al otro extremo de la villa está el templo de Santa Clara. Una nave cuadrada, sostenida por vastos arbotantes circulares, abiertos como las patas de un enorme insecto. Cuando no suenan las campanas de la basílica, suenan las de Santa Clara, o sube desde abajo el rumor de las de la Porciúncula. Son unas campanas claras y parsimoniosas que hacen volar a las palomas que están sobre las torres.

De las *trattorias* salen las mujeres apresuradas con las vituallas en el cesto, del que sobresale el cuello de una botella de vino. Bajan o suben por una callejuela empinada. Se meten por alguna puerta gótica, bajo un balcón con plantas. Una losa florida dice sobre el dintel «*Paz et Bonum*». El sol de la tarde dora las paredes. En el cielo de un azul claro y luminoso asoman las primeras estrellas.

En la noche, con la luna, el pueblo parece ponerse más solo y más alto. Dramáticos muros blancos se alzan sobre el azul nocturno. Desde la cuesta que sube hacia la *Bocea* se mira la fachada de la Iglesia superior. La torre y la fachada parecen de marfil. Las más de las casas están oscuras. Todo está en silencio y en soledad. Detrás de un muro asoman sombrías y largas siluetas de unos cipreses.

Detrás de la iglesia está el convento, donde los frailes menores duermen. Debajo está la iglesia inferior. Y más abajo aún la cripta, donde alguna lámpara arde sin cesar ante la piedra de la tumba de Francisco. Una piedra limpia y lisa como el sayal que conviene para la señora hermana muerte.

LA SERENÍSIMA

Venecia era, en cierto modo, la única ciudad que pertenecía al agua; a una agua quieta y dormida de laguna; y, por lo mismo, a salvo de las premuras, ruidos y ajetreos de la vida terrestre. En el siglo XIX, cuando la descubrieron los románticos, era una ciudad para soñar y hasta para morir. Buena parte de

la filosofía de Nietzsche se incubó en la cabeza de un hombre solitario, acodado a la baranda del Puente Rialto; casi todo el delirio sinfónico de *Tristán e Isolda* se escribió al rumor del chapoteo del agua en los muros de mármol del Palacio Vendramín. Wagner vino a morir a Venecia, y Sergio Diaghilev, compuso su muerte, como un cuadro de *ballet*, en un Palacio del Gran Canal.

Esa Venecia ha sufrido importantes modificaciones. Al melodioso grito de los gondoleros, que resonaba en las húmedas y sombrías galerías de los pequeños canales, ha sucedido el *klaxon* de los numerosos *motoscafi* que cruzan veloces levantando un oleaje continuo. Grandes *vaporetti* hacen la función de autobuses sobre el Gran Canal. Desde la estación del ferrocarril, hasta la plaza de San Marcos, y hasta el Lido. Todo ese ruido de motores y toda esa agitación de agua es ajena y contraria al ser tradicional de esta ciudad única.

Las góndolas tienen que ir ahora adosadas a los bordes del Canal y cada *motoscafo* atareado que pasa las pone a danzar desagradablemente. Pero siguen siendo, a pesar de todo, las mismas góndolas airosas, fúnebres, deslizantes, desde las que hay que ver a Venecia. El movimiento del gondolero, en pie en la popa, sigue teniendo el mismo gracioso gesto de bailarín, y tan pronto como penetran en la red de los pequeños canales, en la profunda soledad de la noche, se siente que navegan en un silencio sobrehumano.

El agua del Gran Canal, durante el día, no ha perdido su calidad del más genuino verde veronés. Es un verde frío y plástico que disuelve con una gracia incomparable, la arquitectura y los colores desvaídos de los palacios venecianos. Los más de estos palacios son de un gótico florido y abizantinado, ejecutado en rosa viejo y en blanco amortiguado. En el agua verde tiemblan las líneas y los matices en un juego callado que no acaba nunca. Frente a los palacios están las altas estacas de amarre, decoradas de vivos colores, que los venecianos llaman *palli*. Cada *palli* pone a culebrear su estría sobre la disolución de matices que cada palacio arroja sobre el agua verde. La góndola negra es la única que sabe pasar, sin romperla, sobre esta fiesta de colores líquidos.

Todos los palacios parecen deshabitados. A veces, en la tarde, alguna luz se enciende, sobre una alta ventana, pero es como la luz de posición de un navío. Ningún ruido humano sale de ellos. No se ve entrar o salir a nadie. Los gondoleros dicen los nombres de las viejas familias históricas a quienes pertenecieron o pertenecen. Son nombres de antiguos Dogos: Foscari, Mocenigo, Lauredano. Ahora, que la primavera está lejos, nadie parece habitarlos.

La luna nueva depara algunas noches prodigiosas para navegar en góndola los pequeños canales. Están solos en la sombra. Algunos reflejos perdidos navegan sobre el agua. El chapoteo isócrono del remo es la única presencia que parece animar aquella soledad sobrecogedora. A ratos, un pequeño puente encorvado pasa sobre nuestras cabezas y una estrecha callejuela se empina para pasar sobre él. No sabe uno la hora que es, ni adónde va. Cuando la luna cambia de posición sabe uno que la calle ha torcido, y las campanadas, que de tiempo en tiempo vuelan en la sombra, anuncian una hora que no importa averiguar. Un frío olor de agua estancada flota sobre la góndola.

Las gentes que pasan por los puentes no hacen ruido. Todos parecen devotos del encanto de la paz nocturna. A veces una rata pasa veloz sobre un quicio de mármol, casi al nivel del agua oscura y quieta. Por alguna ventana, que se abre rápida, alguien arroja desperdicios al canal.

Durante el día está abierto el maravilloso espectáculo de la Plaza de San Marcos, donde la vieja República Veneciana concentró los trofeos de su poderío, en los largos siglos en que fue señora del Mediterráneo oriental. Los pintores cortesanos de entonces la representaban en los platones del Palacio como una rubia y opulenta diosa, sobre cuya cabeza volaban la Virgen y los ángeles, y a cuyas plantas Neptuno ofrecía sumiso todos los tesoros del mar.

En medio de los extensos soportales de mármol, se abre el gran cuadrángulo poblado de palomas, de viandantes y de turistas. A un lado se levanta el *campanile* dominador y, al fondo, bajo sus infladas bóvedas abre San Marcos sus arcos cubiertos de mosaico de oro. Junto a San Marcos, la vasta y graciosa mole rosa y blanca del Palacio de los Dogos, llega hasta la verde extensión de agua de la *Riva dell’Schiavone*.

Los turistas entran en el Palacio de los Dogos a respirar en los vastos salones, en las galerías decoradas, en las grandes superficies cubiertas de pinturas, en la armería y en las prisiones, el testimonio de una grandeza muerta. Allí les muestran la boca del León por donde el Concejo de los Diez recibía las denuncias anónimas, el calabozo del que se escapó el caballero Casanova, y el paño oscuro que cubre el espacio que debió ocupar el retrato de Marino Faliero en el friso de los retratos de los Dogos. Los turistas más literarios recuerdan inevitablemente a Hoffmann y a su *Annunziata*.

Los amantes de encajes, de vidrio de Murano y de obras de mosaico, desfilan inacabablemente por las tiendas repletas de estas frágiles labores. Y los amantes de caballos inmortales, van a extasiarse en los cinco caballos inimitables de esta ciudad del agua. Primero está la cuadriga romana que marcha sobre la fachada de la Catedral de San Marcos. Las finas bestias de bronce, como en un acompasado y sabio ejercicio, levantan una pata delantera, y tuercen ligeramente el elástico y armonioso cuello. Y luego, al salir de un canal, nos desemboca, junto al atrio de la iglesia de San Juan y San Pablo, sobre su alto pedestal, el prodigio de la estatua ecuestre del *Coleone*, hecha por Verrochio. Todo el ritmo de aquella marcha, que desde cada ángulo se reenciende como un himno, está en el aire sosegado de Venecia, sin eco y sin resonancia.

Porque por encima de todas las otras cosas, que se pueden buscar y hallar en ella, Venecia es la ciudad serena. En la antigua etiqueta, en los tiempos de su grandeza política, se le daba el tratamiento de «Serenísima». Ya el poderío ha pasado, pero es ahora cuando más verdaderamente es serenísima. La serenísima ciudad donde los hombres y sus obras han recibido el don de la paz y la belleza del agua.

DEL AZUL AL GRIS

La Costa Azul estaba azul y tibia al rescoldo del sol otoñal. La ininterrumpida fila de graciosas poblaciones, que ondula por el borde de los

breves golfos y los boscosos cabos, estaba abandonada de la agitada muchedumbre de los veranos. En la discreta tranquilidad los viejos, como viejos lagartos, se calentaban al sol en las sillas de los paseos, leyendo distraídamente en los periódicos la crónica del crimen de la señora Chevalier, las últimas acciones guerreras del Viet Nam o de Corea, o la favorable repercusión que la elección de *Ike* ha tenido en los valores de Bolsa. Al fondo de la Plaza de Montecarlo se alzaba también el casino amarillo, como un viejo solitario goloso de sol. Por entre los pinos y las quiebras de los montes asomaban las caprichosas residencias de la gente más rica de Europa, y también de mucha de la más ostentosa y trepadora.

La Costa Azul estaba devuelta, por este tiempo otoñal, a los ricos más viejos y a la pintoresca habla y gesticulación de los nativos. Los grandes hoteles estaban como anclados a media máquina, los más famosos restaurantes estaban cerrados, ninguna bañista de *bikini* alegraba el agua soñolienta de la piscina de Edén Rock y, en el paseo de los ingleses de Niza, había poca gente y prácticamente ningún inglés. Era una oportunidad excepcional para gozar limpiamente de aquel bello pedazo de costa donde el Mediterráneo pone sus mejores y más cálidos azules.

Marsella, atareada y populosa, rompe con vigor aquel aire de suntuoso sanatorio. Tiene muchas chimeneas, muchas sirenas, muchos camiones, muchos fardos, y gente verdadera de puerto verdadero que hablan en todas las lenguas y acentos y con todos los colores. En el viejo puerto, junto al hogar encendido de un asador, se puede saborear la inmemorial y cultísima *bouillabaisse*. Una sopa contemporánea, en sus orígenes y en su significación, de la *Odisea*, donde está resumido, como en un canto, el sentido de la cultura mediterránea. Dieciocho clases de pescados diversos combinan sus sabores en el más armonioso contrapunto. Un caldo grueso y ocre le envuelve y la resume.

Desde Marsella se abre el valle del Ródano hacia el corazón de Francia. Mansas mesetas cultivadas se extienden en inacabable sucesión. A ratos hay una aldea. Ya no es una aldea mediterránea. No es blanca como las de Andalucía, ni colorida como las de Toscana, ni ocre como las de Castilla. Es una aldea en que predominan el gris acero y el verde. En medio del verde de las arboledas y de los cultivos, asoman las paredes de piedra gris clara y

los techos de pizarra oscura con toques de moho. El campanario tiene el más puntudo techo de pizarra, puesto como un casco de guerra. A los mulos y los burros de España, a los bueyes blancos de Italia, han sucedido, como animales de labranza, los grandes y peludos caballos percherones…

Desde Marsella a Aix se está todavía en el paisaje mediterráneo. De Aix hacia el Norte el cielo va atenuando su azul con grises tenues, un imperceptible esfumino toca las lejanías. Se pasa de las tierras del buen rey René a las del duque de Borgoña. En alguna parte se alza Tarascón, donde todo el mundo parece nieto de Tartarín. Como un nudo de lana vieja, en el hilo acerado del Ródano, muestra Aviñón sus murallas y sus torres. El puente de San Benezet tiene una jiba de animal cansado, rota. En el medio del poblado, como una nota más grave y profunda, irrumpen los bastiones del castillo de los Papas.

Más al Norte se entra, definitivamente, en la tierra de las más nobles viñas y del gótico más puro. Cada pueblo tiene una catedral ojival distinta y de perfecta belleza. Su nombre es casi siempre el de un gran vino: Macón, Beaume, Chablis. Los viñedos bajos se extienden por sobre el campo llano en torno a la aldea. Detrás de las gruesas paredes de las bodegas, en la fresca sombra, duermen los caldos vivos en las viejas barricas. Están tan llenos de rojas luces tenues como las rosetas góticas de las catedrales de los pueblos. En alguna calleja empedrada se abre una vetusta hostería. En Chablis o en Vienne. Dentro se hace, con la más admirable perfección, el gran rito de la sabia cocina francesa.

Por la tierra de Borgoña, junto a los tallos de las viñas, andan los negros caracoles con su concha a cuestas. Era necesario tomar aquella bestezuela repugnante, curarla por largo tiempo con sal, cocerla dentro de su propia concha con ajo y mantequilla, para llegar a descubrir todas las posibilidades de sabor que podía ofrecer aquel ser tan poco apetecible. Otro pueblo menos deseoso de gozar de lo suyo nunca hubiera podido llegar a hacer del caracol una gran obra culinaria. Además la cocina francesa, como los vinos, que son también otro gran producto de su vieja cultura, tiene, entre sus ingredientes fundamentales, el pasado. Las salsas, que es la materia donde el cocinero despliega toda su sabiduría para crear matices sápidos, salen de los llamados «fondos» de cocina, que son como maceradas cocciones de

elementos básicos con los que se elaboran las obras maestras del gusto. El «fondo» de cocina es como la solera, inmemorial, de las viejas barricas de roble donde el vino nuevo llega a adquirir la completa nobleza de su nombre.

Entre los caracoles, el vino y las salsas se crea un ambiente de beata llenura. Es el momento en que nacen, o renacen, los *flabiaux*, los antiguos y siempre frescos cuentos *droláticos*, en que, en torno a una historia de amor con picardía, se desenvuelve un risueño engaño. Este pueblo conservador, gozador de la vida con estilo, apegado a la tierra y a lo suyo, ha hecho propios los viejos adagios que proclaman que mientras se ríe y mientras se come no se envejece.

El calor del vino y del buen yantar sigue calentando las mejillas cuando se regresa al aire libre del camino, donde el otoño empieza a soplar su frío viento gris. Algunos montes lejanos ya están blancos de nieve. Los campesinos se atarean para terminar sus labranzas antes de que las heladas lleguen. Hacia el Norte el cielo está opalino y lechoso como si anunciara nieve. Va a oscurecer temprano.

Del curso del Ródano pasamos al curso del Yonne, que se extiende desbordado por los campos. Desbordado, pero apacible y limpio. Ciudades oscuras y friolentas se asoman a sus bordes. La luz amarilla, que sale al través de las ventanas de vidrio de las casas cerradas, anuncia una dulce intimidad interior de buen fuego y buen reposo.

Más tarde, un ancho y difuso resplandor en las nubes bajas, anunciará la presencia de París.

EL FARO DE LA TORRE EIFFEL

Hace veinte años yo era muy joven y vivía en París. Estaba entregado a esa ciudad como con una fascinación mágica. Su color, su olor, las formas de su vida, me parecían el solo color, el solo olor y las únicas formas de vida apetecibles y dignas de un hombre verdaderamente culto. A veces me ocurría soñar que me había marchado, y me despertaba, en mitad de la

noche, con el sobresalto de una pesadilla. Cuando salía a algún corto viaje, el regreso me parecía una maravillosa fiesta.

Algo de esa emoción, pero ya muy atenuada, tamizada y distinta, trata de revivir en mí en este momento del regreso y del reencuentro. Voy reconociendo los sitios, los colores y las formas. La *Porte d'Italie* está llena de su turbia muchedumbre. El cielo gris y bajo se pone tenue y monótonamente sobre las paredes grises y los techos de pizarra. Entre las arboledas oscuras de los *boulevards* los faroles encendidos parecen de oro.

Atravesamos algunas anchas plazas y desembocamos en una avenida húmeda, arbolada y pizarrosa. Por las aceras desfilan gentes borrosas, con algo de neblina, metidas en oscuros gabanes. En una esquina está iluminada la terraza de un café: «La Closserie des Lilas», el viejo café de los poetas simbolistas. Ya estamos en el *Boulevard Montparnasse*. Más allá se abren encendidas las anchas terrazas del «Dome» y «La Coupole». Dos cafés literarios posteriores, de gran renombre en los años de la primera postguerra. Buena parte de la revolución surrealista se fraguó en sus viejas sillas de mimbre y en sus redondas mesas de mármol. En algunas de ellas hicimos por largo tiempo tertulia Miguel Angel Asturias, Rafael Alberti, Alejo Carpentier, Luis Cardoza y Aragón y aquel gigante, pueril y gracioso, que se llamaba Max Jiménez. Ahora, a nuestro paso, la terraza se borra como un resplandor. Gente moza, desmelenada y febril, sigue poblando sus mesas, con otras palabras, con otras ambiciones, con otras angustias, que acaso, en el fondo, no sean distintas a las que a nosotros nos conmovían entonces.

Más allá está la estrecha fachada del Café de «La Consigne», donde, por los años de Primo de Rivera, Ramón Gómez de la Serna trató de establecer una especie de Pombo desterrado. Allí nos reuníamos con Ramón, las noches de los sábados, gentes de muy variado carácter y tendencia. Iban los italianos antípodas Massimo Bontempelli y Pitigrilli, que, entonces, estaba en lo más verde de su escandaloso renombre. Iban los surrealistas Buñuel y Dalí. No faltaba Jean Cassou, con sus gruesas gafas de miope. Y entre los hispanoamericanos restallaba la gruesa risa optimista del vizconde de Lascano Tegui, siempre ducho en buen humor y en buenos platos.

Cortamos luego el Boulevard Saint Michel, poblado de estudiantes, oloroso a Sorbona, a librería y a cerveza barata. Mucha juventud flaca y mucha barba estrafalaria se mira en sus aceras. Llenas de no atareada gente. Las iluminadas vitrinas de las librerías, de los vendedores de cuadros y de los comerciantes de *bric-á-brac* se suceden ininterrumpidamente.

Frente a la torre románica de *Saint Germain des Prés* están iluminados otros viejos cafés literarios, reanimados ahora por la curiosidad en torno a los existencialistas: el Café de Flora, Les Deux Magots, la antigua cervecería Lipp.

En un recodo de bruma recorta su silueta oscura el domo de los Inválidos y alza sus rayas tenues la torre Eiffel. El luminoso puente de Alejandro III se abre sobre el Sena oscuro y bajo. Los anchos espacios llenos de luces, fuentes, árboles y movimiento de la ribera derecha ponen en su punto la inagotable *kermesse* de la tarde de París. Desde la plaza de la Concordia hasta el Arco de la Estrella cuelgan las largas guirnaldas de faroles. Los cines y las tiendas de lujo de los Campos Elíseos derraman la miel de su luz sobre la muchedumbre que llena las anchas aceras. Los gruesos postes multicolores de fijar carteles están llenos de invitaciones para la vida nocturna. El Empire anuncia el ballet del marqués de Cuevas, con Roselia Hightower en *Petruchka*; la ópera ofrece *Juana en la hoguera*, de Claudel, con música de Honegger; el Folies Bergére promete la más libertina de las revistas; en el ABC, Patachou sentimentaliza con el viejo aire de *Mon homme*; en el Teatro Francés dan el *Don Juan*, de Moliere, con María Casares en Doña Elvira; y los nombres de cien comedias bufas incitan a la risa fácil.

Todos esos espectáculos de teatros, de *cabarets*; todos esos restaurantes, con sus largas listas de vinos y sus complicadas especialidades, son como los mil apartes en que se fragmenta el gran espectáculo que es París.

El frío y oscuro otoño hace de la calle un mero lugar de tránsito, donde cada puerta iluminada se abre como una tentación para el cálido regodeo. Entre la gente que marcha por la calle van muchas parejas de enamorados. Se besan y acarician sin mirar a los que pasan, y casi sin que los que pasan los miren. Pero, sin embargo, todos tienen cierto aire de furtivo o pasajero

encuentro, como si un azar favorable los hubiera reunido y pudiera separarlos en el mismo instante.

El tránsito se detiene en una esquina. Hay dos chóferes que se injurian a gritos, rojos de ira. En la voz gruesa y el cantado sonsonete del *parigot* crepitan los más pintorescos insultos. La gente sonríe mirándolos. Saben que no pasará nada, que esas explosiones verbales son como otro fuego de artificio que anima la fiesta de la gran urbe.

He llegado de nuevo. Hasta la habitación tranquila en que estoy, sube la trepidación de la calle como un ruido de fondo, que incita a pensar y a imaginar. Por la ventana se mira en el cielo nocturno girar el haz de luz del faro de la torre Eiffel. Un faro que acaso simboliza el poder de atracción y de llamada que esta ciudad ha ejercido durante siglos sobre todos los hijos de la civilización occidental. Una ciudad que llama poderosamente a los que han buscado la vida como espectáculo para ser disfrutado y como cosecha para ser recogida. Y también a no pocos de los que necesitaban encontrarse a sí mismos y realizarse, aunque fuera para huir de ella después como de una abominación.

LA FASCINACIÓN DE PARÍS

La primera y más viva impresión que produce el reencuentro con París es la de la inmutabilidad. Parece que en veinte años nada hubiera cambiado. En el resto de Europa han ocurrido guerras, revoluciones, tremendas sacudidas sociales y económicas; muchas ciudades han cambiado su fisonomía y su carácter; las gentes que ocupaban el primer plano de la atención han desaparecido o han dejado su lugar a otros. En París se tiene la impresión de que nada de esto hubiera ocurrido.

La fisonomía material de la ciudad no ha cambiado nada. Las mismas calles, las mismas tiendas, los mismos espectáculos. Le parece a uno que las gentes de las terrazas de los cafés no sólo son las mismas, sino que siguen hablando de las mismas cosas de hace veinte años. Hay como una extraordinaria permanencia de los temas, del tono y de los valores.

París es una ciudad cuya devoción esencial es el lujo. La plaza Vendôme y sus alrededores son, en cierto modo, la Meca de esa devoción. El esfuerzo de crear gira sobre todo en torno a las cosas costosas, superfluas y frágiles. Los joyeros, en cada estación, hacen nuevas y más graciosas combinaciones de metales, diamantes, rubíes y esmeraldas. Los modistos se ingenian para hacer inagotables las variaciones de forma y de tamaño del traje femenino, los peluqueros inventan peinados y los perfumistas hacen increíbles combinaciones de esencias para que las mujeres elegantes sientan como si se les hubiera creado una nueva atmósfera.

En esa concepción entran también la pintura, los muebles y la literatura. En una época, hace tal vez veinte años, era elegante colgar un Delacroix o a lo sumo un Sisley, tener un mobiliario de divanes y cojines, algunos volúmenes de Anatole France, Verlaine y algo de Paúl Morand; hoy, la pintura postimpresionista está en el colmo de la elegancia: con un traje de Dior y un Cadillac, nada va mejor que un Van Gogh o, por lo menos, un Modigliani, y, entre los libros, algo de Antonin Artaud y algo de Sartre.

El tema aparente de París es el amor. Las nuevas canciones se parecen extraordinariamente a las viejas canciones, porque casi con las mismas palabras, sobre casi la misma música asordinada y corta, se habla de un amor muy matizado de deseo físico o de despecho. *Parle-moi d'amour*, de Lucienne Boyer, de hace veinte años; *Mon homme*, de Mistinguett, de hace treinta; *La vie en rose*, de Piaff, de hace diez, o *Le mal de París*, de Patachou, de hoy, no son tal vez sino la misma canción.

Las cien salas de comedia de París siguen representando el inagotable conflicto cómico del triángulo de la mujer, el marido y el amante. No hay pieza graciosa sin un cornudo. La desgracia del cornudo parece mover espontáneamente a risa. Y también, fatalmente, a uno le parece que la última comedia de los teatros de *Boulevard* es la misma que hace cuarenta años hubiera podido estrenar Robert de Flers.

Esa intemporalidad o permanencia de los temas y de los valores de la vida de relación se acentúa aún más con la permanencia de los nombres. La gente de hoy sigue yendo a comer *patisería* y pequeñas *madeleines* a la casa Rebattet, que era la misma donde la madre de Marcel Proust compraba las golosinas para su hijo.

La gente de teatro es la misma de hace veinte años: Gaby Morlay, Víctor Franzen, Fresnay, Elvire Popesco, Mary Marquet, Ivonne Printemps, Valentine Tessier, Sacha Guitry, Yonnel, siguen siendo máximas estrellas. Henry Bernstein sigue estrenando su comedia anual. Con Sacha Guitry no se sabe nunca si es estreno o reprise.

Los nombres de los escritores y artistas también, en lo esencial, son los mismos: Claudel, Colette, Mauriac, Maurois. Da la impresión de que Eluard, que acaba de morir a los sesenta años, era uno de los más jóvenes poetas.

Antes de la última guerra, el panfletista León Daudet, para destacar la gerontocracia y la gerontofilia de Francia, explicó, con sarcástico humor, que «los hombres de ochenta años estaban gobernando a Francia, porque los de noventa ya se habían muerto».

Sería vano preguntarse si esa permanencia o invariabilidad es el efecto de una perpetua juventud o de una conservada vejez que casi se convierte en inmortalidad. En los procesos humanos no hay juventud perpetua ni vejez detenida.

Lo más seguro es que sea otra cosa. Tal vez un estado de espíritu y un estilo de vida peculiares que las circunstancias históricas han creado de un modo ejemplar en esta ciudad.

Hace veinte años, un alemán que parecía querer reconciliarse, Ferdinand Sieburg, escribió un libro que fue muy leído y comentado. En alemán se llamaba *Dios en Francia*, y en francés lo titularon *¿Es Dios francés? Lo* básico del pensamiento de Sieburg consistía en afirmar que Francia no era un país, sino más bien una religión, es decir, un conjunto de valores y explicaciones del mundo y de la vida, que podían ser recibidos y aceptados por cualquier hombre de cualquier parte.

Eso sería, tal vez, lo que desde el siglo XVII se llama el *esprit* francés. Un complicado, sutil y estricto juego, que puede ser aprendido y asimilado por un catecúmeno, pero que no admite infracción ni variante. Esta es precisamente la característica que Francia más ha querido destacar: la del país donde predomina la razón, es decir, la inteligencia en su más límpido y matemático ejercicio.

Ese juego de la inteligencia, que lanza al aire los platos más frágiles, para recogerlos sin que se rompa uno, en un malabarismo de perfecta ejecución, llega a veces a apartarse de la vida y a convertirse precisamente en mero juego. Que ha sido siempre el riesgo y el mal del espíritu francés.

Un riesgo y un mal que es igualmente propio de las religiones y de los juegos. Por eso, este París, tan poco variable, no puede ser recibido sino como un juego sutil, fascinador y complicado, que puede absorber la vida entera de un hombre, o como una religión revelada, que merece el sacrificio de todo lo que hasta el momento de su revelación se tenía por objeto de la vida.

AYER Y HOY

Por debajo del aspecto exterior de la permanencia, que París ofrece como espectáculo, se advierte que no pocas cosas han cambiado. En la primera postguerra había como una alegría de vivir que reflejaba un sentimiento optimista del futuro. Hoy la gente parece llena de cansancio y de desesperanza. Se vive al día y como sin confianza en el mañana. Se sabe que el destino de Europa y de los europeos, en gran parte, se va a decidir fuera de Europa.

He ido a visitar a un viejo y admirado amigo, a quien no había vuelto a ver desde hace dieciocho años. Es uno de los mayores escritores de Francia, crítico excelente, hombre de muy vasta cultura universal, defensor decidido de la justicia y de la libertad. Hablamos en su despacho, lleno de luz, que se abre como un faro sobre el París que empieza a oscurecer. De las paredes cuelgan un Braque, un Juan Gris, un Picasso. Sobre la mesa hay muchos libros nuevos.

Lo que me dice tiene un tono pesimista:

—Ya esto no es lo que usted conoció. Europa, en general, ha dejado de ser lo que era. Ahora hay un gran cansancio y muy pocas ilusiones. Hay un hecho revelador que no escapará a su observación. No existe vanguardia. No hay un movimiento creador donde esté el entusiasmo de lo mejor de la

juventud. Nada que sea el equivalente del surrealismo de los años de veinte. El surrealismo era un movimiento creador que daba la impresión de estar descubriendo grandes inmensidades. Mantenía, además, la consigna de aliar la avanzada literaria con la avanzada política. Eran revolucionarios en arte y en política. Hoy no queda nada de eso. El comunismo y el arte *pompier* han llegado a ser una misma cosa.

—Hoy no hay vanguardia literaria. Vea usted el existencialismo. Es una forma negativa y degenerada del realismo más pobre. Sartre, que es sin duda un escritor de gran talento, pero a quien nadie puede seguir sino al suicidio, acaba de consagrar un vasto estudio-prefacio de más de quinientas páginas a la obra de Jean Genet. ¿Y sabe usted quién es Genet, a quien ahora quieren transformar en una especie de figura mística del existencialismo? Un degenerado que a los siete años cometió su primer robo, que nunca ha sido sino un homosexual notorio y que se vanagloria de mentir, engañar y traicionar. Ahora Sartre lo ha elevado a símbolo y lo proclama «San Genet, comediante y mártir». ¿Se puede considerar eso como vanguardia literaria, como avanzada heroica que abre nuevos caminos?

—En las artes plásticas, la situación es un poco distinta. Hay una mayor actividad y un mayor brillo. En este momento están en París los más de los hombres en cuyas manos está el destino de las artes plásticas. Pero tampoco hay que llamarse a engaño. Los mayores creadores de hoy, los que parecen más dotados de vitalidad transformadora, son gentes de ayer: Picasso, Braque, Juan Miró, Rouault, Matisse. Vea usted ese Juan Gris que está en esa pared. Allí está toda la pintura abstracta, hecha hace treinta años, y con un don de creación y de descubrimiento que hoy no tiene nadie. Hoy hay ricos herederos, buenos glosadores, pero pocos descubridores. No se olvide usted que en 1914 eran los jóvenes los que estaban creando nuevas formas de arte: Picasso, Stravinsky, Apollinaire, eran muy jóvenes y estaban en rebelión y repudio contra la herencia del pasado, creando un nuevo lenguaje para la realización del hombre.

Con esta visión pesimista de un hombre extraordinariamente inteligente y enterado, que siempre se ha puesto al lado de las causas más generosas y más humanas, salgo de nuevo a la iluminada noche de París. Un viento frío

que anuncia el invierno barre las riberas del Sena. Lujosos automóviles desfilan. Los cafés están llenos de luces. Elegantes mujeres envueltas en suntuosas pieles atraviesan la calle. Me paro ante la vitrina de una librería. Libros de lujo y libros recientes muestran sus atractivas portadas. Hay muchas traducciones de novelas americanas. Hay una novela reciente de Beatriz Beck, que los críticos señalan como posible candidata al Premio Goncourt. Numerosas ediciones de obras de Mauriac celebran el Premio Nobel. Está *L'homme révolté*, de Camus, que es un diagnóstico de nuestro tiempo, junto a *Las voces del silencio*, de Malraux, que es una tentativa de reinterpretación del sentido de la pintura. Numerosas novelas y memorias y biografías. El *Saint-Genet*, de Sartre, junto al muy ilustrado *Napoleón*, de la casa Larousse.

Con mis compañeros venezolanos hemos ido a comer a un restaurante de gran fama, en el recinto del viejo Palais Royal. Recordamos que aquellas arcadas de piedra gris y aquellos patios vastos fueron el centro de la vida política, artística y mundana del París que conocieron Bolívar y Miranda. Allí estaban los más conocidos cafés, las más lujosas tiendas y las más hermosas cortesanas.

El gran salón rojo y dorado, decorado de espejos, del restaurante, tiene poca gente. En una mesa de esquina está solo un hombre delgado, canoso, de agudo perfil y ojos cercanos, redondos e inquietos. Tardamos poco en reconocerlo: es Jean Cocteau, el fabuloso y eterno «niño terrible» de la literatura francesa. Llegó en un momento a personificar más que nadie el espíritu y el estilo de la época de la vanguardia de la primera postguerra. Los tiempos del ballet *russe*, del *boeuf sur le toit* y del cubismo. Al rato llega un hombre bajo, de cara redonda, gruesos lentes, ojos extraviados y aspecto de pequeño funcionario. Es Jean-Paul Sartre. Viene acompañado de una rubia demasiado llamativa y un poco pesada. Se sientan con Cocteau, que parecía esperarlos. Entre los dos encarnan los últimos treinta años de la literatura francesa. Casi físicamente reflejan las diferencias de tiempo, de sentido y de estilo. Hay una cosa seca, insistente y agresiva en la manera como Sartre habla y gesticula. La mujer los oye hablar absorta, con un aire que quiere ser inteligente. Alguien me dice que ella hace un pequeño papel en la película sacada de *La prostituta respetuosa*.

Entra el actor Jean Marais, con aire juvenil, deportivo y alegre. Besa a Cocteau en las dos mejillas y se sienta a su lado con sumisa fidelidad. Por largo rato, él y la mujer oyen hablar pasivamente.

EL TURISTA DE LAS CINCO DE LA TARDE

Una de las varias hermosas leyendas sobre la fundación mítica y desconocida de París dice que vinieron a poblarla los descendientes de Franción, nieto de Príamo e hijo de Héctor, trayendo los tesoros que pudieron salvar del incendio de Troya. La veracidad de esta leyenda es muy poco probable; pero, en cambio, su sentido histórico es extraordinariamente cierto. Con las reliquias más o menos brillantes o válidas de sus Troyas han venido a París, desde los más remotos tiempos, gentes de toda Europa y aun de otros mundos más lejanos. Normandos, romanos, celtas, germanos, españoles, orientales, escoceses, húngaros, suecos, judíos, napolitanos, vinieron a traer su pensamiento y a buscar sabiduría y confrontación. París llegó a ser pronto la más clara y asequible síntesis de la vida civilizada de Occidente.

En la orilla izquierda del Sena se reunieron los escolares, los vagabundos, los poetas y la gente que vive de su imaginación y de su sensibilidad. En la ribera derecha, las tiendas de los mercaderes, los palacios de los ricos, el negocio, el lujo y la cortesía. En la isla encallada en medio del Sena, con su proa de barco, los poderes espirituales y temporales de la ciudad; las torres de la iglesia, los muros del Palacio y las salas de los jueces. Del Sur vinieron el Derecho romano, el arco y la bóveda; del Norte, las canciones de gesta, la flecha gótica y el florilegio de los vitrales.

Buena parte de su encanto está en la abundancia y variedad de lo humano. En cómo el color, el olor y el ruido de lo humano se multiplican en su variado y tortuoso recinto. Los trajes, las maneras, el color y el lenguaje de las gentes cambian extraordinariamente con la zona. Si todo París no fuera sino la plaza Vendôme, la Concordia y la Estrella, sería una insípida urbe de lujo, poblada de una humanidad falsificada y transeúnte donde los

olores serían de perfumero, los drapeados de modisto, y las formas y pisadas de las mujeres, un perpetuo *ballet* de modelos. Y si no tuviera sino la llamada «zona», Saint Ouen, los abigarrados *boulevards* exteriores, sería como una villa polaca de la Edad Media. Pero lo uno y lo otro se combinan para darle su tono propio, que reparte por igual los matices de la belleza y el interés humano entre los seres que toman el té en los salones del Ritz y los *clochards*, vestidos de los más humanizados y vivos trapos, que salen de debajo de los puentes del Sena con una barba de meses y un francés de los tiempos de Rabelais y Villon, policromado de viejas tintas y de nuevos brillos, como un vitral.

Hay calles donde no se habla sino *ídisch* y *bistrós*, donde no van sino árabes. Hay barrios, como el del Mercado, que tienen la abundancia y el color de Rubens. Grandes colgaduras de reses descuartizadas, patas de cerdo, lenguas de ternera, plumas de pato, quesos derretidos y malolientes y gruesos tenderos de anchas espaldas y congestionadas caras. Los zuecos de madera chapotean entre los charcos de la calle, y las mujeres son de una voluminosa abundancia de carne violácea.

Muchas formas de vida, que parecen anacrónicas e inconciliables, conviven en París. Hay la alta burguesía que pintaba Paúl Bourget y los delicados insectos sociales que coleccionaba Marcel Proust. Hay la pequeña clase media, que Balzac olfateaba con delectación en la pensión de *madame* Vauquer, con toda su elaborada etiqueta de la privación y del apetito. Hay varias Cortes de los Milagros, que no inventó Víctor Hugo, pobladas de ladrones, prostitutas, alcahuetes, mendigos y picaros de toda clase y origen, y hay los «horribles trabajadores», hijos de Rimbaud y Lautréamont, que se cultivan las falsas verrugas en el rostro y que viven en paciente y ordenado desarreglo de todos los sentidos.

Pero toda esa variedad no es superpuesta o azarienta, sino que está arraigada en el suelo de las dos riberas y nace del clima gris, húmedo y voluptuoso de París. Por eso París es como un mundo completo, propio y ajeno a lo que le rodea. Se puede ser de París o de alguna de las formas de París, sin ser de ninguna nación. Pueden pertenecerle, darle carácter y contribuir a su sabor y a su estilo gentes de todas partes, gitanos, finlandeses, croatas, eslavos. Hay cierta Rusia que ya no está en Rusia, sino

en la calle Daru, lo mismo que cierta Italia, que cierta España, que ciertos Estados Unidos. Picasso y Juan Miró vinieron de España; Chagall y Kandinsky, de Rusia; Modigliani y Chirico, de Italia; Foujita, del Japón; Tristán Tzara, de Suiza; Lautréamont, del Uruguay; Chopin, de Polonia; Moréas, de Grecia; Reinaldo Hahn, de Caracas. Pero todos ellos son, sin duda, de París.

Esa manera de ser, de entender, de sentir, en el lujo o en la miseria, en la virtud o en el vicio; en verso de Racine o en prosa de Sartre; en música de Rameau o Debussy o en acordeón popular, constituye lo más reconocible y permanente del espíritu de París. Algo a lo que los hombres pueden habituarse y adaptarse con absoluta dedicación. Y que, aun para los más refractarios, constituye uno de los espectáculos más ricos de la Humanidad.

La gente que se da a París no sólo lo sienten como el centro del mundo, sino, además, como si todo el mundo válido estuviera resumido y puesto en él. El África, la Escandinavia y el Asia que les importa, y en la forma que les importa, las encuentran adaptadas, maceradas y acondicionadas a su gusto entre aquellas calles grises y bajo aquel cielo mohíno. No sólo sienten que han recibido todo lo más deseable para él hombre en su mejor forma, sino que, además, sienten la ilusión de no haber renunciado a nada.

Una ilusión que el mundo de hoy hace difícilmente sostenible para todo aquel que logra escapar de aquella fascinación vieja y poderosa para regresar a las profundas solicitaciones de otras tierras y otras horas del hombre distintas y llenas de otra poesía y otra verdad.

Pero el turista que a las cinco de la tarde baja por entre las guirnaldas de luces de los Campos Elíseos, entre las distantes y turbias claridades del Arco y del Obelisco, no puede tener ojos sino para absorber golosamente aquella belleza equilibrada, aquella gracia mesurada, aquel vistoso desplazamiento, aquella invitación a gozar de los más refinados dones de la vida pasiva que París preserva y hace sobrevivir como por un milagro.

EL REGRESO A AMÉRICA

Ya el otoño toca a su fin. Nieves y fríos vientos boreales caen sobre París, trayendo el invierno. Hemos abandonado el suelo del continente europeo en las primeras horas de la noche. El vasto avión iluminado se desliza en una zona quieta del aire nocturno. La *stewardess* pasa ofreciendo *cock-tails*. Por la ventanilla se divisa, en la oscuridad, el titilar de una estrella. El momento es propicio para arrellanarse en el sillón profundo y abandonarse al libre juego de las reflexiones y de los recuerdos.

Entre los pinos, los cipreses y los castaños ateridos de los montes y de las avenidas, las ciudades de Europa deben brillar en la noche como ascuas. Humo de cocinas y de calderas se mezcla con la niebla que ha quedado abajo. Nosotros, por el cielo nocturno, vamos buscando a América para el regreso.

El periplo ha sido breve y rico, como el concentrado caldo de una viña noble. En la mente, el espectáculo de aquellas ciudades europeas se compone y se descompone como un tapiz vivo o como uno de aquellos *collages* de los cubistas. Una calle de Granada, un portal de Medinaceli, una colina con cipreses de Toscana, una fuente de Roma, un cabo de la Costa Azul, la aguja pizarrosa de una iglesia de Francia. Y gentes, rostros de gentes, gestos humanos, voces cantarinas o cortantes y palabras de varias lenguas, que se combinan y levantan como transmitiendo muchos mensajes.

Los viejos museos, los viejos palacios, las viejas calles, los viejos guisos, los viejos vinos, componen como una rica y variada sinfonía de halago de los sentidos y estímulo del pensamiento. Todo ese rico cúmulo de usos, artes, modales y formas, que es lo que llamamos la civilización de Europa, y que, en su conjunto, variado y matizado de país en país y de región en región, puede colmar de inagotable delicia al ser que está en capacidad mental y material de disfrutarlo. Ese cúmulo de cosas para la fruición, para la contemplación, para el solaz, para el regodeo, para el afinamiento de la sensibilidad y del gusto, es para ser disfrutado plenamente por catadores, conocedores, eruditos, glosadores. Gentes que, en una o muchas formas, han dejado la vida como acción o como creación para entregarse voluptuosamente a la vida como espectáculo.

Esta sensación es especialmente cierta para la gente de América. Hace cincuenta o cien años se la conocía como la reacción de nuestra barbarie

ante la civilización europea. Nos sentíamos primitivos, salvajes, pobres, frente a la culta plenitud de Europa. Aspirábamos a quitarnos el pelo de la dehesa y a asimilar a fondo las reglas del juego para que nadie, ante nuestros hechos y pensamientos, pudiera creer que veníamos de las salvajes soledades americanas. Pensábamos que la civilización era un solo camino del que Europa se hallaba en la meta y nosotros en los ásperos y grotescos comienzos.

Era, en cierto modo, el esfuerzo de hacer nuestro un pasado que sólo nos pertenecía parcialmente. El querer sentirnos herederos de una muy rica y frágil herencia, cuyo cuido e inventario casi no daban tiempo para ocuparse de un mundo americano que, fácilmente, podíamos llegar a sentir como un destierro.

Los grandes sucesos históricos del último medio siglo han hecho hoy más artificial que nunca una posición semejante. Sabemos que no podríamos convertirnos en europeos sino renunciando a las solicitaciones y a las empresas que nos hacen americanos. La condición americana, en lo esencial, es la de tener poca sensibilidad para el pasado. No nos sentimos prisioneros del pasado. Estamos como más libres, sueltos y ágiles para afrontar los requerimientos del presente y del mañana. En el fondo de toda verdadera conciencia europea hay la noción de que el ayer es más importante que el hoy. En el fondo de toda conciencia verdaderamente americana está activa la noción de que el hoy y el mañana son más importantes que el ayer. No tenemos cómo vivir de herencia, sino de faena propia.

Hace cien años, un americano europeizado hubiera podido creer que era un privilegiado que había hallado un atajo para quemar etapas históricas y llegar de un modo directo y súbito a la meta de civilización de la que la vida americana estaba apenas en el comienzo remoto y bárbaro. Sentían que habían escapado milagrosamente a aquellas fatalidades concéntricas, de las que todavía ayer se dolía un espíritu tan culto como el de Alfonso Reyes. Las sumadas fatalidades de haber nacido demasiado tarde, demasiado lejos, en una remota rama de la casa española, de la familia latina, de la gran cultura occidental.

Ya el avión nocturno ha hecho su última escala europea en Shanon, en el borde de Irlanda, en aquella otra isla de John Bull que algunos han llamado el «extremo Occidente». País de disidentes, de rebeldes, de hombres en pugna con lo recibido y muy receptivos al llamado de la tierra americana. Ahora estamos en la fría y penumbrosa soledad de la noche sobre el Atlántico.

La solicitación de lo europeo y la solicitación de lo americano se pueden contraponer en el espíritu. Pero para darse por entero habría que renunciar a una cosa o a la otra. Habría que escoger entre dos caminos que forzosamente tienden a divergir. En una margen del Atlántico está la tierra de historia, la tierra del orgullo del pasado, y en la otra se extiende la tierra de Utopía, de mestizaje, de informe libertad mental, de poderosa esperanza que es fundamentalmente América. No se puede vivir plenamente, a la vez, un destino europeo y un destino americano. Hay que escoger y renunciar, a tiempo, para darse fecundamente a la tarea creadora.

A menos de ser un «dilettante», es decir, un ser neutro que no pertenece a ninguna tierra, a ninguna gente ni a ninguna hora. Un hongo de museo, una polilla de libro, una telaraña de piano. Un ser, en suma, como aquel Bergotte que imaginó Marcel Proust, tan inhumanamente culto y refinado, que vino a morir en una exposición por ir a ver, en el gran paisaje de Delft de Vermeer, un pequeñito pedazo de muro dorado, que era como una joya. Antes de morir vio en el platillo de una balanza su vida entera, y en el otro el pedazo de muro amarillo de Vermeer, y tuvo la impresión de que había dado aquélla por éste.

Entre el rumor de los motores que me alejan del Otoño de Europa y me regresan a América, pasan por mi mente, en el largo duermevela, como visiones, las contradictorias solicitaciones de lo europeo y lo americano, pero siento que estoy, como Ulises, atado al mástil del deber.

UN TURISTA EN EL CERCANO ORIENTE

Para saciar la sed de más de veinte años de ausencia volví al Cercano Oriente, turista degustador de horas y evocaciones, en el rápido viaje que el ajetreo de la vida presente permite. Entré por el Tajo de Lisboa, pasé a las riberas del mar griego, penetré al bazar de Estambul, torné a mirar los halcones de El Cairo y los búfalos del Nilo, y regresé a Occidente por las torres de Italia y las viñas de Francia. Recorrido veloz en el que tocar tierra era tocar historia y despertar visiones. Estas que están aquí son las postales del turista apasionado.

A. U. P.

Caracas, 1955.

LOS PORTUGUESES

Lisboa rodea el ancho y dormido estuario del Tajo con sus casas de colores claros ondulando sobre las colinas. La luz es de una exacta y límpida claridad. Cada cosa está en su tono más cierto y en su forma más pura. El color de la teja, el color del ciprés, las formas doradas y grises de las almenadas torres de los fuertes, la precisa curva de los elevados arcos de los acueductos y de los puentes, el sereno despliegue de las colinas verdes y la profusión de los árboles y de las flores en los parques y en las avenidas, todo está como recién pintado, como recién labrado, como acabado de hacer por la luz.

Es tierra hermosa, llena de paisajes hondos, donde todo está como suavizado y pulido por la mano amorosa del hombre. Se siente una compenetración equilibrada entre el hombre y la tierra. Que es lo que verdaderamente podemos llamar civilización. Porque civilización no es solamente la abundancia de riqueza material y de medios, las muchas máquinas, los muchos dineros o las muchas novedades. Civilización es, sobre todo, esto que han hecho durante siglos los portugueses: darse a su tierra con amor entrañable para embellecerla, perfeccionarla y crear el más hermoso equilibrio entre ellos y ella.

Para percatarse de ello no basta con ver a Lisboa, hay que acercarse también a los pequeños pueblos, a una Salvaterra dos Magos, a un Nazaré, para ver la misma limpieza resplandeciente en todas las cosas. No hay pueblos más limpios y cuidados. Cada casa está como recién pintada, hay flores en tiestos, pequeños jardines y plazas por todas partes. La gente marcha sin apresuramiento, pero sin pereza. No se mira un papel en el suelo, un desperdicio, una suciedad. En el portal de muchas casas y en algunas plazas hay pérgolas cargadas de racimos de uvas maduras sin que nadie se acerque a arrebatar una. En un pueblo de pescadores, como Nazaré, había fiesta popular. La playa estaba cubierta de feriantes con trajes típicos. Los hombres, con sus camisas a cuadros y sus colgantes gorras oscuras, y las mujeres, con sus anchas enaguas floridas y sus coloridos pañuelos atados a la cabeza. Se oían canciones y risas. En apretadas cestas iban las meriendas. Las fondas estaban llenas de comensales, y por las puertas salía un espeso olor de bacalao con cebolla y con papas. En toda aquella vasta muchedumbre en fiesta no se oía un grito de violencia, no se oía una voz de ira, no se encontraba un solo borracho. Todos parecían estar colmados de la simple alegría de mirar su propio pueblo en fiesta, de lucir sus viejos trajes tradicionales, de cantar, de reír, de ser gente de Nazaré.

LA HISTORIA

La historia está presente en todo. El pasado es como otro jardín que cultivan con acucioso amor y gusto. En la ribera del Tajo, en Lisboa, está, como un relicario de piedra dorada, la muy labrada y graciosa Torre de

Belem, en el sitio de donde partió Vasco de Gama. Los recuerdos de Alfonso Henriques y del Maestre de Aviz, fundadores de grandes tiempos del reino, asoman por todas partes. Los antiguos monumentos son mirados con una veneración religiosa. Si uno entra al viejo convento de Tomar, lo llevan a ver las altas naves, el altar redondo donde los templarios venían a orar a caballo, aquel cementerio de mirtos y azulejos que es como un claustro morisco, o aquella ventana manuelina de la sala capitular donde está recargada la piedra de mil torcidos y superpuestos adornos, en los que el globo de los descubrimientos y las cadenas y los cables marinos se tejen en las más complicadas combinaciones. También puede uno ir al convento de Batalha o al vasto monasterio de Alcobaza. Por todas partes mirará en gótico florido o en barroco musical la fe de este pueblo en su historia, que no es otra que la que narra cómo hicieron esta tierra y cómo fueron hechos por ella.

A la entrada del gran templo manuelino del convento de los Jerónimos, a lado y lado, con sus estatuas yacentes, están las tumbas de Vasco de Gama y de Camoens. La gran memoria del navegante y la gran memoria del poeta que cantó al navegante. Los hombres que perfeccionaron una lengua y un destino para una raza. Son como las figuras tutelares de la nacionalidad portuguesa y el compendio del genio de este pueblo sereno y laborioso. Realizar grandes hazañas en el mar tenebroso para sacar a luz las lejanas tierras desconocidas, y después saberlas cantar en versos de una belleza inmarchitable. La historia se hace materia literaria, y las bellas palabras se hacen historia.

LA LENGUA

La lengua que se formó en estos risueños valles, que de espaldas a la llanura castellana se abren al Atlántico, es una lengua dulce, modulada, llena de *úes* tiernas y de *eses* sibilantes, que se habla a boca entreabierta, filtrada por entre los labios, como un vino dulce…

Hay que oír cantar los melodiosos y melancólicos fados en una *adega* popular para sentir todo lo que de acariciadora tiene esta manera de hablar. Es una lengua hecha por un espíritu y por un país muy definidamente

caracterizado. Está a la medida de las colinas lentas, de los dormidos ríos, de las carretas de bueyes, de las ondulantes volutas y entrelazados del estilo manuelino.

Fue una lengua fácil para la poesía lírica. Aun el verso heroico de Camoens canta en tonos líricos. La sacaron de su suelo manso y la extendieron por el mundo, no los poetas, sino los navegantes. Fueron Vasco de Gama, Cabral, Dias, los que la hicieron una lengua universal. Una lengua que parecía hecha para la vida pastoril o para el amor caballeresco se hace la compañera de un imperio y llega a África, a la India, a China, a América.

Pero lo que en ella va al mundo es el eco del estilo de vida, del paisaje y de la vieja civilización tan humana, que han sabido crear de modo tan admirable los portugueses en su tierra.

ESTA ES GRECIA

Grecia es un país de nobles y profundos paisajes. Las altas montañas bajan por onduladas colinas a los valles y a las llanuras que por todas partes desembocan en el mar de azul intenso. El cielo es de una pureza transparente en el que rara vez asoma el vellón de una breve nube. En las colinas y en los valles se alzan finos cipreses, dorados pinos, olivos tocados de tenues pinceladas de plata, y viñedos y campos de trigo. Manadas de cabras y de ovejas pastan en los barbechos.

Hay paisajes semejantes en algunos sitios de Andalucía, de Portugal, del Sur de Italia. Es la gente y la tierra del Mediterráneo, que toda se asemeja y se ha entremezclado mil veces. Sin embargo, a uno le parece que esto es distinto. Que el cielo es más luminoso, que el mar es más azul y sereno, que los pinos tienen más oro y los olivos más plata, que los pastores tienen más majestad en mitad de su rebaño, que las pequeñas aldeas encaladas son más hermosas y la gente humilde está como revestida de una gracia inexpresable.

Tal vez parece distinto, precisamente, porque es Grecia, porque no hay nombre que no evoque los recuerdos más altos y ejemplares de la cultura occidental. Aquel alto monte que se divisa a lo lejos entre la bruma es el Parnaso, o el Taigeto; aquella blanca aldea de marineros es Corinto. Desde el istmo de Corinto, el azul a la derecha es el del mar Jónico, y el de la izquierda es el del Egeo, y nadie que no sea precisamente un bárbaro puede acercarse a la ribera del mar de Ulises sin sentir que las más hondas fibras se le conmueven y que alguna inmarchitable imagen de Homero viene a devolverlo a la Odisea.

La moderna Atenas no es propiamente una ciudad hermosa, ni en su trazado ni en sus edificios hay nada que la haga destacarse. Son edificios de todos los estilos y calles estrechas. Hay partes en que pudiera ser Barcelona, o Lisboa, o Panamá; pero de pronto, por una bocacalle apretujada de gente y de vehículos, por encima de la percha de un tranvía que suena su campana, mira uno, como en un destello prodigioso, la estructura del Partenón sobre el Acrópolis, y entonces todo cambia, todo se borra, todo toma otro aspecto, y ya luego uno sabe y no puede olvidar que aquella ciudad no se parece a ninguna otra, que aquella es Atenas, la que, en aquella menuda colina y en menos de cinco siglos, creó casi todo lo que hace de nosotros todavía seres civilizados.

¿Qué pueden significar entonces las nuevas avenidas, o las grandes tiendas, o el palacio del rey? Todo eso no es sino un momento más en el largo proceso de la liquidación y repartición de la herencia, que aquellos hombres acumularon, y de la que estamos viviendo desde hace veinticinco siglos.

EL ACRÓPOLIS

La antigua ciudad era menuda. En el Acrópolis estaba su cerebro y su corazón, y en torno al pequeño monte, redondo como una copa invertida, se apretujaba el resto de la polis. El Aerópago estaba enfrente, en un rellano más bajo, y el Ágora, a su pie, en la parte más plana. Ahora están haciendo grandes excavaciones en el Ágora y sacando a luz lo que queda de los muros y de las columnas rotas y de los embaldosados de mármol del

mercado, sus templos, sus pórticos y sus calles. Por entre esos pórticos andaba descalzo Sócrates, con su barba hirsuta, enseñándole a la juventud cosas inconvenientes, y Sófocles se pararía muchas veces a oír al recitador popular cantar cadenciosamente *La litada* para la gente sencilla. Si uno se baja y coge con la mano aquel polvo y lo deja escurrir entre los dedos religiosamente, siente que está cumpliendo un rito.

Lo que queda en el Acrópolis puede verse muy rápidamente. Están los restos de los propileos de la entrada, el templo de la Victoria Aptera, el semiderruído esqueleto del Partenón, y, a un lado, la menuda y graciosa ruina del Erecthéion. El resto de la planicie de la cumbre está cubierto de piedra maltrecha, de restos de columnas. Pero si uno se sienta en una de aquellas columnas a esperar el atardecer en muda contemplación, entonces empieza a recibir aquella lección inolvidable de grandeza y de belleza. La que da, por ejemplo, la columna dórica del Partenón, con la simplicidad de sus proporciones, la pureza de sus líneas, en la que todo parece hecho para trabajar con gracia y suficiencia, como aquel admirable capitel en el que el plato de remate de la columna se inscribe en el cuadrado que soporta el arquitrabe, sin otra transición que la de una forma perfecta y útil a otra forma también perfecta y útil. Supieron hallar o crear la belleza de lo necesario.

El Partenón es una ruina desnuda de casi todo lo que tenía, menos del espíritu que encarnaba. Vinieron los tiempos malos, que lo fueron deshaciendo. Vinieron los turcos con su depósito de pólvora, y los bizantinos con su iglesia, y ese personaje póstumo de la mitología que se llama lord Elgin y que cargó con todas las esculturas de los frisos para el Museo Británico de Londres. Pero así desnudo, despojado, roto, tiene como una fuerza distinta y más profunda para hablar mudamente a los hombres. El cielo azul lo atraviesa y cala por todos los huecos. Los mármoles de las columnas han adquirido un tono de rosa y oro desvaído que el sol de la tarde acentúa.

La verdad es que así como está, y más que nunca, éste no es un templo que habla de los dioses, sino de los hombres. De lo más puro y noble que hay en el hombre, que es precisamente el concepto de su propia dignidad de hombre. Los hombres que hicieron aquello lo hicieron pensando en que

revelaban la propia nobleza de su condición al hacer aquello, y en que invitaban a las innumerables generaciones futuras a esforzarse en ser dignas de hacer aquello, que expresaba, en la nobleza y perfección de sus proporciones, mejor que ninguna palabra, los ideales a los que habían consagrado sus vidas.

A ese ideal ellos designaban con la palabra griega *eleutheria*. Que no era propiamente un ideal político ni una aspiración social, sino una manera, la más profunda y completa, de ser hombre, de sentir la dignidad de ser hombre y de sentirla a la vez y admirarla en los demás.

En nuestras lenguas modernas, por nuestro mal, no hay ninguna palabra que traduzca exactamente lo que significaba *eleutheria* para un contemporáneo de Platón.

Pero al rato de contemplar mudamente, en el sol de la tarde y contra el cielo azul, la silueta del Partenón, a uno le parece que comienza a entenderla y que no hay ninguna palabra más hermosa.

EL PELOPONESO

Por un estrecho puente sobre el estrecho canal de Corinto, se entra al Peloponeso, la vasta ínsula mítica de Pelops. Una faja estrecha y honda de esmalte azul une al mar Jónico y al Egeo. El mar oscuro y quieto se abre entre las ocres orillas del golfo de Corinto. En la invisible distancia está la ítaca de Penélope. El cielo no tiene una nube.

El paisaje del Peloponeso cambia muy poco del de la Grecia continental. Colinas ondulantes, altos montes abruptos, llanada manchada de pinos y olivos y hieráticas filas de oscuros cipreses. Por los estrechos caminos pasan carretas cargadas de las dulces uvas de Corinto, y grandes cajas de rojos tomates aguardan a ser recogidas al borde de las siembras. El tomate de los aztecas está aquí junto a la viña de Dionisos, para recordarnos que el destino de los hombres se ha entremezclado en treinta siglos de historia.

La llanura de la Argólida se extiende cubierta de siembras y de menudas aldeas blancas. A la puerta de las casas hay una parra que da sombra, y bajo ella siempre hay el diálogo de gentes sin prisa que miran al pasajero con ojos lejanos y tranquilos. Las mujeres llevan envueltas las cabezas en coloridos trapos doblados sobre la boca a la turquesca. Argos es otra aldea un poco más extensa. Los cafés de la plaza están llenos de gente que conversan y miran pasar.

Las viejas raíces de la cultura griega están en la tierra del Peloponeso y añoran con sus antiguas rocas como los arrecifes del mar de la historia. Aquí está la Grecia de Homero. La de los Cíclopes remotos que pusieron las inmensas y rudas peñas del muro gigantesco de Tirinto. Y está también, en Micenas, la de los atreídas, que llegaron al apogeo de su cultura minoica cuando Atenas apenas existía. En estas ruinas de viejos palacios estuvo la corte de Agamenón y de Clitemnestra, y Esquilo vino a invocar la sombra trágica de Orestes. Las excavaciones iniciadas por Schliemann en el último tercio del siglo XIX han sacado a luz tumbas y restos de muro. Hay una gran tumba real excavada en la roca de una colina, cuya parte central es como un domo de forma oval. Sobre un gran dintel de piedra, que forma la entrada, una serie de grandes cantos se aproximan en ángulo agudo, formando el mismo tipo de falsa bóveda que los Mayas crearon en sus templos. En el recinto del palacio hay otro cementerio, donde Schliemann encontró el que consideró como tesoro del Atreída, Máscaras de oro funerarias y, entre otras maravillas, un vaso de oro labrado con ágiles escenas de combates de toro semejantes a las del palacio de Cnosos en Creta. De la colina, en que Clitemnestra avizoraba el aviso de fuego del fin de la guerra de Troya, se divisa el maravilloso y pequeño golfo de Nauplía, rodeado de abruptos montes desnudos, que fue por donde entraron los cretenses y los fenicios a traer la llama inicial de la cultura griega.

Frente al quieto mar de Nauplía, en aquella fiesta perpetua de luz azul y vibrante, vienen a la mesa los higos y las uvas más dulces. Y el vino griego que está mezclado abundantemente con resina de pino. Es áspero al trago y deja en el paladar un vivo vaho de trementina. Tal vez los antiguos comenzaron a hacer esta mezcla, en este suelo de pinos y vides, para conservar mejor el vino reciente en los fuertes calores estivos. Sigue siendo

el vino del pueblo griego. Pero nosotros, los extranjeros, acaso los bárbaros, no logramos habituarnos al rudo sabor.

De Nauplía vamos al boscoso valle de Epidauro. A la sombra de los inmensos pinos y los álamos, en que la brisa suena con adormecedor murmullo, están las ruinas del Santuario de Esculapio, donde los enfermos de toda la Grecia venían a implorar la salud. De los vastos alojamientos, de los templos y de los altares, no quedan sino fragmentos de columnas, de muros y de frisos. Ya nadie viene a sacrificar un gallo en agradecimiento al dios. Una mujer griega hila majestuosamente lana, y unos niños venden uvas junto a los restos del Hierón. Cerca, entre dos colinas gemelas, se alza el gran anfiteatro de Epidauro, un vasto odeón de granito volcánico gris que se alza como el hueco de una trompa hacia la cumbre de las colinas y el cielo azul. La gradería rota conserva sus proporciones perfectas. Desde el pavimento de los coros, la más suave voz y el más leve ruido llegan claros y completos a las filas más altas. Lo que sería el telón de fondo en nuestros mezquinos teatros cerrados es aquí el soleado paisaje vivo de pinos, de olivos, de colinas y de mar.

De Epidauro subimos rápidamente a los altos y estrechos valles de la Arcadia. Pequeños caseríos trepan las faldas de los montes. Pastores con sus hatos de cabras y de ovejas parecen personificar el mito de aquella apartada y serena paz por la que suspiró el mundo antiguo. Es tanto el poder de la evocación, que todo parece más suave y hermoso. Al fondo alza su imponente silueta azul el Menelón. A un lado se divisa el Taigeto de los espartanos. No muy lejos debe estar Olimpia con sus silenciosos estadios y con su Hermes de Praxíteles.

Pasamos la noche en Trípolis, una ciudad alta y fresca fundada por los turcos. Toda la población se vacía en la gran plaza para el atardecer. Es el viejo espíritu del ágora de esta raza acostumbrada a vivir fuera del encierro de las casas, el que los lleva a reunirse, a conversar y a deambular sin término por el vasto espacio lleno de mesas, donde toman su espeso café turco con un vaso de agua. Hay dos salas de cine casi contiguas. De los altoparlantes sale una continua emisión de aires de *swim*, de tango y de rumba. El resonar constante de esas músicas es ensordecedor. Pero es tanto

el placer de sentirse en Arcadia, que todo ese ruido intruso no logra desterrar los maravillosos fantasmas del pasado.

Al día siguiente, para el regreso, rehacemos casi todo el camino. Nauplía, la Argólida, Corinto. Junto a las ruinas de la vieja Corinto nos detenemos para tomar el almuerzo. Cerca están las ruinosas avenidas y los derruidos palacios de aquella ciudad famosa por sus cortesanas, sus placeres, su refinamiento y su lujo, que era el escándalo del mundo antiguo. Allí está el ágora donde vino San Pablo a predicar las austeridades de la nueva religión.

La vista se extiende por el suave declive de la colina y vuela sobre la quieta agua del Jónico, de un azul casi negro. En la lejanía de la otra ribera se divisa la silueta del monte Parnaso. Es para quedarse aletargado en la sensación de plenitud y de belleza. Una uva dulce se disuelve en la boca con la dulzura perfecta de un verso de Anacreonte.

POSEIDÓN

En el frontón occidental del Partenón estaba esculpida en relieve la escena mítica de la disputa que los dioses Poseidón y Atenea sostuvieron para adquirir el derecho de proteger a la ciudad de Atenas. La ciudad es como una avanzada de la tierra continental hacia el mar. Poseidón, el dios del mar, vino ante los atenienses y, golpeando con su tridente el suelo, hizo brotar una fuente de agua salada. Su donativo era el dominio del mar, la invitación a construir barcos para posesionarse de las islas y de las tierras lejanas. El mar era el elemento vital de la vida griega. Aquel *Thalassa, thalassa*, que los soldados de Jenofonte saludaron con tan entusiastas gritos, como símbolo de la vuelta al mundo de su civilización. No obstante, según el mito, fue Atenea quien venció en la disputa, porque resultó mucho más apreciada su ofrenda, que consistió en la planta del olivo, cargada del aceite que sirve para encender la luz espiritual y en la que habita el buho de la sabiduría.

Atenea triunfó y vino a ser la diosa del Acrópolis de Atenas; pero Poseidón no fue olvidado. No podía un griego olvidarse del mar. A Poseidón se le erigieron muchos templos, y especialmente el que sobre el cabo de Sunion se levanta en lo alto, rodeado de lo más azul del Egeo. En los días de calma, que son los más, el Egeo parece dormido en su azul transparencia. En las rocas rojas del promontorio no hay espuma ni agitación de aguas. Ninguna ola rompe la pulida superficie de color violeta. A la distancia la isla de Giorgios parece flotar como una nube oscura en aquel mar limpio y dormido y en aquel cielo tendido y transparente, sin mancha alguna. El templo de columnas dóricas era la ofrenda perpetua al dios del mar, que el navegante miraba confortado al acercarse o al alejarse de la tierra.

¿De qué está hecha esta calma increíble del Egeo y esta sólida materia de oscuro azul, donde el sol pone manchas de plata y el viento extiende zonas opacas? Un griego debía pensar que el dios del mar que tan airadamente había zarandeado a Ulises en su difícil viaje de regreso se tendía manso y contento a rodear de calma venerable y de quieta belleza el templo que le habían levantado los hombres temerosos. Poseidón estaba contento de los griegos y les daría buenas navegaciones hacia aquel Egeo poblado de fenicios, de lidios, de persas, de bárbaros hombres del Ponto, que era su mar. Y también llevaría con felicidad las barcas de tendidas velas al más desconocido Jónico, y hasta el Mediterráneo occidental, que era para ellos su Atlántico, y que bañaba las costas de sus colonias y factorías de la ribera francesa y española y de las remotas Columnas de Hércules.

Hoy ya no hay dios en el templo, y de él no quedan sino unas cuantas columnas dóricas y algunos pedazos de arquitrabe, que parecen trazar en mármol claro un signo cabalístico sobre el azul del cielo; pero la presencia del mar sigue siendo tan maravillosa y plena como cuando se podía pensar que Poseidón, como un gran escualo, acechaba debajo del agua azul. La visita a Sunion fue una peregrinación favorita de los románticos. En la época en que las ruinas estuvieron abandonadas vinieron muchos viajeros que grabaron con cincel sus nombres y una fecha sobre los blandos mármoles. Es conmovedor mirar aquel hacinamiento de nombres desconocidos con fechas que van desde 1774 hasta 1897. Debían dejar la

huella de aquel nombre olvidado en la ruina del templo, como el testimonio del ansia de sobrevida que hizo levantar a los griegos antiguos aquel templo a Poseidón.

HIPÓLITO

Por la noche del día en que fui a Sunion oí muchas veces invocar a Poseidón en griego vivo y angustiado. Fue en el teatro antiguo de Herodoto Ático, que se alza en la vertiente noroeste de la colina del Acrópolis.

En la época del apogeo de Roma hubo muchos romanos enamorados de Grecia. El emperador Adriano fue uno de ellos, que vivió varios años en Atenas y en Corinto, y que se empeñó en restablecer la plenitud de su esplendor a las ciudades griegas. El rico Herodoto Ático fue otro que reconstruyó y levantó numerosos monumentos como este odeón clásico, donde esta noche vengo a presenciar la representación del *Hipólito* de Eurípides. Del segundo y más perfecto de sus Hipólitos.

El anfiteatro estaba pleno. La luz de la luna iluminaba los altos muros oscuros y se divisaban las estrellas. En la sombra irrumpió una dulce y evocadora música compuesta para la pieza por Dimitri Mitrópulos. Sucesivas luces de reflectores fueron encendiendo los personajes: Fedra, Hipólito, su padre y el maravilloso coro que sobre la parte baja tejía sus danzas y sus cantos. La cadencia del verso trágico griego resonaba con impresionante majestad. Voces sonoras, llenas, claras, decían los rítmicos parlamentos.

Hipólito era el juguete de los hados. No es él quien cae, es Afrodita, la diosa, quien decide perderlo. El héroe trágico encarna la concepción griega de la vida. Los dioses están conjurados contra los hombres, y en todo instante pueden precipitarlos al mal, al dolor y a la muerte.

Es esa misma concepción de la vida, como lucha sin tregua contra las asechanzas divinas, que Herodoto ilustra en su admirable relato de Solón y Creso sobre la felicidad humana. Esa concepción es la que afirma con reverencial angustia que no hay que decir de un hombre que es feliz hasta que haya muerto.

En el año 428 antes de Cristo, en algún sitio cercano al de este anfiteatro, comenzaron a resonar estos versos de Eurípides, que esta noche un vasto público, griego en su mayoría, oye con pasión y asombro. Como si por primera vez recibiera la revelación de la belleza y el mensaje de la tragedia. Es como si aquellas palabras no hubieran sido dichas sino para ellos.

Mirándolos y participando a mi manera de la emoción de aquella ocasión memorable, recordaba lo que, al paso, en un momento, oí decir a un guía griego a una vieja dama inglesa, mostrándole el Partenón:

«Nosotros los griegos somos un país pequeño y pobre. Pero no nos sentimos inferiores ni en lo moral ni en lo intelectual a ninguno de los grandes países del mundo. Más bien tenemos el orgullo de ser los que creamos la civilización en que ellos viven hoy».

DELFOS

A poco de entrar en la llanura de Beocia se llega a Tebas. Es una pequeña ciudad adosada a una colina y rodeada de olivares. Por entre los techos de tejas asoman las puntas oscuras de los cipreses. No queda nada de antiguo, sino la sombra temerosa de la Esfinge, la sombra trágica de Edipo, la dulce sombra de Antígona. De los mitos de esta ciudad provincial, llena de cafés y de zapateros remendones, se ha nutrido lo más del teatro de Sófocles.

Más allá de Tebas, el camino comienza a ascender por las estribaciones montañosas. A un lado se alza el Helicona, cubierto de bosques de pinos, y enfrente de él, la escarpada roca viva del Parnaso. Son muy escasas y breves las manchas de pinos que alteran la imponente monotonía de aquella abrupta pared de piedra, donde la luz encendida del cielo azul restalla en tonos plateados y dorados.

El camino hacia Delfos va faldeando el Parnaso. Cuando nos acercamos, en un recodo cubierto de inmensos plátanos, se oye el ruido fresco de una cascada. Es la fuente Castalia. Un pastor con su cayado marcha a la cabeza de un rebaño de cabras. Entre el campanilleo de los

cencerros, las cabras se precipitan a beber en el torrente. El agua es fría y clara y brota de dentro de la roca por entre los restos de unos altares votivos.

En la próxima vuelta de la carretera, el Parnaso forma como un inmenso anfiteatro natural, en los contrafuertes del cual se escalonan las ruinas del santuario de Apolo Délfico. La visión es sobrecogedora. Este gran odeón de piedra viva que sube hasta el cielo fue uno de los sitios más sagrados del mundo antiguo. Las peregrinaciones venían de toda la Grecia y más tarde de Roma y de las lejanas colonias.

Entre esas rocas estaba la pitón infernal que Apolo mató. En lo más alto de la cumbre, encendidas por el sol, se ven las águilas del Parnaso trazar lentos círculos, lanzando sus agudos chillidos a la soledad de las ruinas desiertas. Para los griegos, eran las águilas de Zeus. Dos de estas águilas, partidas del Oriente y del Occidente, vinieron a encontrarse en este punto del monte Parnaso, señalando así el centro del mundo para los antiguos. Por eso en la «celia» profunda del gran templo de Apolo, del que hoy sólo quedan seis ruinosas columnas en pie, junto al trípode de la pitonisa délfica, estaba labrado en piedra el *omfalos*: el ombligo del Universo.

Los terremotos, las avalanchas de piedra, las guerras, los saqueos, la muerte del mundo pagano, no han dejado en Delfos sino ruinas. Apenas hay la planta del templo de Apolo, la cavidad de un teatro, los restos de las capillas votivas, fragmentos de frisos, pedazos de columnas y una esfinge que está en el museo. Y el maravilloso auriga de Delfos, esbelto y firme en su túnica de bronce, que mira, con sus ojos esmaltados, el vacío que se abre delante de su mano firme que sostiene pedazos de riendas. El carro y la cuadriga desaparecieron, como los templos, las procesiones y los dioses del paganismo. Pero él, maravillosamente indemne y firme, parece continuar rigiendo con firmeza prodigiosa lo ausente, lo abolido, lo que para todos ya no existe sino para él.

Más abajo del Hierón consagrado al Apolo Pítico están los graciosos restos del gimnasio, la piscina y los templos consagrados a Atenea Pronaia. Tres columnas y un pedazo de arquitrabe son suficientes para reconstruir la gracia de aquella rotonda dórica que celebraba a la diosa de Atenas.

La luminosidad de la luz y la sequedad de la atmósfera parecen acentuar el relieve y la proximidad de las cosas. Entre las ruinas surgen los olivos y los cipreses. A la sombra de un olivo, sobre un roto capitel, se puede contemplar largamente aquel paisaje tan vasto, contrastado y sobrecogedor. A lo lejos asoma la llanura negra de olivares y un extremo azul del golfo de Corinto.

A esta altura, de tan difícil acceso en este titánico escenario, vinieron los griegos a colocar el centro principal de su vida espiritual. Estaba en él la Pitia, que vaticinaba el futuro, y el culto de Apolo Pítico, destructor del mal, dios de la luz, de la razón y de la armonía. Pero no eran los griegos gentes que podían ignorar nunca la totalidad del ser humano. Bien sabían ellos que el hombre no era, ni podía ser, enteramente apolíneo. Durante tres meses del año, Apolo abandonaba el Hierón de Delfos, y venía a ocupar su lugar Dionisos, el dios de lo oscuro, lo instintivo y lo terreno. Estaba así asegurado el equilibrio sano del hombre completo. Había que darle su parte a lo dionisíaco.

La noche cae pronto entre las inmensas murallas de montes paralelos que estrechan a Delfos. Una inmensa paz llena el espacio nocturno. Los pastores han regresado a la aldea. En los corrales se oye, a ratos, el tintinear del cencerro de una cabra.

Salimos a caminar un poco por las calles estrechas y pendientes. El cielo está cuajado de estrellas. Todo el pueblo parece dormir el sueño temprano de los campesinos. Unas luces tenues sitúan las esquinas. Debajo de algunos balcones hay parras cargadas de uvas. Por alguna ventana entreabierta sale la luz de un fanal y el canto de una mujer que duerme a un niño. Las ruinas del santuario se han borrado en la noche. Todo parece yacer en una silenciosa y profunda paz.

Nada puede contrastar más violentamente que esta aldea apacible que se llama Delfos y aquel santuario de hace veinte siglos, poblado de templos, de monumentos, de estatuas, de cánticos religiosos, de invocaciones a lo sobrenatural, que también se llamaba Delfos.

Queda el nombre y quedan las ruinas. Queda el paisaje, que no ha cambiado su grandiosa presencia. Pero la Historia no ha pasado en vano. En

la noche de Delfos, noche de aldea de un hermoso país vivo, se respira el embriagador perfume de un misterioso mundo muerto.

El mundo de la Grecia antigua está muerto, pero continúa hablando con el más vivo lenguaje en su arte, en su literatura, en sus imperecederos testimonios. Habla en las ruinas del Acrópolis, en Micenas, en Corinto, en Delfos, en la tragedia, en el diálogo platónico. Pero a uno le parece que comienza a entenderlo mejor cuando se ha sumergido por un tiempo en el paisaje y en la luz incomparable de Grecia, que tanto sirven para explicar ese gran mensaje dirigido a todos los hombres.

ESTAMBUL

El avión sale de Atenas en las primeras horas del alba. La aurora «de dedos rosados» del símil homérico apenas empezaba a aclarar el cielo, cuajado de estrellas. A través del Egeo vamos en busca del lejano Ponto de los griegos, en cuyas riberas se alzaba Troya. Hacemos, a la inversa, el viaje de Ulises. Los años de trabajos y espantables aventuras del rey de ítaca los vamos a recorrer en hora y media de vuelo, de Atenas a Estambul.

En el mar, a cuatro mil metros debajo de nosotros, la luz de la mañana enciende islas y nubes. Alguna de ellas será la isla de los Cíclopes, y otra, la de los Lotófagos, y en alguna parte de la vasta soledad estará el paraje donde cantaban las sirenas, y también la gruta de Calipso. Pero todo esto es ahora apenas hora y media de trayecto, que no bastaría siquiera para leer seis cantos de la *Odisea*.

Desde el aeropuerto hay que recorrer una larga distancia para llegar a Estambul. Se entra por la parte asiática y se pasa a la ribera europea de la vieja ciudad por uno de los puentes del Cuerno de Oro. Esta es la Bizancio de los griegos, la Constantinopla del Imperio de Oriente, la Estambul de los turcos. Tan numerosa como la abigarrada muchedumbre que la puebla, tan complicada como la serpenteante red de calles y callejuelas que cubren el vasto espacio de sus suaves colinas, es la historia de esta ciudad singular. Estaba en la frontera del mundo pagano clásico y del misterioso mundo

oriental. Del mar Negro, de Siria, de Arabia, de Persia, de la remota India y la inaccesible China llegaban a ella, como a un punto de confluencia, gentes, lenguas, razas, estilos, artes. Algún esqueleto de acueducto habla de la época romana. Después vienen los diez largos y complicados siglos del Imperio bizantino, con sus mosaicos de oro, sus iconos, su Cristo Pantocrátor, su hipódromo y sus vastas basílicas. Después cae sobre ellos la época musulmana, que la puebla de seiscientas mezquitas, de leyendas de serrallo y de crueldades de genízaros. Esta es la Constantinopla que amaron los románticos con una pasión como no sintieron por ninguna otra ciudad. La que evocó Delacroix en el colorido y las violentas formas de su pintura, la que cantó Byron. A desiguales trechos, como largas notas sostenidas, se alzan las graciosas agujas de los minaretes. Todos los tipos humanos pululan en sus calles. Se oyen todas las lenguas. El Bósforo y el Cuerno de Oro son como dos azules plazas atafagadas de barcos de todos los tipos, y procedencias. Hay un constante mugido de sirenas. Las tiendas de frutas, las quincallas, los buhoneros llenan la calle con sus colores y sus gritos. Frente a las grandes mezquitas hay palomas y gentes tranquilas que reposan con la mirada en vago. En los jardines, los gatos pasean y se extienden perezosamente al sol. Toda la actividad de voces, movimientos y colores parece irse condensando en los alrededores del inmenso bazar de Ambuesta. Es como una pequeña ciudad de calles cubiertas de bóveda, que se bifurcan y tuercen en todos los sentidos, llenas de tiendas y tenduchos repletos de mercaderías de todas clases, por donde va y viene en continuo movimiento y vocerío, como el agua de una vasta cloaca, el gentío, que se apretuja, se tropieza, se detiene, se empuja. Las tiendas de sedas están junto a las de tapices, y las de joyas, junto a las de perfumes, y las de muebles, junto a las de zapatos. Todo tiene un aire de sospechosa clandestinidad. Los ojos que nos miran parecen estar en la inteligencia de algo oculto. Todo puede ser falso. El hombre que parece vender gruesas confituras cristalizadas puede vender *hachich*, o cuidar la puerta de un fumadero de opio, o esperar al espía de una embajada de Gálata para recibir un mensaje secreto que va a transmitir a aquel que parece un inocente aguador y que lleva sobre la espalda una especie de labrada mezquita de cobre, llena de cúpulas y de vasos.

Es viernes, que es día santo para los musulmanes. Desde una plaza llena de soñolientos gatos y atareados viandantes subimos por una puerta lateral de la mezquita de la Madre del Sultán al rellano alto, donde se congregan las mujeres, a contemplar el oficio religioso. Nos despojamos de los zapatos y nos disimulamos lo más que podemos contra una pared. La mezquita está llena de una silenciosa muchedumbre. En constante movimiento, los fieles se arrodillan, tocan el suelo con la frente y vuelven a ponerse de pie. Los imanes frente al *mihrab*, vueltos hacia la Meca, dirigen el callado rezo. De pronto empieza el canto de los almuédanos. Es el mismo aullido gutural, que se quiebra a trechos, a la vez profundo y alto, en el que las palabras parecen detenerse en temblor en la boca del que canta, que todos hemos oído en el «cante jondo» andaluz. A ratos parece una copla de soleares. Pero aquí es sagrada manifestación litúrgica. Los que oyen oran y se mecen ligeramente, siguiendo las inflexiones melódicas del canto. Los pequeños rosarios del Islam, que más parecen un fino collar de favorita, giran rápidos en las manos.

No lejos de la mezquita está el viejo palacio de los sultanes, convertido ahora en museo. Hasta el siglo XVIII aquí habitaron los Solimanes, los Murad, los Mohamed, los Bayacetos, sus mujeres, sus eunucos, sus genízaros y la colorida y variada escala de los funcionarios palatinos. Más que un palacio es una serie de grandes pabellones separados por patios y rodeados de jardines. Sobre los muros abundan los azulejos de los más vivos y contrastados colores. En las antiguas cocinas está la fabulosa colección de más de diez mil piezas de porcelana china que ha quedado de los sultanes. Varios enormes muros están literalmente cubiertos del verde tierno de los Celadón y de las entrelazadas flores de las familias verde y rosa. En el serrallo se han restaurado el mobiliario y el ambiente de las habitaciones del señor de la Sublime Puerta. Son habitaciones decoradas de azulejos, de sedas, de fuentes de agua, con vastos divanes a ras de los tapices del suelo, que miran por la ventana los cipreses del jardín y la lejanía azul del Cuerno de Oro. Está el complicado baño de fuentes de mármol. Los grandes cortinajes impenetrables de los lechos. Las habitaciones de las mujeres con las labradas cunas, incrustadas en nácar,

para los niños. En todas las paredes, sobre los azulejos, las hermosas letras árabes cantan la gloria de Alá.

Cuando sale uno del centro de todos aquellos lujos y grandezas de los sultanes y vuelve a la calle, mira a cada instante un piano que parece flotar solo, desplazándose por la acera entre las cabezas de los transeúntes, o un inmenso armario, o dos grandes poltronas, o una gran caja de madera. Debajo, casi invisible, va doblado un cargador turco. Para dar estabilidad a la carga desmesurada se ponen sobre la espalda encorvada un rígido almohadón de cuero, y con paso lento y firme caminan sin fatiga aparente. Parece que, simbólicamente, tuvieran siglos llevando sobre las espaldas el peso aplastante de aquellos palacios, de aquellos minaretes tan altos y esbeltos, de aquel mundo ya casi desaparecido, que empezaba en el pináculo del sultán y terminaba en los lomos de los hombres de carga.

LA SANTA SABIDURÍA

La inmensa mole semiesférica de Santa Sofía surge como una colina de piedra gris. Los cuatro agudos minaretes, que le añadieron los musulmanes, compensan su forma redonda y le dan una extraordinaria ligereza.

El alma del imperio bizantino era religiosa. El Basileus encarnaba en su persona y en sus actos la sabiduría divina, que el Patriarca se encargaba de mantener en la más conservadora pureza. Para expresar ese estado de espíritu de la nueva Roma cristiana y oriental, Justiniano, que se esforzó grandiosamente en reconstruir el imperio en la totalidad de poderío que había alcanzado en tiempos de Trajano, quiso levantar, como el deslumbrador símbolo de ese propósito, el templo de la Santa Sabiduría. Debía ser un templo más vasto que el fabuloso de Salomón, más titánico que las tupidas salas hipóstilas del antiguo Egipto, superior a todo cuanto griegos y romanos habían levantado. Dos arquitectos de genio, traídos del Asia Menor: Antemio de Tralíes e Isidoro de Mileto, se encargaron de realizar el extraordinario monumento. Para ello iban a dejar de lado las enseñanzas de la arquitectura clásica y a utilizar, del modo más audaz y

original, los sistemas de cúpulas y bóvedas de los persas. No iba a ser un templo sostenido por columnas de piedra y dinteles como el Partenón. Iba a ser una construcción aérea, exenta, libre de columnas, que abarcaría un espacio gigantesco, sostenida por el equilibrio de los empujes laterales de cúpulas, bóvedas y medias cúpulas.

Cuando en el año 537 se hizo la consagración, el emperador Justiniano, la emperatriz Teodora, antigua actriz de fama escandalosa, y los funcionarios palatinos que los acompañaban, quedaron pasmados de asombro ante aquel inmenso espacio cubierto cuya cúpula enorme parecía flotar en el aire, como suspendida por una fuerza sobrenatural. Las paredes estaban cubiertas de mosaicos de oro con representaciones de santos, y de escenas piadosas. Sobre el ábside flotaba la imagen de la Virgen, en graciosa actitud hierática. En las cuatro esquinas se abrían profundas y vastas capillas laterales. Las sostenían columnas monolíticas de ricos mármoles y granitos de variados colores, rematadas por capiteles labrados en la más florida forma.

Después de la toma de Constantinopla por los turcos, las figuras de Cristo y de los santos quedaron recubiertas. Estucos dorados cubrieron la faz de los ángeles, y sólo permanecieron visibles las maravillosas formas geométricas de las alas. En los cuatro enormes pilares cuadrangulares, que sostienen la estructura, se pusieron los grandes sellos redondos con los monogramas dorados, sobre fondo negro, de los fundadores del Islam. El piso de mármol se recubrió de gruesos y coloridos tapices. En donde estaba el altar, se puso un *mihrab* que, para señalar el rumbo de la Meca, hubo de quedar fuera de centro. Y de altísimos techos, por medio de largas cuerdas, pendieron casi a la altura de la cabeza de los fieles, los millares de lámparas votivas de aceite, que hacen mayor la impresión de altura de los techos y de vastedad del espacio libre.

Hace pocos años el Gobierno turco la desafectó del culto religioso y la convirtió en museo. Se inició desde entonces el trabajo de limpieza y restauración de los mosaicos originales. Las imágenes del Cristo Pantocrátor, de los santos, de los obispos, de los emperadores, han vuelto a recibir la luz de las elevadas ventanas de vidrio. El oro se ha atenuado y

opacado, pero la impresión de belleza, gracia y grandiosidad del conjunto sigue siendo extraordinaria.

Cuando los sultanes turcos comenzaron a construir sus propias mezquitas no pudieron hacer otra cosa que continuar la lección del templo de Justiniano. El ejemplo de la arquitectura creadora de la Santa Sabiduría se repitió en las aljamas, que no se parecen a la estructura de las mezquitas de Arabia, del Cairo o de Córdoba, mezquitas de patio lateral y naves con columna, sino que repiten el sistema de bóvedas, cúpulas y medias cúpulas, contrabalanceadas y sostenidas sobre un cuadrilátero básico de cuatro columnas que perfeccionaron los arquitectos bizantinos.

Frente a Santa Sofía se alza, precisamente como una réplica, la bellísima mezquita azul del Sultán Ahmed. Nada más airoso que el contraste de sus seis minaretes tan altos y finos con el vasto domo que le hace cuerpo. Las paredes interiores están cubiertas de floridos azulejos, en los que predomina el tono azul. Toda la mezquita parece estar inundada de una luz submarina. La voz del imán que recita sordamente una surata del Corán, adquiere también un tono de agua de surtidor. La luz se descompone en mil colores en los vitrales de la pared que hace fondo al labrado *mirabb*. La escala del *minbahr* sube empinada y remata en un alto y agudo cucurucho. Algunas palomas vuelan bajo la cúpula.

No menos bella, y acaso más armoniosa y equilibrada, es también la mezquita del Sultán Solimán el *Magnífico*, en cuyo jardín está enterrado él junto a la sultana Roxelana, la húngara, a la que amó con imperecedera pasión por treinta y siete años. En una sala del viejo palacio está el retrato de la hermosísima húngara, de grandes ojos dulces y perfectas facciones. La más leve palmada queda resonando largo rato en la cúpula como el eco de un trueno lejano.

El espíritu religioso que animó a los Basileus bizantinos siguió vivo pero distinto en los sultanes mahometanos. Bizancio, Constantinopla y Estambul son como tres tiempos de la profunda consagración de la misma ciudad a la Santa Sabiduría.

El abigarrado flujo de las gentes que llena esta ciudad extraordinaria penetra a cada instante en las mezquitas y en los templos. Las fuentes de abluciones están plenas a todas horas de gentes que se lavan las manos, los

pies y la cara para entrar a sus templos. Y dentro de ellos, siempre hay numerosos musulmanes, prosternados sobre los ricos tapices, en patética oración.

De la vieja Estambul se pasa a Pera, por uno de los puentes del Cuerno de Oro. El horizonte de la tarde está lleno de minaretes y de cúpulas. Esta vieja ciudad, frontera de varios mundos, pecadora, misteriosa y extraña, donde se ven muchos rostros que parecen ocultar terribles secretos, lleva más de catorce siglos consagrada a la veneración de la Santa Sabiduría.

LA MAÑANA EN EL CAIRO

El cementerio de El Cairo es un barrio de la extensa y pululante ciudad oriental. Las estelas de las tumbas asoman en los patios de las casas. Muchas casas no son sino el recinto de una tumba. Otras, iguales, son casas habitadas por vivos. La muchedumbre de estelas y la muchedumbre de vivos se confunden. La estrecha calleja que hace meandros está cuajada de niños, de viandantes, de carretas, de borricos, de carneros. El sonido gutural y áspero del árabe latiguea en todas las bocas. Hay tiendas llenas de frutas amarillas y estrechos cafetines llenos con tres clientes que toman café, mientras fuman perezosamente el *narguile*. Todos están vestidos de sucios *caftanes*, esas largas túnicas talares que les llegan hasta los pies. Unos llevan fez en la cabeza y otros turbantes. Entre el vocerío y el movimiento revuelan espesos enjambres de moscas que cubren las ropas, las caras, los alimentos. El pedazo de pan que un niño tiene en la sucia mano parece hervir de moscas. La impresión de sucredad y miseria es sobrecogedora. Huele a boñiga y a trapo sucio. Lo único limpio y resplandeciente es el cielo azul sin una nube, al que parecen querer escapar las labradas torres de los minaretes.

Hay muchos ciegos. La mayoría de los niños tienen un ojo cerrado o una pupila blanquecina. Hay muchos mutilados.

Hay en Estambul también una ciudad de la muerte, llena del movimiento de los vivos, que es Eyub. Pero el cementerio de Eyub está

lleno de plantas, de palomas, de ricos monumentos funerarios, de labrados mármoles, y tiene una maravillosa fuente de mármol esculpido. Hay también mucha gente miserable que se mueve entre aquellas tumbas, en busca de la comida que reparten en algunos mausoleos de ricos. Los mira uno, sobre un túmulo, comer vorazmente de la cazuela de arroz que les han dado. Pero no hay ruido, ni algazara, ni carreras de chicos. Son unos pobres silenciosos y viejos, unos mendigos llenos de reverencia, que vienen a comer de la munificencia de los ricos difuntos.

En medio de esta poblada necrópolis de El Cairo, se alzan las breves mezquitas tumbas erróneamente llamadas de los Califas. Son menudos templos extraordinariamente ricos y bellos. Abundan en ellos el mármol de colores, el alabastro, los azulejos, los vitrales árabes de los más irreales colores de gemas, los *minhbar* de fina madera calada, con incrustaciones de marfil tallado. No puede haber contraste mayor que el que se establece entre esas exquisitas joyas de arquitectura islámica y la turbia miseria agitada que las rodea. Los guardianes de las mezquitas tumbas espantan los niños a latigazos para que no vengan a molestar a los turistas, pero ellos saltan unos sobre otros, trepan a las escaleras, asoman por todas partes, llenando de gritos la calle polvorienta. A la puerta, unos árabes en cuclillas miran displicentemente la tarde y el movimiento. En un pretil estrecho hay un hombre que duerme la siesta. Nada es suficiente para incomodarlo o despertarlo, ni el sol que le da de pleno, ni las moscas que pululan sobre su cara, ni el alboroto de los chicos, ni el peligro de rodar y caer desde el alto y estrecho borde en que yace en ausente quietud.

La extrema riqueza y la extrema miseria se tocan en Oriente como la luz y la sombra. Los más no tienen sino una sucia chilaba raída que echar sobre el cuerpo andariego, un mendrugo lleno de moscas y una surata del Corán, que cantar a Alá; pero los pocos privilegiados lo tienen todo: los palacios, los jardines, los serrallos, las sedas, los perfumes, las legiones de servidores. Como aquella visión de *Las Mil y Una Noches* que está resguardada en las salas del palacio viejo de Estambul en las que se exhiben las joyas de los sultanes. Allí están los tronos de oro incrustados de gruesas piedras, las copas y los vasos cubiertos de joyas, enormes diamantes y

rubíes, puñales cuyo mango está hecho de una sola esmeralda. El botín de Alí Babá no pudo ser más deslumbrante.

En el palacio de Faruk había también, aunque con mucho peor gusto, cantidades fabulosas de joyas y de objetos preciosos. La luz lechosa de las cornalinas recuerda los ojos de los niños ciegos. Y el marfil labrado, los dedos finos y pálidos de los niños, que desde el alba hasta la tarde, doblados en cuclillas sobre el suelo, rápidos, atentos y silenciosos, tejen tapices en el bazar. Así ha sido en esta tierra, desde la época de las remotas dinastías de faraones, que ponían cientos de millares de hombres a arrastrar y labrar las enormes piedras para una pirámide que les sirviera de tumba.

En estas cosas meditaba en mi primera mañana de El Cairo, acodado al balcón del hotel, mirando rodar enfrente el ancho Nilo lodoso, que está en la época de lamer las tierras para fertilizarlas. Frente a los edificios de la otra orilla se alza una graciosa fila de palmeras. En la lejanía azulosa, hacia el Noroeste, se recorta el perfil de las dos pirámides más próximas.

Hace más de veinte años me había asomado a este mismo paisaje y a estas gentes. Era, entonces, yo un hombre más joven y bastante más metafórico de lo que soy ahora. Había sorbido con embriaguez mi primera visión de Oriente. Ahora me parece que soy más objetivo y más comedido. Soy yo el que ha cambiado. Este del Nilo, sigue siendo un mundo para el que el tiempo nunca ha significado mucho, y si alguna lección tiene para enseñarnos, es la de que los que cambiamos y los que pasamos somos los hombres. Lo demás es casi inmutable, o cambia tan lentamente, que es imposible para un testigo humano percatarse del cambio.

Es poco veinte años para sentir que haya cambiado fundamentalmente este país que está como enquistado en los siglos, y que para los antiguos era por excelencia la comarca de la eternidad y de la muerte.

En el Museo Egipcio, tan lleno de extraordinarios testimonios de la evolución de la civilización en el valle del Nilo, entre la plétora de tesoros hallados en la tumba de Tutankhamon, está un ramo de flores marchitas. Es un montón de pétalos y hojas secas, viejos de cuarenta y cinco siglos. Fue el ramo de flores frescas y de hojas húmedas que la viuda adolescente colocó sobre los sarcófagos de piedra, de madera y de oro, que cubrían el despojo del faraón, antes de retirarse para que sellaran la tumba. Un gesto humano,

lleno de la belleza espontánea de lo transitorio, que ha vencido el tiempo con más conmovedora fuerza que una pirámide.

TEBAS

Toda la noche corre el tren mugiendo por la orilla del Nilo. Con la primera claridad del alba se divisan los anchos espacios cubiertos del agua lodosa de la inundación. Por unos estrechos andenes, que se alzan como diques, pasan los *fellahs* con sus raídas chilabas y sus mal atados turbantes, entre hatos de cabras, grupos de camellos, y algún pesado búfalo de carne oscura y calva. A ratos, entre un grupo de altos datileros, se alzan las casas de adobe de una aldea. El río es de lodo, la tierra es lodo, las paredes son de lodo, es lodoso el aspecto de los hombres y los animales, pero el cielo es azul y brillante, sin que una sola nube rompa la totalidad de su presencia. A lo lejos un farallón abrupto de caliza ocre corre como una barrera paralela al río. Más allá está la arena del desierto de Libia.

Luxor es una pequeña ciudad árabe, que por todas partes parece recaer en aldea. Está poblada de dragones oficiosos y de vendedores de baratijas, a los que no es posible alejar por medio de ninguna palabra, ni de ningún gesto. Venden ánforas de ámbar, escarabajos de jade, estatuillas de diorita negra, rosarios de marfil. Apenas más insistentes que ellos son las moscas lentas y atontadas, que no hay modo de alejar de la cara y de las manos. Una desvencijada victoria, tirada por un flaco caballejo, nos lleva, claudicante, a golpe de timbre, por entre las chilabas que atraviesan la calle.

Poco tiene que ver esta aldea árabe con la fabulosa ciudad de Tebas del antiguo Egipto, que se alzaba en este mismo sitio. Tebas, la de las cien puertas como la llamaban los griegos. De ella no quedan sino las ruinas impresionantes de los templos de Karnak y de Luxor, y las tumbas del Valle de los Reyes y de Dahr-el-Baharí.

La arquitectura egipcia es ciclópea y aplastante. Sus arquitectos de lo colosal no tuvieron en cuenta las dimensiones de los hombres, sino que construyeron habitaciones para dioses descomunales o para sus

representantes sobrehumanos: los faraones. La sala hipóstila de Karnak no está hecha para ser vista con ojos humanos. Las columnas son tan anchas como un muro, tan pesadas como una torre. Apenas sobrepasa uno de las bases, y nunca llega a poder ver más que un estrecho callejón de columnas. Los capiteles abiertos, en forma de flor de loto, llegan a tener quince metros de diámetro. Se está muy lejos de las proporciones armoniosas del menudo y humano templo griego. Es posible que de esas columnas poligonales, que rematan en un cubo de piedra, por el camino de Creta, haya ido a florecer en Grecia la columna dórica; pero, aun cuando fuera posible demostrarlo, no dejaría por eso de ser un milagro de la sensibilidad griega haber sacado aquella gracia de esta pesadez.

Sin embargo, no dejaron de conocer la gracia los artistas egipcios. En los períodos en que lograron apartarse de lo hierático, para interpretar directamente la naturaleza, como en la época de la herejía de Aknhatón, lograron crear obras de una belleza y una humanidad no superadas. Basta, para convencerse, mirar por un momento aquella cabeza inacabada de la reina Nefertite, que está en el Museo Egipcio del Cairo. No se ha hecho en piedra un rostro de mujer más lleno de gracia y de misteriosa espiritualidad. El frágil cuello, la mirada abstraída, el fino mentón, los sensibles labios, la delicadeza del modelado, parecen cosa de Leonardo.

El Valle de los Reyes es un estrecho cuenco en medio de los erosionados montes de roca calcárea desnuda. No hay una hoja. La sequedad del aire es asfixiante. Por dondequiera se abren las bocas de túnel de las tumbas de los faraones. En las paredes de las largas galerías excavadas en la roca hay una increíble profusión de relieves policromados, con escritura jeroglífica, y representaciones de los reyes difuntos y de los dioses. Eran trabajos de largo aliento que se iban realizando desde que comenzaba cada reinado. Cuando el soberano moría joven, la tumba quedaba inconclusa. Se ven entonces, claramente, los procesos de elaboración. Los primeros esbozos sobre la piedra en líneas rojas, las correcciones del trazado definitivo en dibujo en negro, el comienzo de la talla en relieve, y, por último, la aplicación de los colores definitivos.

Hay una cierta monotonía en la repetición infinita de las mismas figuras en las mismas actitudes. Son las actitudes prescritas por el ritual hermético

que el artista no puede alterar.

En la tumba de Dahr-el-Baharí, que, sobre dos columnatas superpuestas en rampas sucesivas, narra los grandes hechos del reinado de la reina Hatshepsut, el farallón erguido y desnudo parece hacerle un gigantesco fondo de anfiteatro. A la distancia se ve, como un inmenso espejismo, el reflejo del cielo en el agua de la inundación. Grupos de palmeras levantan sus abanicos inmóviles. Lentos vuelos de halcones giran en el azul. A lo lejos emergen del agua las dos siluetas oscuras de los colosos de Memnón.

Las dos figuras colosales rotas y mal restauradas, han perdido el rostro y la mayor parte de los detalles del modelado. Son más bien como dos grandes sombras temerosas que emergen del remoto pasado, mutilados sobrevivientes de un mundo gigantesco desaparecido. Uniformes en su actitud hierática, alzan su indiferencia ciclópea ante el hormigueo de las gentes que vienen a mirarlos. En las partes bajas hay inscripciones. Hay una que recuerda la visita del emperador Adriano y cómo el coloso le habló con su voz de quejumbre por tres veces.

Para volver a la ribera de Luxor tomamos una de esas pesadas barcazas del Nilo que llevan dos remeros sudaneses y una larga y estrecha vela triangular. Mientras se curvan en el esfuerzo rítmico de remar, cantan los remeros una especie de salmodia alternativa, en la que invocan la ayuda de un pre-islámico dios del río, para ayudarlos en la travesía. Es como un jadeo cantado. La fila de columnas del templo de Luxor se va acercando. Se oye ya el croar de los halcones en los capiteles y en las palmeras.

Cerca de la orilla un *fellah* se despoja de la chilaba y se sumerge hasta el cuello en el agua lodosa. Cerca de él, como una breve isla pulida, asoma el ancho lomo de un búfalo, que rumia con una lentitud de eternidad.

LO PINTORESCO Y LO HUMANO

Muy cerca de El Cairo está el Hotel Mena House, desde cuya terraza se puede tomar el té, contemplando las pirámides de Gizeh, y oyendo tocar los más viejos tangos argentinos. También se puede tomar un camello, y, a su

bamboleante paso, dar una vuelta por ellas y acercarse a la Esfinge, agazapada en su hueco de arena.

También se puede, con un poco más de imaginación, alquilar una tienda árabe para pasar la noche en el desierto. Habrá músicos con flautas y cantos orientales, recitativos de canciones de amor y de poemas jocosos, danzas a pie y a caballo, muchos tapices sobre la arena, y no tardará en asomar la media luna, cerca de Venus, a poner las pirámides tan azules como el cielo de la noche. Nada impide, tampoco, llevar con uno los *Rubayata* de Ornar Kayyam, o la *Historia del Príncipe Kamaralzamán y de la Princesa Budur* de *Las Mil y Una Noches*. Todos estos son los que pudiéramos llamar legítimos recursos literarios y turísticos para adornar la noche de El Cairo.

Pero, a lo lejos, en el horizonte, un resplandor difuso anuncia la presencia de El Cairo con sus dos millones de habitantes, y, en la mañana, puede uno divisar fácilmente, desde el comienzo de las arenas del desierto líbico, al otro lado del río y de la faja de verdura que lo rodea, las peladas quiebras que anuncian el desierto arábigo. Es decir, advertir la presencia inmediata del drama geográfico y humano que ha caracterizado la tierra de Egipto desde la remota antigüedad. Un país que, anualmente, se salva del desierto por la creciente milagrosa del Nilo, y que se debate con herencia mezclada de viejas civilizaciones para hallar un sitio en el agresivo mundo moderno. Cerca de las aldeas de adobe y gente miserable que rodean los restos colosales de la antigua Memfis, donde mujeres descalzas y cubiertas de mantos negros, con ajorcas de plata en los tobillos, arrean enormes búfalos lentos, o hatos de cabras, o se doblan sobre los surcos en la siembra, y hablan, con un son de balido de cabra, el árabe recibido de la conquista musulmana, se alza la antiquísima pirámide de escalones de Saqqara, en cuyo templo se creó el fuste acanalado del que los griegos sacaron, muchos siglos más tarde, la columna dórica, Junto a ese testimonio de la creación milenaria y del presente hecho de arcaica rutina y pobreza, se levanta, como una visión, la enorme silueta de un *pylón* egipcio y de una vasta avenida de siringes, relucientes de pintura fresca, rodeadas de campamentos, tractores, máquinas y andamios, que están construyendo para tomar algunas escenas de la película *Los Diez Mandamientos*, que, al costo de muchos millones de dólares, realiza una empresa de Hollywood. Frente a una civilización que

no tiene para escuelas, ni para agua potable, ni para higiene elemental, otra civilización que puede invertir millones y la más moderna técnica para producir un espectáculo.

La dirección espiritual suprema del mundo árabe sigue estando en el Corán. Precisamente en El Cairo está el más antiguo y el más afamado de los centros de estudios alcoránicos: la Universidad El-Azhar. Veinte mil estudiantes, venidos de toda la extensión del mundo mahometano, y dos mil profesores, se reúnen en cuclillas, en grupos de diez y quince, sobre los tapices de la vasta sala de la mezquita-universidad. Los ulemas explican el texto alcoránico de acuerdo con la interpretación de las distintas sectas, y los estudiantes pasan seis u ocho años mientras llegan a memorizar por entero las palabras y la salmodia adecuada de cada una de las suratas del libro santo. Algunos duermen tendidos junto a una columna. Otros hacen sus oraciones silenciosamente.

En un mundo agobiado de problemas prácticos y cada vez más sometido a la técnica, no parecen ser estos aprendices de imanes los directores espirituales más convenientes para realizar la enérgica incorporación del Islam a la civilización occidental. La filosofía política del Corán es la de una teocracia laica absolutista. La dirección de las almas y de los cuerpos debe estar en las manos de un Califa Comendador de los Creyentes. Desde la época de los abasidas está rota la unidad espiritual que personificaba el califato, y nadie piensa hoy que un sistema semejante pueda resucitar para la moderna Turquía o para el Egipto que quiere ser moderno. Entre los musulmanes mismos hay una abierta querella entre modernistas y tradicionalistas, siendo los modernistas los que quieren salvar del Islam los valores espirituales para adaptarlos a las necesidades y exigencias de la sociedad moderna.

La empresa de hacer, de los pueblos musulmanes, pueblos modernos es una de las más difíciles e interesantes de cuantas se intentan en nuestros días. Es nada menos que la tentativa de cambiar la mentalidad y una gran parte de los valores de una comunidad fuertemente inspirada en motivos religiosos y tradicionales. Es decir, una empresa casi de la envergadura de la que realizó el propio Mahoma.

Hay una invitación a pensar en estas cosas, aun en la noche del desierto, llena de la invocación de las formas de la vieja sociedad árabe.

O puede uno, simplemente, abandonarse al ocio contemplativo, arrastrado por la muchedumbre que llena las callejuelas de los bazares, mirar el ámbar y el jade en las tiendas de los joyeros, los coloridos brocados para caftanes, los grandes azafates colmados de aromosas guayabas y mangos de los fruteros, los rimeros de flacos panes ácimos que se mueven sobre la cabeza de un muchacho, o el vuelo sereno e indiferente de un halcón en torno al minarete de una mezquita.

Un ocio contemplativo que no está al alcance sino de quienes pueden abstenerse de sentir el vínculo humano que los ata a aquellos *fellahs* de sucios *caftanes* que fuman el *narguile* a la puerta de mugrientos fonduchos, o a aquellas mujeres, envueltas en trapos negros, que no se sabe si son viejas o jóvenes, y que aparecen y desaparecen entre la muchedumbre que llena la calle, con un niño exangüe y triste cargado en los brazos.

LA DANZA DE LAS TORRES

Esta Italia variada, alegre e iluminada, que se dora al sol de octubre, es la magnífica puerta de Occidente. De la Mesopotamia, de Egipto, de los griegos, de los hebreos, de los árabes, ella recibió y combinó la fórmula esencial sobre la que se iba a constituir lo europeo. Américo Castro dice, con mucha razón, que eso que se llama Renacimiento no es sino el fenómeno histórico de la italianización de Europa.

El cuadro es vasto y complejo. Más vasto que aquel con que el Tintoretto llenó de infinito una pared del Palacio de los Dogos de Venecia. Es discernible un tono y un ritmo generales de la composición; pero dentro de ellos hay cierta autonomía de unidades, que hacen la inagotable variedad y riqueza de un país tan hecho al espíritu individual de los hombres como éste. De algunos de esos *particolari* del gran tema hablaré aquí.

San Gimiñano es un mínimo burgo medieval subido a una colina de Toscana. Está cercado por una gruesa muralla de ladrillo rojo, con hermosas

puertas almenadas. De adentro surgen como tubos de órgano o altas astas de gigantescas banderas desvanecidas, en corro, trece torres cuadradas, de ladrillo rojo. Dentro del recinto las callejuelas torcidas se agitan en torno a las clavadas torres, trepando por las quiebras de la colina. A ratos, una calleja se convierte en túnel y se abre al fondo en una boca ojival llena de cielo azul.

Hay dos plazas contiguas: la de la Cisterna y la de la Catedral. En la esquina hay una *loggia* de líneas puras. Pasan pesados carros, tirados por bueyes blancos, por delante de las puertas de las *trattorias*, olorosas a café y a queso, de las ventas de frutas y de las tiendas de telas y cacharros coloridos.

A una pequeña puerta, llena de tomates y pimentones, asoma el rostro risueño de una anciana. Nos oye hablar en español y nos dirige la palabra en nuestra lengua. Nos explica que ha vivido muchos años en Buenos Aires. Habla con admiración y afecto de la gran ciudad del Río de la Plata. Dice que por motivos de salud tuvo que regresar. Pero basta verla tan alegre y tan en su sitio, sobre el fondo de ladrillo de la empinada calle, para saber que fue San Gimiñano quien la trajo.

Todo es tan proporcionado, tan hermoso, tan bien ligado, en esta menuda urbe que está como una corona sobre la colina rodeada de viñedos, olivares y filas de cipreses.

Hay que ir, por lo menos, a la Catedral de la Colegiata y a la Iglesia de San Agustín. La Colegiata es un templo pequeño de tres naves, con arcos acebrados de mármol blanco y negro. En las paredes penumbrosas se animan los tenues colores de los frescos. A la derecha, está la pequeña capilla que guarda los restos de Santa Fina, y en sus paredes laterales dos maravillosos frescos del Ghirlandajo, que ilustran la muerte de la joven santa. Los colores amortecidos hacen más viva la simplicidad de la composición.

La calle desciende para ir de la Colegiata a San Agustín. El convento tiene un hermoso claustro antiguo que no tiene otro adorno que la pureza de sus líneas y los cipreses del patio. En el ábside de la iglesia está la vida del Santo narrada en frescos de Benozzo Gózzoli. Su enseñanza, su conversión, la muerte de Santa Mónica y su muerte propia. La partida de San Agustín

para Milán está pintada como un largo y colorido desfile de caballeros, clérigos y gente de a pie. Los trajes y los arneses están llenos de color y de adornos. Todo está como animado por un espíritu de alegre romería primaveral. No es que Agustín va en busca de la penitencia, la conversión y la santidad de manos de Ambrosio, sino que lleva al campo más hermoso la alegría de vivir en belleza.

Ese movimiento, que parece arrancar del fresco, se queda en la retina cuando uno vuelve a la calle, y, mientras trepa por los meandros de la vía, llega a animar toda la ciudad. Es como si en el imaginario desfile participaran los niños que corren y gritan, los blancos bueyes de las carretas, las sombras y las luces en las rojas paredes, el son de las campanas y el vuelo de las palomas. Más que desfile es una danza en la que entran las torres. A cada vuelta de la calle asoma una con su elevado cuerpo de espigada danzarina y es como si girara en el sol dorado de la tarde. Unas son más largas que otras y es como si fueran pasos más largos o más cortos sobre el cielo azul. Unas son más gruesas y otras más esbeltas. Unas suenan campanas, como en una danza de oriente, y otras guardan silenciosamente su actitud simétrica.

Aquella, más pesada y como con una toca de bastión, es la que llaman la «Roñosa». Debe ser más lenta. Aquellas tres que están juntas, como si se llevaran de la mano, son las de los Ardinghelli. Tienen un aire juvenil y osado. Aquella otra baja, gruesa y como cubierta con una cofia de vieja, es la de la Cisterna. Unas más prontas, otras más lentas, todas están en la danza que San Gimiñano pone sobre el cielo de Toscana con sus trece torres.

A veces, debe ser la suya una danza alegre, de boda campesina o de fiesta de vendimia. En cierta forma, los erguidos cipreses la continúan sobre el valle y las colinas cercanas. Otras veces será una danza funeral, al ritmo lento de los dobles, cuando alguno del pueblo se haya ido por encima de las torres a buscar el amparo del patrono o de Santa Fina, para alcanzar la vida eterna.

Los enemigos que venían en la cabalgata de la guerra medieval, al girar en torno a la muralla, agitando lanzas y alzando gritos, debían ver las torres revolviéndose en una danza de amenaza.

Nada es comparable a esta danza. Nada se parece a este pueblo menudo que hace pivote en cada una de sus torres para girar desde abajo sobre el azul en una vuelta de baile.

Cuando uno se aleja por el camino San Gimiñano lo despide danzando con sus torres.

EL DESFILE DE BENOZZO

El viejo Palacio de los Médicis, en Florencia, tenía una capilla pequeña y oscura. Una capilla tan pequeña, tan fría y tan desprovista de luz como las de los castillos feudales. En el día una ventana y dos claraboyas alimentan la tenue penumbra. En la noche, tan sólo los cirios que arden en el altar iluminan las paredes.

Pero estos Médicis del siglo XV sentían que había llegado la hora de cambiar el sentido de la vida. De vivirla más coloridamente, con más animación y más plenitud. Juliano había adoptado como divisa de sus floridos estandartes la frase francesa: *Le temps revient*. Era como una vuelta de la primavera histórica, pero de una primavera que, en verdad, no tenía antecedente. Con esa inspiración Juliano, durante su breve vida intensa, celebraba torneos y desfiles, amaba a Simoneta Vespucci, protegía a los pintores y se deleitaba en el coloquio de los humanistas.

Para llevar el tiempo nuevo a la oscura capilla se le dio comisión al pintor Benozzo Gózzoli. El tema religioso que se le dio fue el de la Adoración de los Reyes Magos; pero Benozzo lo que se propuso fue dramatizar el espíritu de su tiempo y dejarnos la estampa más cabal de sus contemporáneos.

Sobre tres paredes de la capilla zigzaguea el largo desfile. Es la romería del Renacimiento. Con magníficos arneses y trajes suntuosos, van en brillante desfile los hombres que acometieron esa gran empresa histórica. Los arneses son de brocado, oro y finas pieles. Lorenzo el *Magnífico* domina la composición sobre un hermoso potro blanco. Lleva calzas rojas, largas espuelas de oro; faldellín y capa de brocado blanco. Rematando el

rostro juvenil y el dorado cabello, trae una toca cargada de orfebrería y piedras preciosas, que es como una corona de rey. Le rodean pajes a caballo y a pie, con relicarios, espadas de honor y arcos.

No es posible mirarlo sin comprender que ha salido a la cabeza de aquel abigarrado y hermoso desfile para una gran empresa. Lleva los presentes humanos para el nacimiento de una nueva época.

Van por en medio de colinas y prados del campo toscano. Por el cielo vuelan halcones en seguimiento de palomas; por entre las rocas y los naranjos, palmeras, pinos y cipreses, caballeros armados de lanza y acompañados de ágiles galgos acosan ciervos. En la distancia asoman castillos almenados y ciudades de redondas murallas y altas torres. El hombre se complace en mostrar la belleza del mundo natural, en lucir la plenitud de su vigor físico y su belleza al aire libre, rodeado de gráciles bestias y revestido de las más ricas prendas.

En una de las paredes laterales, Castruccio Castracani cabalga airosamente un caballo castaño y lleva sobre la grupa un leopardo amaestrado para la caza. Leopardo para los ciervos y halcones para las palomas. Esta vistosa partida de caza parece estar muy lejos de la preocupación esotérica que significa la Encarnación del Verbo. Lo que Benozzo puso en estas paredes es un canto a la vida. El mundo, el hermoso mundo, ha sido dado al hombre para realizarse, en expresiones de belleza, de fuerza y de alegría.

Pero Benozzo es demasiado un espíritu del Renacimiento para contentarse con un puro simbolismo. Es la realidad lo que más le importa. Todas esas figuras son retratos de gente real y se refieren a sucesos verdaderos. Entre los retratos está el del propio Benozzo Gózzoli, que asoma entre la muchedumbre, tocado de un gorro rojo, mirando oblicuamente a la imprevisible posteridad.

Por eso figura, casi solo en un lienzo de pared, el emperador de Constantinopla Juan Paleólogo. Estaba fresco en la memoria de los florentinos el gran suceso de la visita de este emperador bizantino. Le acompaña el anciano patriarca de Constantinopla. Habían venido, con el halago de resolver el cisma de Oriente, a solicitar el socorro del Cristianismo occidental para defender lo que quedaba del Imperio de

Constantino del ataque del turco. Estaban condenados al fracaso. No habría ayuda y la ciudad del «Cuerno de Oro» caería en manos de Mohamed para concluir quince siglos de brillante historia. Benozzo mira al Basileus bizantino lleno de un esplendor crepuscular. Va erguido sobre el caballo, envuelto en una larga túnica de brocado azul con bordados de oro. Calza finas botas de cuero rojo. El rostro está lleno de majestuosa serenidad y remata en una fina barba. Sobre la cuidada cabellera lleva una extraña corona de oro, abierta en agudas espigas. ¿Adónde camina en soledad Juan Paleólogo? Es la única figura melancólica del risueño desfile. Va con desesperanza a cumplir un destino heroico. Mientras en torno a Lorenzo hay la aurora de un nuevo tiempo, en torno al emperador hay largos cipreses, fríos tonos y rostros afligidos.

Toda esta luz y este colorido movimiento los trajo Benozzo para iluminar la oscura capilla del palacio de los Médicis. Le pedían una alegoría religiosa y él puso el desfile de la historia de su tiempo.

Si todo cuanto se ha escrito del Renacimiento desapareciera, bastaría con entrar a la capilla que decoró Benozzo Gózzoli en el palacio de Florencia, para tener la visión esencial de lo que fue aquel tiempo. De lo que eran y lo que buscaban aquellos espíritus ardientes que entraron en la historia como a una deslumbradora partida de caza. Que es lo que supo organizar, como un desfile incomparable, el ojo penetrante de Benozzo que sigue mirándonos desde el fresco. Un hombre así no narra lo que ocurre, sino que, en cierto modo, crea lo que va a ocurrir. El movimiento que anima esas paredes tenía que salir afuera y prolongarse en vida.

LA CATEDRAL DESDE EL VIÑEDO

En Francia, el gótico y los viñedos andan juntos. Salen de la misma tierra oscura y mansa y reciben del sol y del cielo el mismo milagroso don de perfección. Hay un gótico de Borgoña, sólido y asentado como el vino de los campos de Beaune o de Chambertin; y hay un gótico de Champaña, ligero, ornamental, aéreo, espumoso. Se podría hablar de las catedrales

empleando los términos, tan exactos y ricos, que los viñateros emplean para distinguir y calificar el vino. Las hay «bien equilibradas, ágiles y armoniosas»; las hay «ligeras y delicadas»; y las hay «ásperas y reciamente estructuradas».

Lo que no hay que perder de vista es que ya las catedrales no son para nosotros lo que eran para los hombres del siglo XIII, «cuando las catedrales estaban blancas», como ha dicho poéticamente el gran innovador de la arquitectura Le Corbussier. Para nosotros son unos hermosos monumentos, pero para ellos eran otra cosa enteramente distinta. Estaban en el corazón de la villa y en el centro del pequeño país. Desde los más lejanos campos se podían ver las siluetas de sus agujas en el cielo gris. En tiempo de guerra o de peligro la población entera se podía refugiar dentro de sus fuertes muros y detrás de sus poderosas puertas.

Eran además el libro de piedra donde los niños y la gente de bien venían a aprender la historia santa y la historia de su tierra. Los capiteles de Vezelay, por ejemplo, son como una vasta enciclopedia de la vida medieval. En precisas y graciosas esculturas están los trabajos de los campos, los menesteres de las villas, las guerras de los reyes, los sucesos del Antiguo Testamento, la vida de Cristo, las costumbres caballerescas. En cada capitel estaba una lección viva e inolvidable. Todo se animaba de recuerdos y de enseñanzas. Era posible ver la cara serena de los grandes príncipes y la tempestuosa de los terribles profetas.

Era posible, para un campesino, llegar a la oración a Vezelay y salir lleno de inolvidables visiones. Y para los que venían a congregarse para oír a San Bernardo y partir a la Cruzada: reyes, señores, caballeros, mesnaderos, era como llevarse, con la vibración de las encendidas palabras, la presencia viva de todos los grandes ejemplos del pasado, que venían como encarnados a hacer acto de presencia en la hora solemne de entonar las antífonas de la partida.

La lección y la presencia, que en Vezelay están en esculpidos capiteles, están en Chartres en aquellos increíbles vitrales, que cambian y palpitan en mil juegos de formas y colores a cada hora del día. No son menos bellos los vitrales de la Santa Capilla que San Luis, rey de Francia, levantó en París. Pero la Santa Capilla es como un gran fanal de vitrales, soldado por leves

nervaduras de piedra, que flota exento en el aire. En cambio, la Catedral de Chartres está profundamente asentada en la tierra, y pesa con sus muros grises, sus haces de columnas y sus tensos arbotantes. Es como una gran trampa de piedra puesta para aprisionar la luz y jugar con ella, como con un millón de pájaros de todos los colores.

Las grandes rosetas llegan a convertirse en ardientes formas de color que flotan milagrosamente sobre el fondo neutro e informe. Todas las combinaciones de los matices del rojo, el azul, el amarillo y el verde, se mezclan y hacen transición en los vitrales. En cada menudo lóbulo o cuadrado hay una escena. Toda la vida de Carlomagno está en las treinta escenas esenciales de un vitral. En otro, domina una figura gigantesca como la del rey Aaron con toda la blancura del sol metida en un ojo implacable, o como la muy dulce, estática y azul translúcida de Nuestra Señora con el Niño, que se conoce con el nombre de «Nuestra Señora de la Bella Vidriera». En otros, las escenas están disueltas en formas geométricas, como la de aquel maravilloso árbol de Jesé que sube en redondos ramos hacia Cristo.

Haber imaginado esta posibilidad de poner en servidumbre la luz para que mueva sin fin aquel prodigioso molino de colores y formas, ha sido una de las más extraordinarias creaciones del hombre. Un espectáculo tan inagotable como el mar o como el fuego, junto al cual el teatro, el circo, la pintura, la escultura, la danza parecen pobres y monótonos, monótonos y limitados.

El prodigio de la Catedral de Reims, en cambio, está sobre todo en las proporciones de su estructura y en la exuberante decoración de sus pórticos, fachadas y muros. Sus puertas son como grandes arcos triunfales cubiertos de estatuas. En distintos estratos se superponen las filas de santos, de reyes, de patriarcas, que están como para sobrecoger, con su impresionante presencia, al que llega. Allí llegó Juana la *Doncella*, con su estandarte, su rey mentecato, y su guerra milagrosa, como a un pináculo espiritual desde donde se podía abarcar el alma de Francia.

No es posible verla, en las sombras de la tarde, sin que parezca la labrada popa de un gran navío que va a zarpar en el cielo de la noche. Los ángeles risueños, los reyes coronados, las quimeras de cabeza de toro, los

mártires, los diablos con sus instrumentos de tortura y sus ollas de agua hirviendo, son como la agitada tripulación de la inmensa nave que se mueve en la sombra.

No ha encontrado nunca el hombre un lenguaje más eficaz y expresivo para invocar lo sobrenatural, que el que hallaron los arquitectos de las catedrales góticas. Grandes salterios y enormes sumas de piedra donde los iletrados podían asomarse a lo inefable, y satisfacer el hambre de la presencia de lo invisible, que es la única hambre que el hombre no comparte con los animales.

Sobre los viñedos de los nobles vinos de Francia navegan las formas prodigiosas de las catedrales góticas.



ARTURO USLAR PIETRI (1906-2001). Escritor, considerado renovador del cuento venezolano, intelectual y político. Hijo de Arturo Uslar Santamaría, descendiente de Johann von Uslar expedicionario de la Legión Británica que participa en la Guerra de Independencia y sobrino nieto del general Carlos Soublette, y de Helena Pietri Paúl, hija del doctor y general Juan Pietri Pietri, de destacada actuación política entre 1883 y 1911. Los diez primeros años de Uslar Pietri transcurren en Caracas donde cursa estudios en una escuela de primeras letras y luego en el colegio de los Padres Franceses. En agosto de 1916, la familia Uslar Pietri instala en Cagua por pocos meses, su padre había sido nombrado jefe civil, y luego se traslada a Maracay, ciudad de residencia del general Juan Vicente Gómez desde 1913 lo cual la hacía centro del poder político-militar de entonces. En esa ciudad culmina sus estudios primarios en el colegio federal Felipe Guevara Rojas (1919) y cursa la mayor parte de la secundaria en el colegio federal de varones, salvo una interrupción en 1921 cuando es inscrito en el colegio de los salesianos en Valencia y en 1923 cuando cursa su último año de secundaria en el liceo San José de Los Teques. En 1920, publica sus primeros artículos en un diario de Maracay, probablemente *El Comercio*.

Los años transcurridos en los valles de Aragua, forjan sus imágenes de una Venezuela rural que sirven de sustrato a su cuentística a su como su vivencia en Maracay forjan las del general Gómez, que, años mucho más tarde, el novelista plasmará en *Oficio de Difuntos* (1976), en la cual recurre a esa figura para tratar la del dictador latinoamericano.

En 1969, es nombrado director del diario *El Nacional*, función que ejerce hasta 1974. En 1971, le es otorgado el *Premio Nacional de Periodismo* y el *Premio Hispanoamericano de Prensa Miguel de Cervantes* por su artículo «*Los expulsados de la civilización*» en defensa del aporte de España a la cultura universal y en respuesta al crítico de arte inglés, Kenneth Clark. En 1972, publica *Manoa*, su primer libro de poesía. En mayo de 1975 es nombrado embajador delegado permanente de Venezuela ante la Unesco, cargo que ejerce activamente hasta junio de 1979. Durante ese lapso, es electo Vicepresidente de la *Reunión Mundial sobre Medios de Información* (1976) y Vicepresidente del Consejo Directivo de la Unesco (1978); y promueve la creación del premio «*Simón Bolívar*». Su segunda estancia prolongada en París es también tiempo de creación literaria: escribe y publica *Oficio de Difuntos*, publica varias recopilaciones de cuentos y ensayos y prepara la redacción de *La isla de Robinson*, novela que publica en 1981 y por la cual recibe, por segunda vez, el *Premio Nacional de Literatura* en 1982.

Ante la crisis económico-social del país, declarada en 1983 y que posteriormente se transforma en una de crisis política, su posición político-intelectual de crítica a la conducción económica y los disfuncionamientos del sistema político, expresada durante años, hace que a partir de esa década sea percibido como una referencia moral del país. En 1984 es designado Individuo de Número de la Academia Nacional de Ciencias Económicas y Sociales y en 1985, preside la comisión presidencial para el proyecto educativo nacional. En 1986 y 1996, es objeto de un homenaje nacional con motivo de su 80 y 90 aniversario, respectivamente.

En octubre de 1990, le es otorgado el premio *Príncipe de Asturias de las Letras* y al año siguiente el premio internacional de novela *Rómulo Gallegos*, por su novela *La visita en el tiempo*. En agosto de 1991,

conjuntamente con otras personalidades, forma un grupo de opinión, conocido como «*Los Notables*», que tendrá durante dos años una importante actividad de opinión para exigir reformas políticas y económicas inmediatas al gobierno. El 4 de enero de 1998, publica su último artículo de su sección semanal «*Pizarrón*», donde anuncia su retiro como escritor. Considerado uno de los máximos exponentes del pensamiento y de la literatura de la Venezuela contemporánea, a lo largo de su prolongada existencia recibió como merecido reconocimiento, numerosos premios, condecoraciones, doctorados *Honoris Causa* nacionales e internacionales, así como fue designado miembro correspondiente de diversas academias hispanoamericanas y europeas.